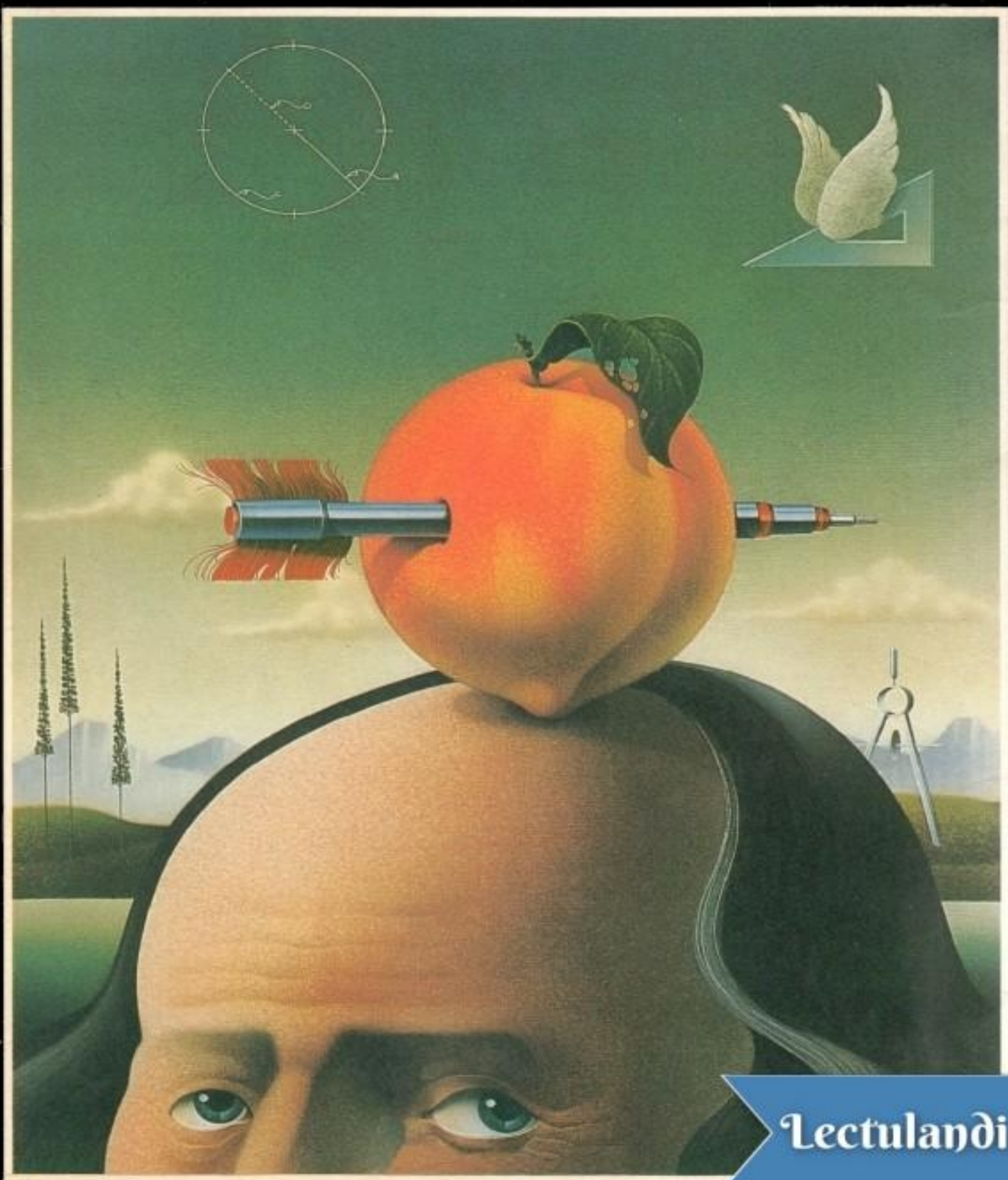


Friedrich Dürrenmatt

EL VALLE DEL CAOS

se



Lectulandia

Dürrenmatt nos sorprende en esta novela suya más reciente con una especie de asombrosa teología ascética de la pobreza inventada por un millonario suizo, Moses Melker, convencido de que sólo en la pobreza se abrirá el reino de los cielos para toda la humanidad. Entretanto, un puñado de inescrupulosos personajes decide abrir en el Valle del Caos un hotel de reposo, Casa de la Pobreza, donde los millonarios llamados a la fe de Moses viven en las condiciones más míseras que un pobre pueda imaginarse, mientras los malvados se apoderan de los bienes abandonados por éstos y la irritación de los habitantes menos favorecidos del valle va en aumento a medida que los falsos pobres les quitan los empleos más humildes, pues trabajan sin cobrar. La complejidad de las situaciones, y el caos que genera, alcanzan ya cimas delirantes cuando se produce una extraña violación cuyo único testigo parece ser un perro...

Lectulandia

Friedrich Dürrenmatt

El valle del caos

ePub r1.0

Titivillus 08.09.2016

Título original: *Durcheinandertal*
Friedrich Dürrenmatt, 1989
Traducción: Juan José del Solar
Diseño de cubierta: Theo Rudnak

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Parecía el Dios del Antiguo Testamento sin barba. Estaba sentado sobre el muro del camino que, en el Valle del Caos, lleva hasta la casa de reposo, cuando la muchacha lo vio y detuvo a Mani. El perro, de pelaje corto y negro, con el pecho blanco, era más grande que un San Bernardo. Tiraba del carrito con la lechera, tras la cual iba la chica de pie. Tenía catorce años. La muchacha abrió la lechera, sacó leche con el cucharón y, sin saber por qué, se acercó a él. El Dios sin barba cogió el cucharón y bebió el contenido. De pronto, la chica sintió miedo. Cerró la lechera, colgó el cucharón, hizo una señal a Mani y el perro echó a correr con ella y el carrito en dirección a la casa de reposo, tan deprisa como si él también sintiera miedo.

El Dios sin barba tenía humor. Después de oír la petición de Moses Melker, soltó una carcajada que hizo perder el compás a los huéspedes que aún bailaban y enmudecer a los tres intérpretes checos: pianista, violinista y cellista. Ciertamente esperó a que Melker se alejara convencido de que lo habían rechazado. El Dios sin barba ni pestañeó. Su tardía carcajada debió de deberse sobre todo a que Melker habló del Gran Viejo y el Dios sin barba creyó que se estaba refiriendo a él, hasta que descubrió que el Gran Viejo era, para Melker, Dios. El Dios con barba. El malentendido era comprensible. Moses Melker temía pronunciar la palabra Dios y al hablar de Él decía siempre el Gran Viejo, pues sólo podía imaginarse a Dios como un hombre poderoso y viejísimo con una imponente barba, y el hecho de que el hombre pudiera imaginarse a Dios era, para Melker, el «axioma por excelencia de la fe cristiana». La abstracción era lo realmente hostil a la fe, lo que la corroía; sólo podía creerse en un Dios personal, y una persona no podía ser abstracta, de ahí que también le temiera a la palabra Dios, estaba desgastada por el uso, para la mayoría significaba algo vago, indefinido, para Melker, en cambio, era el Gran Viejo. Por eso no resultó extraño el desconcierto del Gran Viejo cuando Moses Melker le preguntó si era consciente de vivir en la gracia del Gran Viejo y si, por gratitud hacia éste, quería ayudar a construir un centro de recuperación para los millonarios agraciados por el Gran Viejo. Sólo en el curso ulterior de la conversación disminuyó el asombro del Dios sin barba, que cedió ante una hilaridad perpleja por ser él más poderoso que el Dios con barba. No porque hubiera creado el mundo en seis días y lo hubiera encontrado bueno como el Dios con barba; él lo habría creado en unos cuantos minutos, segundos, mejor aún, en una fracción de segundo o, más exactamente, en fracciones de fracciones de fracciones de segundo, vale decir al instante, en un santiamén, y le habría parecido asimismo una broma de buen gusto. También por otras razones, y sacándolo ya de la esfera teológica, el Dios sin barba era más poderoso que el Dios con barba, pues con él no se planteaban preguntas como las de si, siendo omnipotente, podía crear una piedra que luego era incapaz de levantar, o si podía dar por no ocurrido lo ocurrido: ningún teólogo elucubraba sobre su poder, y en cuanto a su omnipotencia, se manifestaba más bien en su inasibilidad. No había

gobierno ni policía que intentara echarle el guante, en él convergían demasiados hilos. ¿A quién no le habían procurado cuentas numeradas sus bancos y los que trabajaban con ellos? ¿En qué multinacionales no poseía él la mayoría de las acciones, y en qué tráfico de armas de gran envergadura no había intervenido? ¿A qué gobierno no había corrompido? ¿Qué papa no le había pedido una audiencia? Sus orígenes eran inciertos. Sobre ellos circulaban sólo leyendas. Una de ellas afirmaba que, en 1910 o 1911 llegó de Riga o de Reval, paupérrimo, a Nueva York, donde «durmió en el suelo durante diez años», en Brooklyn. Luego se hizo sastre de caftanes y poco después dominaba ya la industria textil, aunque su legendaria fortuna provenía del crack de la Bolsa neoyorquina en octubre de 1929: se fue embolsando todo cuanto hacía bancarrota. Nadie conocía su nombre; quienes sabían de su existencia le llamaban el Gran Viejo. Sólo hablaba yiddish, pero parecía entender todas las lenguas, al igual que su secretario Gabriel, un albino sin pestañas y de larga melena blanca, vestido de smoking, que frisaba siempre en los treinta años y dominaba todas las lenguas, pues traducía las breves indicaciones en yiddish de su amo a las lenguas de quienes pedían consejo al Gran Viejo. Lo hacían temblando. Y no sin motivo. El consejo podía ser bueno o malicioso. El Gran Viejo era un ser veleidoso e inclasificable. Muchos sospechaban que, entre otras cosas, era el amo de las costas Este y Oeste. Entre otras cosas. Claro que sin pruebas. Algunos consideraban representante suyo a Jeremiah Belial, un mercader de alfombras que, desde Bujara, había recalado allí a través del Estrecho de Bering. Otros creían que ambos eran idénticos, mientras ciertos conocedores afirmaban que ninguno de los dos existía. Era, pues, muy dudoso que alguien supiese quién era el taciturno anciano que aterrizó con su secretario en la gigantesca casona de frontón gótico construida a mediados del siglo pasado en el bajo Valle del Caos, y se instaló en el piso superior de la torre oriental. Había llegado de manera extraña. Apareció allí de buenas a primeras. Los camareros empezaron a servirlo automáticamente, a él y a Gabriel. Supusieron que era un huésped más, cosa que también pensaron el portero y el director Göbeli, a quien pertenecía la casa de reposo. Nadie reparó en él, y cuando volvió a desaparecer, su presencia fue olvidada. Fue sólo un huésped más. En baja forma, con trastornos digestivos, un corazón bastante precario y una diabetes senil que le creaba serios problemas. Los silenciosos bosques, el paseo hasta el manantial de aguas medicinales del que cada mañana bebía tres vasos, acompañado siempre por Gabriel, y el concierto de las cuatro, por lo general de música clásica, le hicieron un gran bien.

Si en la casa de reposo nadie sospechaba que el Gran Viejo era uno de los huéspedes, menos aún podían saberlo en el Valle del Caos los habitantes de la aldea, un conglomerado de casas viejas y ruinosas. De lo contrario, la fe en él se hubiera reavivado un poco. Ya sólo unas cuantas mujercitas le escribían a veces efusivas

cartas de varias páginas, aunque no se sabía si llegaban a las Islas de la Sociedad, a la Baja California, a Australia occidental o incluso a la meseta del rey Haakon, en la Antártida, sus lugares de destino, pues no eran devueltas ni contestadas. Así, la vieja viuda Hungerbühler sólo podía mantener su correspondencia diaria y unilateral debido a que era la única mujer acomodada, si no directamente rica, de la aldea. Su marido, Ivo Hungerbühler, había vendido cuatro años antes su fábrica de calzado en la región de Sankt-Gallen, y fue el único en construirse en la aldea una villa que a duras penas armonizaba con el valle. Todos consideraron loco al fabricante de calzado: ¿a quién se le ocurría instalarse en esa aldea y construirse una villa? Que estaba loco se pudo comprobar tras la inauguración de la casa, que se desarrolló en total armonía si se exceptúa el hecho de que Frau Babette Hungerbühler le armó una escena a su marido cuando éste agujereó con su puro el viejo kirmán. Le dijo ante todos los invitados: «¡Pero bueno, Papi!». No bien se marcharon los últimos invitados, el señor colgó a su mujer y se colgó luego él mismo en el dintel de la puerta que conducía del salón al jardín. Un invitado que había olvidado la llave de su coche, regresó y los descolgó a los dos. El fabricante estaba muerto, y el médico afirmó que Ivo Hungerbühler se había desnucado sólo al caer, mientras que la viuda aún vivía, aunque había perdido el habla. Desde entonces le escribía cartas al Gran Viejo. La aldea misma, habitada por unas ochenta familias, quedaba frente a la casa de reposo, al otro lado de la quebrada que había cavado el río. La configuración del valle era extrañamente atípica. La parte soleada era boscosa; sólo la meseta con la casa de reposo, el parque, la piscina y los campos de tenis carecía de árboles; el bosque, escarpado, era en su parte baja un abetal que arriba se convertía en un bosque de alerces y acababa bajo la pared de roca del Spitzen Bonder, una montaña de formación dolomítica frecuentada por escaladores. La parte sombreada de la aldea no tenía, en cambio, bosques; en lo alto se veían algunas cabañas diseminadas, todo era demasiado escarpado para poder construir, y demasiado profundo para practicar deportes de invierno. De las familias oriundas de la aldea sólo eran algo conocidos los Pretánder y los Zavanetti. Un Pretánder había sido consejero nacional en cierta ocasión, y un Zavanetti, veterinario cantonal. Por entonces, sólo el alcalde era un Pretánder, luengos años atrás lo había sido el pastor, que con voz suave había predicado la palabra de Dios. Cómo podía alguien entenderla si no entendía a Pretánder, comentó una vez el prepósito cantonal encogiéndose de hombros, pero lo mantuvo en su cargo. Sin embargo, tras la muerte del viejo Pretánder no se presentó ningún candidato, de suerte que una vez al mes se turnaban los pastores del cantón para predicar ante bancos vacíos, en los que sólo de vez en cuando aparecía algún huésped del balneario. La vieja iglesia irregular y llena de goteras era demasiado insignificante para ser declarada monumento nacional, y estaba demasiado vacía para que tuviesen que restaurarla, mientras que en la capital cantonal, el obispo acariciaba la idea de construir una capilla para peregrinos junto al manantial de aguas medicinales, pese al fuerte arraigo protestante de la zona. El director y propietario de

la casa de reposo, Göbeli, aseguraba que había habido un milagro, que su hija ya cojeaba, pero Roma desestimó la instancia. De modo que no se construyó la capilla católica y se empezó a desmontar lentamente la iglesia protestante, porque hacía falta madera. Y de verdad hacía falta, pues mucha gente vivía de fabricar cómodas de viejo estilo campesino, armarios y sillas, pero también bastones de paseo y unos ciervos que, en su formato grande, servían de paragüeros, y, en el pequeño, de ceniceros; en la cornamenta de los grandes se podían colgar sombreros, en la de los pequeños, limpiar la ceniza. Con la iglesia colindaba la ruinoso casa parroquial, junto a la cual quedaban los bares Spitzen Bonder, El confederado, La batalla del Morgarten, General Guisan y El ciervo. Del conglomerado de casas sólo permanecían intactas las pastelerías, el garaje municipal, la granja del alcalde y el local del cuerpo de bomberos. Las pastelerías porque proveían de panes, panecillos y croissants a la casa de reposo, y en sus salones se atiborraban de golosinas con más libertad que la permitida por la casa los numerosos diabéticos que, desde siempre, integraban parte de la clientela estival; el garaje municipal, porque lo apartado de la casa de reposo hacía necesaria una parada de taxis; y la granja del alcalde porque éste suministraba la leche, en verano con un carrito, en invierno con un trineo de los que tiraba un perro monstruoso, de pelaje corto y negro, pecho blanco y cabeza poderosa. El alcalde no sabía de dónde provenía aquel buey. Nadie lo sabía ni había visto nunca un animal semejante. Estaba allí un día en que Pretánder entró en el establo, y se arrimó a él con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo. El alcalde también sintió miedo al comienzo, pero se fue acostumbrando al perro y al final le resultó imposible vivir sin él. Por último, el local del cuerpo de bomberos aún era utilizable porque albergaba una moderna motobomba de incendios donada por el cantón. No para proteger la aldea, pues al cuerpo cantonal de bomberos le hubiera bastado para eso la vieja bomba de mano, sino debido a la casa de reposo, cuyo edificio central, con sus dos alas laterales flanqueadas por sendas torres, había sido rodeado de bocas de incendio por la Oficina Cantonal de Obras Públicas. La aldea vivía de la casa de reposo, a la que en verano suministraba el personal necesario para los servicios de lavandería y habitaciones, ascensoristas, mozos de equipaje, jardinería y cuidado de parques, viajes en calesa y celebración del 1 de agosto (pirámide del club gimnástico), y era a su vez visitada por huéspedes que se llevaban como «arte patriótico» la artesanía producida por la aldea. Cuando, en invierno, la casa se vaciaba, la aldea volvía a sumirse en su insignificancia.

Moses Melker había abordado con su petición al Dios sin barba una noche antes de que éste desapareciera de la casa de reposo. Más precisamente, al filo de la medianoche. El Gran Viejo estaba sentado junto a su secretario y observaba al grupo allí reunido, gente no propiamente rica pero sí acomodada, todos con algún problema de salud, valientes esquiadores lesionados que andaban cojeando, parejas mayores

que bailaban o se habían arrellanado en los sillones, exhaustas, mientras los tres checos, que iban cada temporada y estaban hasta la coronilla de casas de reposo, aldeas, Valles del Caos y Spitzen Bonders, seguían tocando como en un profundo sueño y tras los últimos tangos y *boogie-woogies* ofrecieron un popourri schubertiano: *La trucha en el arroyo*, *Suavemente imploran mis canciones*, *Caminar es el placer del molinero* y el *Ave María*. Melker parecía un bosquimano blanco, era de baja estatura, tenía los labios carnosos y una barba corta, negra y rizada. Posiblemente fueran sus ideas teológicas las que provocaron la carcajada ulterior del Gran Viejo, a quien divertían todas las especulaciones que se hicieran sobre el Dios con barba; también es posible que la motivación psicológica que llevaba a la teología de Melker hiciera reír a aquel taimado conocedor del ser humano. Melker había crecido en Emmental como hijo ilegítimo de una criada protestante. Su padre había sido un criado católico. Sus padres adoptivos, a los que él, en su condición de huérfano, tuvo largo tiempo por los verdaderos, habían sido alcohólicos, pero jamás le habían pegado, sólo se molían a palos uno al otro, y a tal punto que no les quedaba fuerza para pegarle luego a él; nunca en su vida había vuelto a sentirse tan feliz como en las noches en que aquellos dos se pegaban hasta sangrar, era una sensación de no poseer ni ser nada, de estar simplemente protegido. El pastor de la aldea se hizo cargo de él. Fue el único que durante el catecismo y la instrucción de confirmandos no hacía travesuras ni se dormía. El pastor lo mandó a Basilea, donde recibió formación como misionero en el instituto misional de Sankt Chrischona, aunque no lo enviaron a evangelizar paganos por miedo a que pudiera asustarlos. Pero Moses Melker tenía en mente a unos paganos que no eran los de las misiones. Lo había iluminado la intuición de que las palabras del Nuevo Testamento «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos», significaban que sólo era feliz quien no tenía bienes materiales, porque el Gran Viejo (y se refería al Dios con barba) lo había destinado a esa pobreza, mientras que sólo el rico necesitaba de la gracia de Dios para ser feliz. Y Moses Melker decidió convertir a los ricos. Sus libros *El enigmático Nazareno*, *Infierno celestial*, *La muerte positiva*, *El pecado intrépido* y, sobre todo, su *Teología de la riqueza*, alcanzaron gran notoriedad. Mientras Barth la rechazaba y Bultmann escribía que le daba exactamente igual qué razones lo llevaran al Cielo, siempre y cuando lo llevaran, hubo quienes descubrieron en la teología de la riqueza de Melker una teología de la pobreza, es decir de lo inexorable, entendiendo que el hecho de que la gracia no pudiera justificarse con nada es lo que la hacía inexorable. Sólo el más abyecto podía participar plenamente de la gracia (Cayetano Sensemann, S. J., sacó de esto las conclusiones más peregrinas sobre el pasado de la Virgen María y fue excomulgado); al separar Melker la pobreza de la gracia, al trasvasarla del ámbito de lo incalculable al de lo calculable y legítimo, aquélla se volvía algo bienaventurado en sí mismo, algo santificado, el pobre pasaba a ser el redimido, pero también el único responsable y con derecho a hacer una revolución, de suerte que, en cierto modo como la filosofía de Hegel, la teología de Moses Melker se

escindió en un ala derecha y otra izquierda. Melker no tomó partido por ninguna. Su teología suponía una tabla sobre el abismo. Pero como del abismo subían los vapores del sudor producido por el abrazo entre su enorme fealdad y su monstruosa sensualidad, él necesitaba una segunda tabla sobre el abismo: el endiosamiento, que recordaba la mariolatría de los papas, de sus dos esposas fallecidas, Emilie Lauber y Otilie Räuchlin, y de su esposa viva Cäcilie Räuchlin, hermana de la difunta. A las tres les debía la villa feudal donde vivía en Emmental ob Grienwil. Las difuntas habían sido tan ricas como feas, la tercera aún más rica y fea que sus predecesoras; la primera, propietaria de una fábrica de artículos de goma, y la segunda, copropietaria de una gran empresa tabacalera que la tercera heredó en su totalidad al morir su hermana. La primera se desnucó cuando intentaba treparse a un roble convencida de ser el arcángel san Miguel, y la segunda se ahogó en el Nilo durante el viaje de bodas. Pero Moses Melker no estaba contento con la fortuna adquirida, pues ¿podía alguien casarse por puro amor con tres mujeres poderosas y riquísimas, pero feas? Sentía el parpadeante recelo cuando ordenaba detener su Rolls-Royce frente a la puerta de casa; para contrarrestar la sospecha se declaró indigente, y hasta se autodenominó el pobre Moses. Sus supuestas riquezas aún pertenecían en parte a sus dos difuntas viudas, para emplear sus propias palabras, pues ambas eran, de algún modo, sus viudas en el Cielo, y en parte a su no menos bienamada Cäcilie, todavía viva. Hasta lo que percibía por sus libros les correspondía a sus esposas, sin cuyo dinero él nunca hubiera podido escribirlos. El Gran Viejo fue más perspicaz. Las tablas tendidas sobre un abismo se precipitan inesperadamente. Moses Melker no lograba imaginarse que justamente los hombres feos pueden atraer sexualmente a las mujeres más bellas. Su complejo de inferioridad sexual era tan enorme que lo deprimió incluso la conquista de dos millonarias que eran tan feas como él y hubieran podido agenciarse fácilmente hombres guapos. Pues en cuanto hubo conquistado a la primera, empezó a bullir de nuevo el fondo del abismo. Surgió la oscura sospecha de que Emilie Lauber no se había casado con él por sus méritos viriles o su avidez sexual, realmente devastadora, sino que su teoría religiosa la había seducido, esa teoría con la que él intentaba evadirse del pantano de sus complejos. Que encima ella se imaginara ser el arcángel san Miguel, debió de ponerlo furioso. Si el Gran Viejo consideraba probable la colaboración de Moses Melker en la caída de su primera mujer de aquel roble —ya sea porque se trepara detrás de ella, ya porque hubiera serrado parcialmente la rama en la que Emilie solía sentarse (¿quién iba a investigar a un hombre de Dios?)—, daba en cambio por seguro que Melker había arrojado personalmente al Nilo a su segunda esposa. Un viaje de bodas de Asuán a Luxor, precedido por una visita a Abu Simbel, sólo podía ocurrírsele a Otilie Räuchlin. Frente a las estatuas colosales de Ramsés II, Moses Melker debió de parecer un chimpancé manipulado genéticamente. El Gran Viejo vio en su imaginación a Otilie Räuchlin. Era sublime, poderosa y fea. El Gran Viejo la respetaba en la misma medida en que escarnecía a Moses Melker. Le gustaba la seguridad e independencia de Otilie, que hubiera podido buscarse

hombres según su gusto y capricho, ¿quién no habría iniciado una vida más placentera con ayuda de sus millones? Pero con un guaperas por marido habría acentuado su propia fealdad, mientras que con Melker demostraba que le importaba un comino. Y Moses no pudo soportar semejante humillación. En las proximidades de Edfú, la luna brillaba sobre el Nilo. Melker se hallaba solo con Otilie en cubierta. Tomó impulso enseñando los dientes y por poco se cae al agua detrás de ella. Nadie oyó la potente zambullida. Otilie quedó tan sorprendida que ni siquiera gritó. Cargada de joyas, se hundió como una piedra. Moses Melker olvidó su acción durante un rato. Las tablas de la teología cubrieron el abismo no bien hubo actuado. Volvió a su cabina y empezó a escribir *Guiado por dos ángeles*, su *bestseller*, traducido a más de treinta idiomas, un homenaje a sus dos mujeres asesinadas y dedicado a ellas. Sólo al día siguiente, hacia el mediodía, comunicó, perturbado, al capitán, que su mujer había desaparecido de la cabina. La buscaron, no encontraron nada y no surgió ninguna sospecha. Su aflicción fue sincera. Perdió la noción de lo ocurrido. Pero cuando volvió a su villa en Ob Grienwil y entró en el dormitorio, regresaron los recuerdos. En el lecho matrimonial vio a su cuñada Cäcilie Räuchlin, mujer de papada y pechos imponentes, envuelta en un camisón de seda transparente; sobre su vientre había cajas de bombones, y estaba fumando un puro mientras leía una novela policiaca. Cäcilie Räuchlin miró a Moses Melker un momento y siguió fumando y leyendo. En su mirada advirtió Melker que lo sabía todo. Se le metió en la cama e inició así su tercer matrimonio.

Éstas no son, claro está, sino hipótesis para explicar la carcajada del Gran Viejo, y los dos cadáveres en los abismos subconscientes del teólogo también son hipótesis; el mundo no siempre es tan macabro como se lo imaginaba el Gran Viejo, aunque muchas veces lo sea incluso más. Pero suponiendo que la historia aquí narrada sea una historia a la vez lineal y entrelazada, en la que una cosa se deriva de otra y se desarrolla a partir de ella, y no un ovillo de historias inconexas, el motivo de la carcajada habrá que buscarlo en alguna intención secreta sugerida esta vez al Gran Viejo por el propio Melker, sus tres matrimonios o su teología. Muy posible. En cualquier caso, uno de los abogados de Rafael, Rafael y Rafael fue citado a comparecer, sin que se aclarara nunca por quién, por uno de los tres, aunque nadie podía decir cuál de ellos, si el patrón, el segundo o el hijo del patrón. En la oficina de los abogados, Minervastrasse 33a, Zürich, también estaban inseguros, unos afirmaban que sólo había un Rafael, otros, que el patrón y el segundo eran hermanos mellizos y no se les podía distinguir, mientras que el hijo del patrón habría fallecido. También había otras versiones. Si nadie sabía quién iba a volar, el que volaba tampoco sabía hacia dónde volaba, pues siempre lo llevaban a sitios diferentes, y tampoco se podía averiguar a casa de quién. El avión no tenía ventanillas y fue imposible acceder a la carlinga, y a la hora de despegar echaron un somnífero en el champán, sin que

apareciera una sola azafata. La pista llena de baches en la que esta vez aterrizó colindaba con un campo de golf. Cuando el abogado abandonó la aeronave, se vio rodeado de césped. Alrededor vio palos de golf desperdigados, muchos de ellos herrumbrosos, así como las respectivas pelotas. El sol estaba muy bajo, la tarde debía de estar cayendo. Al final del campo de golf se alzaba un edificio blanco y alargado, al que la cúpula que remataba una de sus dependencias laterales confería cierto aire vaticanesco. Se hallaba al borde mismo de una costa escarpada, su aspecto era atrozmente ruinoso y tenía las ventanas destrozadas. En otras épocas debió de haber sido un hotel, aunque mucho tiempo atrás, a juzgar por el espesor de las telarañas en las habitaciones vacías, y por los nidos fijados a los marcos de puertas y ventanas, en los que aleteaban pájaros diversos. Por un pasillo erraba una araña del tamaño de una mano. El cuarto de baño era lujoso, pero estaba inmundo. Bajo la cúpula quedaba la sala de fiestas. Habían montado un bufet inmenso que sin duda llevaba allí varios meses, pues todo estaba cubierto de moho y moscas. El océano (o el Atlántico) era de un azul profundo y se aclaraba un poco en dirección al horizonte. El chirriante coche de un funicular bajaba hasta el mar, otro coche vacío subía chirriando a su encuentro, y en la playa había un hombre echado. Llevaba un viejo pantalón de smoking, tenía los pies y el torso al descubierto, un remolino de pelo blanco en el pecho, y la cara tapada por un sombrero. Quizá fuera el Gran Viejo, quizá no. Estaba durmiendo sobre un colchón del que salía crin de caballo. Un hombre enjuto, vestido con un simple batín de médico, totalmente calvo, con unas gafitas de montura dorada y muy fina sobre las que sus ojos irradiaban un azul intenso, de suerte que parecía pintado por El Greco, se hallaba de pie junto al durmiente y estaba preparando una inyección. En dirección a la orilla, empapadas, varias revistas porno, el *Atlas manual de los continentes de la Tierra y del universo*, de Stieler, publicado por Justus Perthes en 1890, la *Enciclopedia Meyer* en 18 tomos (1893-1898), *La filosofía en el tocador* del marqués de Sade, pilas de listines telefónicos, el tercer tomo de la dogmática eclesiástica de Karl Barth: *La doctrina de la creación: Sobre el gobierno divino*, montones de informes de la Bolsa, *Der Spiegel*, la *Biblia Hebraica ad optimas editiones imprimis Everardi Van der Hooght*, amén de otros folletos y mamotretos a los que se sumaban cerros de cartas por abrir que cubrían toda la playa, bañada una y otra vez por la marea, y entre las que brillaban por todas partes innumerables relojes de pulsera y de bolsillo, de hojalata, plata, oro y platino. El sol había subido un poco más. No debía de ser, pues, el crepúsculo vespertino, sino el matutino. El funicular volvió a chirriar en ambas direcciones, y de él bajó un albino de lengua cabellera blanca, en smoking, quien de una papelera vació más cartas por abrir sobre las que yacían en el suelo. El funicular volvió a chirriar en ambas direcciones. El hombre que dormía bajo el sombrero despertó y empezó a reírse. Pero el calvo enjuto le puso la inyección y el del sombrero volvió a dormirse. El abogado subió al funicular y se dirigió hacia arriba.

De nuevo en la Minervastrasse, el abogado cayó en la cuenta de por qué el Gran Viejo lo había mandado llamar (si es que había sido el Gran Viejo): iba a comprar la casa de reposo junto con los objetos inventariados, aunque no sabía por qué ni de dónde provenía el dinero del que pasó a disponer de pronto, y Göbeli, el director de la casa de reposo, tampoco sabía por qué tenía que venderla; un Göbeli la había fundado, un Göbeli la había recibido del anterior y él seguía dirigiéndola, le estaba dando beneficios inauditos, y además se sentía comprometido con la aldea; pero la suma que le ofreció un notario de la capital cantonal por encargo de la Minervastrasse era tan fabulosa que el tipo aceptó incluso la condición de abandonar la casa de reposo, donde sin embargo vivía, en cuanto acabara la temporada de verano. Göbeli buscó un lugar donde los impuestos lo favorecieran y se mudó a Zug, y al abogado se le encendió una luz en cuanto hubo comprado la casa de reposo: el reichgrave Von Kücksen había dado un golpe maestro, aunque el abogado siguió sin explicarse cómo se había enterado de que el reichgrave había dado un golpe maestro y cómo éste lo había llevado a efecto. Lo más misterioso para él era, sin embargo, cómo había averiguado la existencia de aquel reichgrave, ya que éste era de Liechtenstein, habitante de un Estado diminuto, 169 km² de superficie, cuya tasa impositiva es tan baja que atrae como un imán las fortunas de los grandes financieros. El reichgrave, hombre de unos setenta años, descendía de Pipino el Mediano, bisabuelo de Carlomagno, y refiriéndose a los príncipes de Liechtenstein decía que, después de todo, a duras penas podía considerárseles como de la nobleza. Era un personaje macizo e imponente, de una elegancia algo intempestiva, usaba un monóculo y un bisoñé color rubio pajizo y, por alguna extraña razón, nunca parecía ridículo. Oskar, su hijo adoptivo, se vestía con no menos atildamiento, aunque siguiendo la moda actual. Perteneía a ese tipo de personalidades impersonales que continuamente son confundidas con otras personalidades impersonales; el mundo parece estar repleto de Oskares bien afeitados, esbeltos, perfumados, encorbatados, vestidos de traje oscuro y peinados con raya al medio. En Vaduz trabajaba en la tienda de antigüedades de Von Kücksen y vendía muebles de la alta nobleza austríaca empobrecida y sellos falsificados de Liechtenstein; si alguien pedía ver más rarezas, era conducido por un chófer al palacete situado debajo de Las Tres Hermanas (¿quién conoce la geografía del minúsculo Estado?), donde vivía el reichgrave rodeado de sus célebres tesoros, cuadros de Tiziano, Rubens, Rembrandt, Bruegel, Goya y El Greco, todos falsos, pero con certificados en los que especialistas de fama mundial afirmaban que podían ser auténticos. Emocionados ante la posibilidad de algún negocio colosal, los visitantes recorrían de un extremo a otro la galería. Los precios de las falsificaciones eran altos, pero el caso es que podían ser cuadros auténticos, y tan ensimismados deambulaban esos visitantes que no advertían la barahúnda de ladridos que llegaba desde el parque del palacete, pues el reichgrave poseía una famosa perrera, y sus doberman eran tan conocidos como sus falsificaciones. En cuanto a la discusión entre

éste y su hijo adoptivo, durante la cual el reichgrave encajó a Oskar un falso Frans Hals en la cabeza, el retrato de un pastor menonita de gruesos labios y barba negra, rizada y muy corta, el pretexto pareció haber sido un individuo oriundo de Sargans, cantón de St. Gallen, llamado Edgar, que, en la tienda, sonreía a los clientes cada vez con más frecuencia en lugar de Oskar, y a quien continuamente confundían con éste. Un motivo secundario teniendo en cuenta el efecto: fruto de la restauración fue un certificado de que el Frans Hals era auténtico, tras lo cual la fundación Gulbenkian lo compró por cuatro millones de dólares y Edgar fue adoptado.

La sensación de orgullo y dicha del reichgrave por ser uno de los más afortunados en su ramo sólo duró hasta finales de noviembre. En un ático sobre el río Hudson fue recibido por un asiático esmirriado de raza indefinible y una calva de la que colgaban unas cuantas mechass negras como trazos al carbón, quien, embutido en un traje de etiqueta y con las uñas negras, parecía recién salido de la chimenea junto a la cual estaba sentado. Von Kücksen intentó endilgarle al riquísimo kirguis, samoyedo, tunguso, yakuto o lo que fuera el deshollinador aquel, una escena sabática magistralmente falsificada afirmando que se trataba de un Goya auténtico; era la primera vez que actuaba con tanta imprudencia, ilusionado por la llamada que recibiera de un despacho de abogados Rafael, Rafael y Rafael en Zürich, Minervastrasse 33a, diciéndole que uno de sus clientes estaba interesado en el cuadro. La lección fue devastadora. El deshollinador no sólo estaba informadísimo sobre el reichgrave, sino sobre todo Liechtenstein, a tal punto que Von Kücksen empezó a temer que la policía irrumpiera de un momento a otro. Al final, los cuatro millones que había ganado con la fundación Gulbenkian, así como el falso Goya, pasaron a ser propiedad del deshollinador. Rojo de rabia, el reichgrave cogió un taxi en el aeropuerto de Kloten y se dirigió a la Minervastrasse. El 33a era una casona ruinosa y rodeada de abetos que daba la impresión de que iba a derrumbarse en cualquier momento. El monóculo del reichgrave destellaba peligrosamente. Un joven pelirrojo abrió la puerta. Von Kücksen se encontró de pronto en una habitación recubierta de madera y medio desvencijada frente a tres abogados, los tres con cabeza ciclópea, sólo distinguibles por el color del pelo, rojo, gris y blanco nieve, que se presentaron como Rafael, Rafael y Rafael. El más joven hablaba susurrando, el mediano era más ronco y el mayor intentaba arreglar su audífono, que no paraba de silbar. El reichgrave se sentó. El susurrante abrió la sesión agradeciendo a Von Kücksen. Su Goya entregado al hombre de confianza de su cliente en Nueva York había resultado auténtico y acababan de subastarlo en Christie's por doce millones de dólares, dijo. El segundo añadió luego con voz graznante que, gracias a esa magistral falsificación, Von Kücksen había sido elegido miembro de número del primer —¡ejemm!— sindicato de los Estados Unidos, a cuyas órdenes, transmitidas por Rafael, Rafael y Rafael, no debía el reichgrave oponer resistencia alguna. Por último, el mayor

murmuró, con voz apenas comprensible porque su dentadura le creaba problemas, que Von Kücksen podía retirarse.

El despacho de abogados Rafael, Rafael y Rafael tampoco permaneció inactivo en otros campos. Hizo confidentes suyos a otros abogados, tanto consejeros nacionales como consejeros cantonales, las conversaciones confidenciales se ramificaron, se pidió informes a un consejero federal y a través de éste se filtró el deseo a la administración. Si en Rafael, Rafael y Rafael estaban relativamente bien informados sobre el Gran Viejo, la imagen de éste que transmitieron a los abogados con los que entraron en contacto no quedó del todo libre de sospechas criminales, aunque sí un tanto atenuadas; era una imagen que, siguiendo recomendaciones ulteriores, se fue aclarando hasta transfigurarse y adquirir un tinte humanitario tal que ya no se trató más de una imagen, sino de la idea extremadamente pálida de una asociación libre de multimillonarios filantrópicos que había fundado una sociedad estadounidense paralela al Rearme moral en Caux: la Boston Society for Morality. Tras esta preparación en cierto modo homeopática, se formó un comité honorífico presidido por un exconsejero federal e integrado por consejeros nacionales y cantonales, banqueros, personalidades sociales y un profesor de teología, que no tenían la menor idea de para qué los estaban utilizando. La Boston Society for Morality era algo tan nebuloso como la mayoría de las asociaciones con fines benéficos. Los caballeros asistieron perplejos a la asamblea inaugural antes de proceder a la fundación de la filial europea de la Society, sin sospechar que no existía ninguna central norteamericana. Luego, el exconsejero federal firmó la cédula de fundación en la que fue designado presidente de la junta directiva, y en su discurso del banquete hizo hincapié en que lo fundamental era la fundación de la Society for Morality también en suelo europeo, y que sus objetivos ya se irían perfilando con el tiempo.

Moses Melker había olvidado hacía tiempo su encuentro con el Gran Viejo, pero no lo abandonaba la vaga sensación de no poder recordar algo importantísimo. Había renunciado a la esperanza de crear un centro de recuperación para millonarios. Cuando la tierra temblaba, un río se salía de su cauce, algún alud se precipitaba montaña abajo, se producían deslizamientos de tierras o cualquier volcán entraba en erupción, un deseo furibundo y orgiástico de ayudar y hacer el bien se apoderaba de los hombres. Hacían colectas y donaciones, la radio los estimulaba, anunciando cual victoriosos partes de guerra: un millón, dos millones, dos millones y medio, tres millones, el personal de muchas empresas y colegios colaboraba, los cantantes cedían sus beneficios diarios, los escritores leían, los pintores pintaban y los compositores componían cantatas trágicas, el mundo entero se derretía de compasión; pero si algún

millonario caía en apuros, el Gran Viejo (con barba) procedía duramente con él. No obstante, el Gran Viejo (sin barba) no se dejaba engañar. Moses Melker se compadecía de sí mismo. También él lo tenía difícil, también él era millonario gracias a sus tres mujeres, la tercera de las cuales, la que aún vivía, era la que más lo tiranizaba, aunque Moses Melker se hubiera opuesto a que aplicaran este verbo a su matrimonio. En él se sentía realizado. Por amor, según creía, aunque en realidad fuera por miedo. Porque Cäcilie Melker-Räuchlin lo sabía todo de él. Incluso el asunto con Lisi Blatter, la camarera de El Oso, a la semana de su estancia en la casa de reposo. Un sábado por la noche. Moses Melker debió de haber perdido el juicio. Las tablas sobre el abismo habían cedido, y una vez más el zambullón había sido fuerte. A quién se le ocurría violar a una camarera y arrojar su cadáver al Grien, un riachuelo lleno de truchas que pasa serpenteando por Grienwil y Matten y desemboca en el Emme. Él sólo quiso dar un paseo nocturno. Tampoco fue una violación. Lisi quería más y más. Pero luego le dijo que no era extraño que él siempre quisiera más y más con semejante vieja. Estaba muerto de hambre. El entonces saltó sobre ella y la estranguló. Que encima la tirase al riachuelo fue algo absurdo. «Nunca seré tuya», le había gritado ella en plena cara a Sämu, el criado de Eggler, sobre el puente, y se había ido con Moses Grien arriba, bajo los sauces. Largo rato se quedó él mirando el cadáver en el Grien. Las campanas de Grienwil empezaron a repicar, luego las de Matten, y algo más tarde las de Bubendorf. Bubendorf llegaba siempre más tarde. Poco después se oyeron también las de Niederalmen. Como en un entierro. Por las mejillas de Moses Melker rodaron lágrimas. El Grien fluía perezosamente. No era profundo. Lisi yacía en un bajío. A veces se le acercaba una trucha, a veces el mismo cadáver se movía. Las campanas de Grienwil dejaron de sonar, luego las otras. Ya sólo se oían las de Niederalmen, donde estaban celebrando un culto ecuménico. Cuando Moses volvió al puente, Sämu aún seguía allí. Melker se detuvo a su lado. Ambos contemplaron el riachuelo. El sol ya se había puesto detrás de una colina. El cadáver de Lisi empezó a ser arrastrado Grien abajo. Sämu exclamó: «¡Rayos y truenos!». Tampoco se oían ya las campanas de Niederalmen. El servicio ecuménico había comenzado. La riqueza le pesaba a Moses Melker. Se había casado con Emilie Lauber, Ottilie Räuchlin y Cäcilie Räuchlin y no con una mujercita sensual como esa Lisi Blatter, cuyo cadáver desapareció tranquilamente debajo del puente con los ojos bien abiertos, para reaparecer luego y seguir deslizándose hacia el Emme. El cadáver tenía cierto aire triunfante. Sämu exclamó «¡Estrellas del cielo!» y vadeó el riachuelo en pos del cadáver. Moses Melker pensó de pronto en el anciano al que había abordado en la casa de reposo. Se dirigió a la villa, se desvistió y se acostó junto a Cäcilie, que sólo había abandonado una vez su cama desde que él regresara de Egipto. Para casarse. Con el vestido de novia de su hermana Ottilie. Luego volvió a instalarse en la cama, donde fumaba puros, comía bombones y leía. De las novelas policíacas había pasado a las de ciencia ficción. Se había convertido en algo tan deforme que él ya casi no cabía en la cama de matrimonio. Ella aún usaba camisones

de seda. Moses Melker sabía que Cäcilie lo sabía todo. Se tumbó a su lado y esperó a la policía. Pero la policía no llegó. Tampoco al día siguiente ni al subsiguiente. Nunca apareció. Al cabo de una semana Cäcilie se quedó sin bombones. El correo no se los había traído a tiempo de Berna. Moses Melker tuvo que levantarse y bajar a la aldea. Compró dos kilos de bombones en la pastelería Bigler y observó que la aldea estaba tranquila. Pues nada, señor misionero, dijo Frau Bigler, y le contó que una semana antes habían detenido al criado de Eggler. Sämu había confesado el crimen, que Lisi Blatter le había dicho que nunca sería suya, y él la había poseído y estrangulado y arrojado al Grien. Tras su detención, y cuando el policía de la aldea se lo llevaba a la prisión preventiva de Berna, Sämu, ya en la estación, se tiró a las ruedas del expreso Berna-Lucerna y murió en el acto. Aquel memo de policía no le puso las esposas porque Sämu había sido muy bueno y había confesado todo. Por suerte, pues si no el memo también habría perecido bajo las ruedas del tren. Melker compró dos kilos más de bombones antes de encaminarse al Oso y comerse un plato bernés^[1]. Y entonces supo por qué se había vuelto rico. Tan sólo la gracia del Gran Viejo (con barba) podía salvarlo. La confesión de Sämu había sido una señal. Él vivía en estado de gracia, pecado más, pecado menos, no importaba que fueran mortales. Se comió todo el plato bernés. Luego volvió a la villa y entregó a Cäcilie los cuatro kilos de bombones. Seguro que mañana llegarían los de Berna. Ella cogió un bombón, dijo que los de Berna eran mejores, abrió una nueva novela de ciencia ficción, *En la burbuja del tiempo*, y añadió que Melker hubiera podido traerle los bombones antes de comerse el plato bernés.

Wanzenried llegó a ser campeón suizo amateur de los pesos pesados, pero no hace falta hurgar más de lo necesario en su destino. Ya su primer intento por debutar como profesional culminó en el primer asalto con un K. O. y un estado de coma del que sólo despertó al cabo de un mes. Es posible que entonces su inteligencia sufriera cierta merma, aunque esto es apenas verificable si se toma como referencia su estado precomatoso. Su intento por trabajar como apagabroncas fracasó ante la idea de que aquellos a quienes debía echar de algún local pudieran contraatacar, de modo que no los echaba. Su tercer intento por instalarse en la vida también resultó un fracaso. Le fue bien durante un año, pero luego tres de sus prostitutas lo dejaron por un mejor postor. En un lapso de dos semanas. La policía se puso pesada y nadie quiso trabajar más con él. Wanzenried probó fortuna entonces con una criminalidad menos llamativa y formó una banda de delincuentes ocasionales —no podía contratar profesionales— cuyos asaltos y atracos a bancos le fueron atribuidos, y si bien no pudieron probarle nada, quedó en pie la sospecha, mientras los delincuentes ocasionales ganaban menos de lo que les daba el Instituto de Previsión Social, por lo que se volvieron honrados. La policía se puso aún más pesada. Zürich no era una ciudad para él. Consternado, se vio un día frente a los abogados Rafael, Rafael y

Rafael. Los tres parecían trillizos univitelinos de unos treinta años. Ligeramente obesos, muy bronceados por el sol, camisas de cuello abierto y cadenas de oro, pero las pruebas que le presentaron de que había cometido asaltos y atracos a entidades bancarias aún no esclarecidos eran irrefutables, aunque en verdad él no los hubiese perpetrado. Alguien le había jugado una broma pesada. Que era deber de ellos denunciarlo, dijo el primero. Doce años de trabajos forzados, añadió el segundo; pero había una salida, acotó el tercero. Una profesión bien pagada, precisó el primero. Guardián de noche, dijo el segundo. En una casa de reposo, añadió el tercero. Wanzenried asintió con la cabeza. Cada uno de los tres abogados se encendió un largo y grueso habano. Mantener cerrado el pico, dijo el primero. Frente a quien sea, acotó el segundo lanzando al aire un anillo de humo. De lo contrario... añadió el tercero y apagó de un soplo su cerilla. Wanzenried asintió nuevamente. Que antes tenía que irse a un hospital privado en el Tesino, pensó de pronto. Pese al estado de coma. Su cara le era demasiado familiar a la policía.

Tras recibir una invitación con firma ilegible y cheque adjunto de un banco privado neoyorquino, Moses Melker cruzó el charco con la Swissair y, ante un grupo exquisito integrado principalmente por viudas, pronunció una conferencia, o mejor dicho un sermón, sobre la amarga gracia de los ricos y la feliz miseria de los pobres. El éxito fue extraordinario. Después de la conferencia se ofreció un opulento banquete en su honor, y Moses charló animadamente con las viudas. Más tarde sobrevoló de un extremo a otro el continente, aterrizando ora en una ciudad, ora en otra, ora en este pueblecito, ora en aquél. Seguía sin saber quién lo había invitado. El avión no tenía ventanillas y nunca llegó a ver una azafata a bordo, pero cuando Moses Melker subía, lo esperaba siempre una copa de champán. Se la bebía de pie, se sentaba, se abrochaba el cinturón y se dormía. Al despertar era recibido por una azafata que lo acompañaba del avión al lugar de la conferencia, luego al hotel y, a la mañana siguiente, otra vez al avión. Veía muchas azafatas, y nunca podía recordar su aspecto. En un hotel de Santa Monica (si es que era Santa Monica), cansado por el banquete, se quitó los zapatos sentado en su cama. Cuando alzó la mirada, vio frente a él a un hombre vestido de blanco cuyo cabello negro azabache contrastaba con su viejísimo rostro; todo contrastaba con aquella cara: las manos juveniles, la agilidad del esbelto cuerpo... femenino, habría que precisar, pues en el sillón de cuero había una mujer sentada, como advirtió de pronto Melker. El rostro tampoco es que fuera viejísimo, sino de una belleza sin edad: era la azafata de la que se había despedido ante la puerta del hotel, y todas las azafatas habían sido esa azafata. Le dijo que era Uriel y le entregó un reloj de bolsillo. De parte de su cliente, añadió. Melker miró el reloj. Tenía una manecilla y sesenta y un números. La manecilla señalaba un punto situado más allá del cincuenta y ocho.

—Un reloj para ti, Moses —dijo.

Melker se quedó pensativo.

—Ya he cumplido los cincuenta y ocho —dijo.

—Ya lo ves —repuso ella riéndose—. Tu reloj.

Moses Melker dijo que ya que le regalaban un reloj tan extraño, le gustaría saber quién era su cliente, el donante del reloj. Que sólo tenía un cliente, respondió ella, el propietario del avión. A veces le encargaba relojes de cien horas, con horas de cien minutos y minutos de cien segundos, y otras veces relojes de sólo quince horas, cada una de las cuales debía durar trescientos minutos y cada minuto cuarenta y cinco segundos, aunque tampoco esos segundos eran iguales, algunos duraban tres segundos y cuarto, otros, siete minutos, y una vez construyó un reloj en el que un día había durado mil años; ignoraba si su cliente poseía un reloj normal, añadió, aunque eso era secundario, un cliente es un cliente, y aquél era el único. Y Melker volvió a tener la impresión de estar sentado frente a un hombre de cuerpo juvenil y rostro viejísimo, y cuando la azafata lo acompañó muy temprano hasta el avión, él ya había olvidado el incidente y también el reloj, cuyo tic-tac proseguía en algún punto de su equipaje. Sólo que la azafata le resultó de algún modo conocida.

Todo le había salido mal a Krähenbühl. Ya el Grandhotel de Habkern se había declarado en quiebra, pero eso no fue nada frente a la catástrofe que tuvo lugar en el Caribe. Un paisano suyo que era constructor en la zona le había hablado de un hotel de cien bungalows en una de las Islas Vírgenes; estaban buscando un director, y aunque él nunca supo quién buscaba un director, no le quedó otra salida, el Sancho Panza, en Jamaica, también había quebrado, para no hablar del General Sutter en San Francisco. Y así se fue quedando en el Caribe como en una ratonera. Los prometidos clientes americanos brillaron por su ausencia, a quién le interesaba ir a esa isla donde los negros eran cada vez más rebeldes; desde el último grupo de viajeros no se había vuelto a inscribir nadie. Probablemente fue pura mala suerte que al director de un banco de Miami le cayera un coco en la cabeza mientras hacía su siesta bajo una palmera, junto a la piscina; aunque el chico que se había trepado a la palmera lo acababa de cortar con un machete, era imposible que hubiera apuntado a ese blanco. Pese a todo, Krähenbühl asistió al entierro en Miami, aunque la viuda se negó a aceptar su pésame en presencia de los banqueros más importantes de Estados Unidos. Desde entonces los bungalows estaban vacíos, sólo quedaron los enormes sapos que, de noche, se agazapaban en torno a las lámparas bajas, unos diez por cada lámpara, para adorar la luz. Un día el propietario anunció su llegada de Manhattan. Pero puso ciertas condiciones. En uno de los bungalows tendrían que instalar una chimenea. Llegó de noche y con séquito. Los tipos que lo acompañaban se pusieron a jugar en la piscina, a la que iban tirando los sapos. Por último hicieron pasar a Krähenbühl. Junto a la crepitante chimenea, y apenas reconocible por el humo que llenaba el bungalow, vio sentado a un hombre de ojos rasgados y pómulos salientes, la cara totalmente

cubierta de hollín, unos cuantos mechones negros sobre la calva, envuelto en un albornoz tizado que en algún momento debió de haber sido blanco y en el que sus manos habían dejado huellas negras. A Krähenbühl le dieron a leer un papel donde el chico que se trepó al cocotero confesaba haber matado al banquero por encargo de Krähenbühl. El tizado señaló luego una mesa próxima a la ventana, también manchada de hollín, sobre la cual se apilaban unos saquitos blancos, igualmente tizados. En el suelo había unos cuantos más. «Cocaína», dijo el tizado, «encontrada en tu bungalow». Krähenbühl replicó que era inocente. Él lo sabía, dijo el otro, casi irreconocible entre el humo, pero era imposible demostrar su inocencia, el chico confesaba lo que él quería, y retractarse podía costarle la cabeza. Mala suerte, Krähenbühl siempre había tenido mala suerte. Toda su vida. El tizado calló, y Krähenbühl supo que estaba perdido y aceptó la propuesta.

Moses Melker volvió a finales de marzo por Swissair. Un cuatrimotor de hélice. Nuevamente en primera. Se sentó junto a la ventanilla, empezó a cabecear tras una opípara cena y miró un momento hacia abajo. A lo lejos se divisaba Groenlandia. Entre los icebergs, como un juguete, vio un barco. De pronto advirtió que junto a él había alguien más bien echado que sentado en el asiento reclinable, un hombre larguirucho y macilento, vestido con un traje de corte inglés, completamente calvo, unas gafitas de montura de oro fina, que escribía algo en una libreta de derecha a izquierda.

—Su cara me interesa —dijo el desconocido—. Es fabulosamente perversa. Estoy fascinado por su cara. Debe usted de parecerle muy erótico a las mujeres. ¿Por qué no intercambiamos nuestras caras? En mi clínica de la Strada della Collina, en Ascona. Yo tengo una cara aburrida. Al verla, ninguna mujer tendría pensamientos descarriados como con la suya, Herr Melker.

—¿Me conoce usted? —preguntó Melker.

—Pues sí —respondió el desconocido—. Acaba de concluir un exitoso viaje de conferencias. Aunque su inglés suena muy arcaico. ¿Dónde se lo embutieron?

Que él conocía de memoria el *Viaje del peregrino* de Bunyan, explicó orgulloso Moses Melker.

—¿De memoria? ¡Vaya, vaya! —se asombró el desconocido—. ¿El *Viaje del peregrino* de Bunyan? Pues yo le recomendaría a la Highsmith. Y a Ambler, a Hammett. O bien revise un poco los libros de ciencia ficción de su Cäcilie.

Ella sólo leía alemán, repuso Melker, asombrado de que el desconocido supiera el nombre de su esposa.

—¿Qué? ¿Qué le parece el trueque? —preguntó el desconocido—. Él ofrecía cien mil por la cara de Melker, añadió. La operación no costaría nada. La haría él personalmente, para evitar cualquier chapuza. También tenía él que operarse al mismo tiempo. Ambos se sentarían juntos en dos sillones especiales. Los haría

construir de forma tal que ambos quedaran cabeza con cabeza, mejilla con mejilla. Él era ambidextro. Podía operarse él y operar a Moses simultáneamente. Si Melker quería, también podrían hacer todo en Zürich. En el hospital de la universidad. Para que los estudiantes aprendieran algo.

—No —repuso Moses Melker—. Conservaré mi cara.

—Existe el peligro de que sus instintos sexuales vuelvan a explotar, Herr Melker —dijo el desconocido—. Como hace poco con Lisi Blatter. ¿Se llamaba así la joven cuyo cadáver fue arrastrado por el Grien, verdad? Pacíficamente. Con los ojos bien abiertos.

Melker miró por la ventanilla.

—Soy Miguel —dijo el desconocido.

Ya no se veía iceberg ni barco alguno, ni tampoco Groenlandia. Sólo cielo. El asiento contiguo al de Melker estaba vacío, y cuando éste, muy entrada ya la noche, volvió a Grienwil, vio desde la aldea que en su dormitorio aún había luz. Cäcilie Melker-Räuchlin estaba acostada en la cama de matrimonio, envuelta en su camisón transparente, fumando un puro, enfrascada en una novela policíaca y devorando bombones, un Himalaya de grasa. «Ven, chimpancé mío», le dijo ella, «deslízate bajo la manta y rézale al Gran Viejo para que no me revuelque sobre ti y te envíe a disfrutar de las delicias de su Más Allá».

Un notario de la capital cantonal notificó al exconsejero federal que la Swiss Society for Morality había podido comprar la casa de reposo en condiciones favorables y se la había alquilado a Moses Melker por la temporada de verano, del 15 de mayo al 15 de octubre, y al reichgrave Von Küchsen por la temporada de invierno. Al exconsejero federal, cuya memoria inmediata se hallaba bastante deteriorada, se le había olvidado que él mismo presidía la junta directiva de la Swiss Society for Morality, es más, ya ni recordaba que aún existía la tal Society; leyó, pues, la carta moviendo la cabeza, la puso a un lado y la olvidó. Y la Minervastrasse 33a tuvo así tiempo de prepararlo todo concienzudamente. Krähenbühl fue enviado a la casa de reposo, que recorrió a regañadientes. Frente al edificio central, junto al bosque del Spitzen Bonder, se alzaba una dependencia alargada cuyo sótano albergaba la lavandería y la calefacción, en la planta baja quedaban el consultorio médico y las salas de masaje, fango y sauna, y en los pisos primero y segundo, las habitaciones para huéspedes no muy acaudalados. La dependencia estaba unida a la casa de reposo por un subterráneo. Frente a la casa había una plazoleta con un auditorio, donde las tardes de verano solían tocar los tres checos que el Gran Viejo escuchó aquella vez en el salón. Con ayuda de dos individuos barrigones de tanto tomar cerveza y oriundos de Liechtenstein organizó Krähenbühl la casa de reposo de forma tal que en la aldea nadie notó nada. Las tiendas permanecieron cerradas. Los canapés, sofás, sillones de orejas y camas de lujo fueron introducidos por el pasillo subterráneo y arrumbados en

el desván de la dependencia. Una agencia de Basilea se hizo cargo de la publicidad. En papel satinado. Ilustrado por Erni. «Alegría por la pobreza». A principios de mayo informaron a Moses Melker por carta que su deseo de abrir un centro de recuperación para millonarios se había hecho realidad gracias a unos cuantos adeptos a su teología, que el 15 de mayo se inauguraría la casa de reposo y su presencia era urgentísima. De la organización no tenía por qué preocuparse, que se concentrara exclusivamente en sus tareas pastorales y dejara todo el resto en manos de la Society. Si Moses Melker no hubiera intentado olvidar su encuentro en Santa Monica (si es que había sido Santa Monica) con Uriel, ni su extraña conversación con Miguel en el avión, al volver de Estados Unidos, se habría puesto a pensar y acaso hubiera intuido que se hallaba preso en una red tejida no con mala intención, sino con toda naturalidad, pues era connatural al Gran Viejo (si es que era el Gran Viejo) tejer semejante red, así como es connatural a la araña tejer su tela sin pensar en una mosca determinada, sino en las moscas en general, y connatural a Melker fue caer en ella, como caen las moscas en la telaraña, si por azar o por necesidad ya era cuestión de criterio filosófico, una cuestión de fe que no había manera de probar. A la casa de reposo llegó Melker el día 13. Con Cäcilie. Para su gran asombro, que más bien era perplejidad, ella había insistido en ir con él. El problema resultó ser el transporte. Por cariño a su primera esposa, Emilie Lauber, Melker había seguido utilizando su Rolls-Royce, que por entonces era ya una reliquia de lujo. No hacía falta doblarse para entrar en él; una escalerilla salía al encuentro de quien abriera la portezuela posterior derecha. Las toneladas de bombones devorados por Cäcilie Melker-Räuchlin a lo largo de su vida casi le impiden subir al Rolls-Royce, pero así y todo logró introducirse. August, el hijo del garajista de Grienwil, los condujo a ambos, Melker delante, porque junto a Cäcilie no le quedó sitio. A las ocho de la mañana salieron de Grienwil, hasta Meiringen viajaron sin problemas, pero luego los puertos de montaña dificultaron notablemente el avance del Rolls-Royce. Llegaron a las cinco de la tarde, exhaustos. De la dependencia salió un hombre arrastrando los pies. Llevaba puesto un sobretodo. Moses Melker le preguntó si había alguien. «Yo», replicó el hombre al tiempo que observaba receloso el Rolls-Royce. Melker bajó del coche y se presentó como Moses Melker. «Ya lo veo», dijo el hombre. Si ya habían llegado, preguntó Cäcilie arrastrando la voz. Acababa de comer trufas rellenas con kirsch. «Hemos llegado», corroboró Melker. Ambos reclamaron al portero y al mozo de equipajes. No había ni lo uno ni lo otro, replicó el hombre. «¿Cómo es eso?», preguntó Moses Melker asombrado. Que aquello era la Casa de la Pobreza, explicó el hombre. Tal era el nombre actual de la casa de reposo. La agencia publicitaria de Basilea así la había bautizado. Moses Melker protestó, que pasado mañana se inauguraría la casa de reposo —la Casa de la Pobreza, corrigió el hombre—, la Casa de la Pobreza, prosiguió Melker. Se habían apuntado más huéspedes de los que él había esperado. Necesitaban personal, mucho personal. Quién había ordenado esa insensatez. La Swiss Society for Morality, respondió el hombre. La Society no tenía por qué meterse

en eso, protestó Melker. Ella era la que daba órdenes, explicó el hombre, él y Melker eran simples empleados suyos. Qué pasaba, a qué hora la llevarían a la torre oriental, reclamó Cäcilie desde el interior del Rolls-Royce. Y dónde estaban los mozos de equipaje. La torre oriental no se podía alquilar ni visitar, dijo el hombre. Sólo podía ofrecerle la torre occidental. Quién lo había dispuesto así, preguntó Cäcilie. También la Swiss Society for Morality, repuso el hombre. Cäcilie ordenó a August que la llevara de vuelta a Grienwil. Éste sacó el equipaje de Melker, cerró el maletero y arrancó. Y ahora tendría que arreglárselas sin su mujer, sollozó Moses Melker. «Ánimo», dijo el hombre. Melker le preguntó quién era. «El director Krähenbühl», replicó el hombre y volvió a la dependencia. Melker tuvo que cargar él mismo su maleta hasta la casa de reposo. El ascensor no funcionaba. La maleta pesaba, él había llevado el manuscrito de *El precio de la gracia*, en el que pensaba seguir trabajando. Cuando por fin llegó al piso superior, oyó un canto que venía de la torre oriental. Presa de una brusca e inexplicable obstinación, arrastró su maleta hasta lo alto de la torre oriental, abrió la puerta y entró. Detrás de una mesa había tres rabinos sentados. Los tres llevaban sombreros negros, gafas de sol y una especie de caftán negro, y estaban cantando. El del centro tenía la barba blanca, el que estaba a su derecha, roja, y el de su izquierda, negra. Las tres barbas era frondosas y desgredadas. Detrás de ellos se abría una ventana. Moses Melker se sentó sobre su maleta a escuchar el cántico de los rabinos, que cesó al cabo de un rato. El rabino de la barba blanca desgredada se quitó las gafas de sol, pero mantuvo los ojos cerrados. Moses Melker, empezó diciendo, había desoído la prohibición y entrado en una habitación no destinada a él. «¡Perdón!», murmuró Melker. La falta de personal lo había confundido. «¿Confundido?», preguntó el rabino de la barba roja desgredada y se quitó las gafas de sol sin abrir los ojos. ¡Moses Melker quería dirigir un centro de meditación y consuelo para ricos y exigía personal de servicio! Es que justamente para eso necesitaban personal, explicó Moses Melker, tenían que entenderlo, él aún no se reponía de su asombro, añadió. Dirigir un centro de meditación también planteaba problemas de organización. «¡Hombre de poca fe!», dijo entonces el tercer rabino, el de la barba negra desgredada, y se quitó las gafas de sol, tras las cuales no había ojos, sino dos cuencas vacías. En la Casa de la Pobreza, los mismos ricos serían el personal. Moses Melker se levantó. Aterrado por su falta de fe, echó a correr con su maleta, a pesar del peso, en dirección a la torre occidental.

Los huéspedes provenían sobre todo de Estados Unidos. Particularmente viudas, encabezadas por la de un presidente. Pero también estaba representada Europa: y no sólo por viudas, sino por grandes industriales, propietarios de bancos privados, directores generales, inversores y especuladores, magnates de la transacción inmobiliaria y corredores de bolsa, etc. A medida que llegaban se iban quedando de pie junto a sus maletas, perplejos, en la plazoleta, frente a la casa de reposo, con un

tiempo no muy bueno, o bien apiñados en el auditorio; eran muchísimos los que llegaban, una multitud de peregrinos multimillonarios en busca de una nueva aventura, mientras los chóferes que los habían llevado en taxis y limusinas de lujo volvían a sus casas en largas columnas, valle arriba. Todos estaban inquietos porque no se veía personal alguno. Hasta que por fin apareció Moses Melker en el portal principal. Todo el mundo enmudeció. Moses Melker era un orador al que creían que creía en lo que decía. Partía de las palabras de Jesús transmitidas por los tres Evangelios sinópticos —más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el Reino de los Cielos— y de la respuesta de Cristo a la temerosa pregunta de sus discípulos sobre quién podía salvarse: que para los hombres eso era imposible, pero todo era posible para Dios. Bienaventurados eran, prosiguió Melker, los pobres de espíritu, porque de ellos era el Reino de los Cielos. ¿Pobres de qué espíritu? ¿Del espíritu del Gran Viejo que estaba en el Cielo (y aquí se refería Melker al Dios con barba)? En ese caso no serían bienaventurados, sino desventurados. No, bienaventurados eran los pobres del espíritu del hombre, los pobres, pues el espíritu del hombre era el dinero, *pecunia* en latín, de *pecus*, ganado. El dinero era, pues, bestial. Del trueque de ganado por ganado y camello por ganado se había pasado al de ganado por dinero, camello por dinero y valor por valor. El hombre evaluaba con dinero. Por eso todo cuanto hacía el hombre se basaba en el dinero, su cultura y su civilización, y por eso era vano todo cuanto el hombre hacía y conseguía mediante el dinero, lo bueno y lo malo, el formidable circuito de los negocios con el pan para los hermanos y la miseria para los hermanos, con lo que nos vestía y desvestía, con lo que era digno e indigno de vivir, lo duradero y lo transitorio, lo necesario y lo superfluo, el arte y el *kitsch*, la cinematografía y la pornografía, con el amor desinteresado y el amor venal. Obra del hombre y no del Gran Viejo. Pero si el pobre, que nada posee, posee el Reino de los Cielos, el que posea bienes no poseerá el Reino de los Cielos y sus bienes lo harán desventurado en vez de bienaventurado, resultándole una carga, pues toda propiedad pesa, ya se trate de capital o de cultura, Por eso el joven rico se alejó entristecido del lado de Jesús, pues tenía muchos bienes. ¡Entristecido! ¡Cómo hubiera querido ser pobre! ¡Con qué gusto hubiera vendido cuanto tenía para dárselo a los pobres, como le había exigido Jesús! Pero, ¿qué hubiera conseguido? La riqueza se les habría volatilizado a esos pobres, que habrían vuelto a su estado de pobreza. Al que poseía el Reino de los Cielos no lo entregaría el Gran Viejo a los infiernos. Pero ¿y el joven rico? Seguro que hubiera acabado pobre, arruinado, insolvente, en bancarrota, hecho leña. Pero no se habría ido de cabeza al Reino de los Cielos: su ruina no hubiera sido obra del espíritu del Gran Viejo que estaba en los cielos, sino del espíritu del joven, del espíritu del hombre. Algo intencionado. Para superar con astucia la limitación que le habían asignado: ser rico. Jesús lo había tentado, pues Jesús, que recorría este mundo cubierto de harapos, también tentaba, y no sólo el demonio; por eso la cristiandad rezaba: «¡No nos dejes caer en la tentación!». El joven rico había resistido a la

tentación de ser pobre, de salir a caminar cubierto de harapos como Jesús, de volverse *clochard*; por eso la riqueza era la cruz de los cristianos, y la tristeza, su destino; la alegría les era concedida solamente a los pobres y desposeídos: ¡solloza, cristiandad, solloza! Moses Melker hizo una pausa y cayó de rodillas. El silencio era total en la plazoleta. Desde la aldea llegó el ladrido de un perro. Luego otra vez silencio. Moses Melker clavó la mirada en la multitud, en todos esos propietarios de grandes almacenes, de medios de comunicación de masas, de fábricas, de bancos, de bienes raíces, de cadenas hotelera, en todos los propietarios congregados frente a él, a los cuales miraba fijamente y que a su vez lo miraban fijamente.

«¡Venid a mí todos vosotros, desventurados y agobiados, que yo os quiero aliviar!», murmuró, y todos oyeron su murmullo. Para los hombres eso era imposible, pero todas las cosas eran posibles para el Gran Viejo. Sin embargo, quien lo miraba de hito en hito era el Dios Mammon, no el Gran Viejo, exclamó y se incorporó de un salto, permaneciendo allí de pie, omnipotente. Fuese cual fuese el origen de las riquezas que lo rodeaban, cercaban y oprimían, prosiguió diciendo, explicando y predicando en tono gélido y con terribles pausas, de aquel torrente que lo arrollaba e inundaba —oro, divisas, dinero negro, paquetes de acciones, obligaciones, empréstitos, cuentas numeradas, pagarés—, ya fluyera, manara o brotara bruscamente de fuentes claras o turbias, de negocios incruentos o cruentos, de senos virtuosos o viciosos, de pollas legítimas o ilegítimas, todo era sopesado y juzgado excesivamente ligero, basura, inmundicias, fango clarificador ante los ojos del Gran Viejo. Ellos, sin embargo, que habían sido arrastrados hasta él por ese caldo, no estaban perdidos. Pese a ser los réprobos por excelencia, eran también los admitidos por excelencia a través de la gracia, que era ese imposible tan sólo posible para el Gran Viejo, lo total y absolutamente inmerecido, pues de ser la gracia algo merecido, no sería gracia, sino recompensa. La gracia era el ojo de la aguja por el que no sólo pasaba un camello, sino todos los allí congregados, que gemían bajo la maldición de sus riquezas. Ante el Gran Viejo los últimos eran los primeros y los pobres, ricos, los pobres eran agraciados, y los ricos, malditos. Pero el agraciado no necesitaba gracia alguna, pues ya la tenía, por eso la gracia les estaba reservada a ellos, los ricos, los malditos, los satisfechos, esa gracia con la que serían coronados como la única escoria de la humanidad necesitada de gracia.

«¡Bienvenidos a la Casa de la Pobreza!», dijo Moses Melker al concluir su discurso.

Lentamente cayeron en la cuenta de que no había personal de servicio, de que tendrían que atenderse ellos mismos, de que se habían precipitado en la pobreza. Empezaron a instalarse, desconcertados al principio, y a ayudarse mutuamente: cargaron maletas, se distribuyeron las habitaciones, deliberaron, le agradecieron su apoyo a Moses Melker, que estaba tan desamparado como ellos, y se organizaron

bajo la dirección de un mariscal de campo inglés, ligeramente estupidizado y riquísimo. Éste telefoneó al director del Departamento Militar Confederado, quien a su vez habló con un general de división en la capital cantonal, y ya al día siguiente llegaron dos camiones de reparto con todo lo necesario, y después uno diario. El aspecto sanitario cedió ante el pastoral. El médico encargado de la casa de reposo durante el verano ya no fue requerido, y el agua de la fuente medicinal se utilizó como agua de mesa: símbolo de la pobreza, un indigente debía beber agua en vez de vino. Una auténtica obsesión por vivir pobremente se apoderó de los millonarios y las viudas de millonarios: los directores generales hacían las camas, los banqueros pasaban la aspiradora, los grandes industriales ponían las mesas del comedor, los gerentes pelaban patatas, las viudas de multimillonarios cocinaban y se encargaban de la lavandería, los jeques del petróleo y magnates del transporte marítimo podaban el césped, arrancaban la mala hierba, removían la tierra, serraban, clavaban, cepillaban, pintaban y pagaban por todo ello precios descomunales. No sin problemas, pues las actividades que normalmente eran cubiertas por gente de la aldea, las hacían ahora los huéspedes, que al trabajar sonreían, reían, canturreaban, lanzaban gritos de júbilo y chillaban; era un verdadero drama, ya que la casa de reposo y la aldea habían constituido una unidad económica. La doctrina de Moses Melker, que él anunciaba a diario en un oficio matutino y otro vespertino, no aportó dicha a la aldea, sino a la casa de reposo. Ésta llevaba los negocios, y en la aldea cundió el desempleo. El ansia de pobreza, unida a una dieta sencilla, arruinó las pastelerías; en vez de panecillos y golosinas ya sólo había que preparar pan simple. Los salones de té permanecían vacíos. No había movimiento de taxis, y la afluencia de huéspedes hacia los famosos balnearios para extranjeros se interrumpió. Nadie volvió a comprar los armarios de tipo campesino, ni las cómodas, mesas y sillas, ni los ciervos grandes y pequeños; quien quiere vivir pobremente, no despilfarra dinero. La aldea había perdido todo sentido económico. El 15 de octubre cerró sus puertas la casa de reposo. Los huéspedes volvieron a sus casas, consolados, y asumieron nuevamente el lastre de sus riquezas, templados por la pobreza de la que habían disfrutado. Pero tampoco en invierno tuvo la aldea nada que hacer en la casa de reposo. Si el guardián nocturno había sido hasta entonces alguien de la aldea, y los niños habían jugado en el salón y corrido por los pasillos, y a veces los hombres se habían reunido en la bodega, un individuo gorillesco con una cara extrañamente rígida ocupaba ahora el puesto del guardián nocturno, hablaba alemán zuriqués y ahuyentaba a todo el que se le acercara, pues el sindicato había adquirido no sin segunda intención la casa de reposo a través de la Swiss Society for Morality. Siempre había miembros que retirar de la circulación. Esto no había sido problema antes, era fácil eliminar a quien la policía hubiera buscado con demasiada intensidad, ¿se podía acaso volver a encontrar en el fondo del Hudson, del East River, del lago Michigan o del océano Pacífico a alguien que estuviera empotrado en cemento? El sindicato era escrupuloso y no toleraba chapuzas, pero sus métodos intimidaban; los

delincuentes de primera clase, que trabajaban impecablemente, se convirtieron en artículos raros; trabajar con diletantes perjudicaba el buen nombre y reducía el volumen de transacciones, por lo que la casa de reposo fue todo un hallazgo. El sindicato aprovechó la temporada de invierno. Se cerró la casa y se instaló en ella a los profesionales buscados por el FBI, y los asesinos y secuestradores estrellas hallaron acomodo en las habitaciones y apartamentos donde, en el verano, habían rezado los ricos. Tras el gozo desbordante de una feliz pobreza imperaba ahora una melancolía paralizante, aunque la antigua comodidad y el lujo hubieran sido restablecidos. El sindicato sabía lo que debía a su gente, pero no había contado con Von Kücksen. Éste se hallaba sin duda al corriente, pero, rodeado de tesoros artísticos y de literatos a los que atraía desde la región de Sankt-Gallen, e incluso Zürich, a su siempre bien servida mesa al pie de Las Tres Hermanas, suministraba a la casa de reposo libros de arte y ediciones de clásicos. Desvalidos, los mafiosos que aún sabían italiano hojearon la *Divina Comedia*, el *Orlando furioso* o *Los novios*, mientras *gangsters* irlandeses apagaban sus puros sobre *Finnegans Wake*, y truhanes de la costa occidental intentaban deletrear obras de Shakespeare y *El Paraíso perdido*. Los peligrosos delincuentes se instalaban con aire sombrío en las poltronas, frente a frente, y empezaban a bombardearse con infolios. Cualquier salida les estaba prohibida, nadie debía verlos, la casa de reposo se hallaba oficialmente cerrada. El aburrimiento agobiaba a esos duros muchachos. La televisión aún era algo imposible en el Valle del Caos; sólo el mugir de las tempestades de invierno, la nevada que no tardó en llegar, el silencio de las siguientes noches, luego otra vez nevada y un nuevo silencio sepulcral. Jugaban a las cartas con las cortinas corridas, bebían, fumaban y mataban el tiempo como podían. En verano regresaron los ricos, esta vez gente aún más rica, y cuando volvió el invierno, el sindicato impuso la permanencia en la casa de reposo a dos especialistas de muchos quilates que hicieron insoslayable la catástrofe. Las naturalezas de gran talento artístico en su campo suelen verse particularmente corrompidas por el aburrimiento. A él sucumbió Elsi, la hija del alcalde, una joven de quince años que una fría mañana de noviembre, sin nieve, se apareció en tejanos y con una gorra y un sobretodo rojos, de pie sobre el carrito de la leche tirado por un perro, ante la puerta de entrada para proveedores.

Marihuana-Joe y Big-Jimmy eran los dos asesinos más famosos del continente norteamericano. Altos y enjutos ambos, uno era el más célebre, y el otro el más tristemente célebre, uno un moralista, y el otro un esteta. Marihuana-Joe debía su nombre a la circunstancia de que a todas sus víctimas les ponía un porro entre los labios exánimes, no porque fumara marihuana, sino para dar a entender así que el difunto había sido una mala persona. También pegaba papelitos en el pecho de sus víctimas explicando por qué las había matado, aunque nunca revelaba el verdadero motivo, conocido sólo por el sindicato; él escribía el que bastaba para salvar su

reputación al poner a alguien en el retículo de su anteojo de puntería: adúltero, irrespetuoso con su madre, ateo, tacaño, pederasta, comunista, etc., por lo que el *Time-Magazine* escribió, al declarar hombre del año a Marihuana-Joe, que con sus principios morales éste podía cargarse a toda la población de Estados Unidos. Era un enigma por qué la policía no lograba capturarlo. Después del crimen él actuaba con ligereza, aunque no sin perspicacia. Nada podía impedirle dejar su marca y señal sobre sus víctimas, aunque para ello tuviera que deslizarse hasta el cadáver en la casa mortuoria o colarse en la morgue o donde fuera. Ninguno de sus cadáveres estaba a salvo de él *a posteriori*. Incluso cuando la policía exhumó a Pepe Runzel porque su viuda afirmaba que no se había suicidado, encontró, al abrir el ataúd, el porro entre los dientes de Pepe y, sobre el pecho, una nota: propietario de un burdel. A diferencia de Marihuana-Joe, Big-Jimmy no era popular, y durante un buen tiempo la policía puso en duda la existencia de un personaje así, opinando que debía de tratarse de varios. A Big-Jimmy le eran indiferentes las víctimas, más le interesaba la complejidad de la tarea. Sus víctimas eran encontradas en retretes cerrados con llave, en habitaciones de enfermos vigiladas por la policía, aparentemente dormidas en la primera clase de los aviones o hundidas en sus sillones del senado o del parlamento. En cuanto culminaba una tarea, se escondía en un burdel donde permanecía a menudo semanas enteras y de vez en cuando dejaba caer alguna observación o hablaba en sueños, de suerte que la policía se fue convenciendo gradualmente de que Big-Jimmy existía de verdad, por lo que el sindicato, que estaba al tanto de las conjeturas policiales, prefirió hacerlo desaparecer durante un invierno en la casa de reposo, junto con Marihuana-Joe. Al moralista le resultó fácil, al esteta, difícil; Marihuana-Joe buscaba la edificación moral, Big-Jimmy, la relajación sensual; si uno intentaba meditar, el otro buscaba mujeres; Marihuana-Joe desaparecía a veces en la noche sin que nadie lo notara y se instalaba entre las vigas de la iglesia derruida o en uno de los cuartos de la casa parroquial vacía. Big-Jimmy acechaba a la chiquilla de pelo castaño corto y ojos azules, fresca y despreocupada, que llevaba la leche dos veces por semana, ignorando que a través de las persianas entornadas la espiaban una serie de asesinos rijosos, condenados a un celibato antinatural.

Y fue imposible evitarlo. Big-Jimmy sólo quiso adelantarse al otro, y Marihuana-Joe intentó simplemente impedirselo, pues en un momento en que todos hablaron de la chica, él amenazó con romperle la crisma al que se atreviera a molestarla. Pero ninguno de los dos había contado con el perro. Éste, en su afán de proteger a Elsi, volcó el carrito y la lechera y le mordió el trasero a Marihuana-Joe, que quería salvar a la chica, mientras Big-Jimmy se revolcaba con ella en la charca de leche, y desde el bosque que dominaba la casa de reposo alguien, borracho, recitaba en voz alta a Hölderlin: «¡Oh dulces cisnes que, ebrios de besos, mojáis la cabeza en las sagradas aguas!». El griterío y los gemidos eran imponentes, aunque fue imposible averiguar

quién gritaba y gemía más, si Marihuana-Joe, Big-Jimmy o la muchacha. Por último Big-Jimmy desapareció en la casa de reposo y la chiquilla huyó quebrada abajo. El perro no soltaba a su presa, se había encarnizado tanto con el trasero de Marihuana-Joe que ni el guardián nocturno Wanzenried pudo hacer nada. Sólo Red-Flowers liberó a Marihuana-Joe del furioso animal disparando su Magnum Smith & Wesson, aunque sin darle al perro, que le arrancó con el hocico la Smith & Wesson y echó a correr quebrada abajo arrastrando el carrito volcado.

Wanzenried llamó por teléfono. El reichgrave se quedó pensando. En sus negocios se había abierto una nueva variante. Desde que era miembro del sindicato, vendía, además de cuadros falsificados sobre los que dejaba planear la sospecha de una presunta autenticidad, cuadros auténticos cuya falsedad afirmaba, y que sólo vendía a los clientes que se hubieran informado en el sindicato y supieran que los cuadros eran auténticos, pero robados, y a menudo de las villas de quienes en la temporada de verano se consolaban de la aflicción de la riqueza con la alegría de la pobreza. Von Kücksen se quedó pensando si debía informar a la Minervastrasse, pero decidió actuar por su cuenta y riesgo. Al mediodía se detuvieron ante la casa de reposo un Aston Martin y dos Cadillacs. Del Aston Martin bajó Von Kücksen, de los Cadillacs, sus hijos adoptivos. Era la primera vez que el reichgrave, un señor rubio pajizo con un refulgente monóculo, guantes blancos y una perra doberman atraillada, pisaba la casa de reposo. Wanzenried lo hizo pasar al salón.

—En realidad hubiera debido telefonar a Zürich —dijo Wanzenried.

—¿Hubiera? —preguntó el reichgrave.

—Una orden —confesó Wanzenried.

—¿Y por qué no la cumplió? —quiso saber Von Kücksen.

Wanzenried murmuró que Liechtenstein quedaba más cerca, y que había pensado...

—Un burro no piensa, obedece —dijo el reichgrave con la sensación de que el guardián nocturno le estaba mintiendo.

Sobre un sofá, Marihuana-Joe gemía tumbado boca abajo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Von Kücksen, y como Wanzenried no respondía, gritó con una enérgica voz de mando—: ¡Salgan todos!

El salón se fue llenando lentamente de caras sombrías y herméticas; varios de los *gangsters* llevaban pistolas ametralladoras. Algo no funcionaba. Que la casa de reposo sirviera de escondite en invierno había sido una ocurrencia genial, quizá del deshollinador del sobreático sobre el Hudson, quizá de Rafael, Rafael y Rafael, pero había que contar con algún incidente como el que acababa de explicarle Wanzenried. El aburrimiento debía de estar ya calculado como elemento perturbador. Quizás el deshollinador de Nueva York o la Minervastrasse querían liquidar así a la banda. O tal vez no habían contado con el aburrimiento, o tal vez él, Von Kücksen, tuvo su

parte de culpa en el incidente, sí, él con sus clásicos, Dios mío, cuando vio aquellas caras, debían de aburrirse como ostras. Quizás hubiera debido informar a Rafael, Rafael y Rafael, o quizás ellos mismos querían que él actuara sin autorización, quizás el despacho de abogados de la Minervastrasse 33a quería que él dijera a la policía... Y lo cierto es que allí estaba él ahora, el reichgrave, metido en ese atolladero, como inquilino de una casa de reposo vacía. Tenía que salir de él como fuera. Nueva York había sido una escuela para él. El sindicato no lo arruinaría una segunda vez. Marihuana-Joe gemía. El reichgrave se le acercó. El hombre estaba gravemente herido. Debió haber sido un perro gigantesco. Preguntó qué podía hacer, ni pensar en llevarlo al hospital cantonal.

—¡Dios me libre! —gimió Marihuana-Joe, y mencionó una clínica particular en Ascona. En la Strada della Collina.

Pero lo cierto es que el perro gigantesco había mordido a alguien, y a la chica la habían violado. Era un milagro que la policía aún no hubiera aparecido. Sólo quedaba una salida. Él se había traído a su perra doberman para que lo protegiera, y ésta podía sacarlo ahora de la penosa situación en que lo había metido el sindicato. El reichgrave encendió un cigarrillo, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Quién?

Silencio.

Von Kücksen miró fijamente a Wanzenried, y ordenó:

—¡Vuélvete!

Wanzenried se volvió.

El reichgrave ordenó:

—¡Bájate los pantalones!

Wanzenried se bajó los pantalones.

El reichgrave ordenó:

—¡Agáchate!

Wanzenried se agachó. Y se le encendió una lucecita. Intuyó que pronto sería operado por segunda vez, sólo que no allí donde ya lo habían operado. E intuyó bien. La doberman mordió firme. El reichgrave se dirigió al teléfono y llamó al puesto policial: que el perro del alcalde había mordido al guardián nocturno. El hombre estaba atrozmente mutilado, dijo. El policía no estaba enterado de nada, lo que sorprendió a Von Kücksen; tal vez había sido inútil ordenarle a Berta, como se llamaba la perra doberman, que mordiese al guardián. Recomendó a los caballeros — es la palabra que empleó— que se encerraran en el sótano, subió con la doberman al Aston Martin y regresó a Liechtenstein. Oskar llevó a Wanzenried al hospital cantonal, y Edgar, pálido como un muerto, condujo a Marihuana-Joe a Ascona en el segundo Cadillac. Los caballeros obedecieron.

Entretanto, la chiquilla había llegado a su casa hacía rato. El alcalde Pretánder

había estado cortando leña en el granero. Era un hombre insensible y gruñón, pero tozudo, con un gigantesco mostacho rubio en su cara redonda, y una cabellera erizada como una rastrojera. La verdad es que hubiera sido un hombre feliz de haber tenido un hijo. Pero no lo tuvo, y su mujer ya había muerto, y como sólo tenía a Elsi, era insensible y gruñón con ella por ser una chica, de suerte que preguntó por el perro, Mani, sin preocuparse mucho por la respuesta evasiva de Elsi, que dijo no saber dónde estaba. Él pensó entonces que ya aparecería, y cuando el perro llegó corriendo con el carrito volcado y la Smith & Wesson en el hocico, Pretánder se limitó a decir que, gracias a Dios, no le había pasado nada a Mani, seguro que había dado caza a algún furtivo, un buen perro, sí, un buen perro, y ni siquiera se dio cuenta de que Mani había vuelto a casa sin la lechera.

Sobre las dos de la tarde el policía Lustenwyler se dirigió en su jeep a la aldea. Había llegado a ser policía gracias a la mediación de su padre, el consejero gubernamental Lustenwyler, pues le faltaban quince centímetros para dar la talla requerida. A lo largo de su vida no había hecho otra cosa que comer y expresar su deseo de ser policía o guardagujas, para no tener otra tarea que comer, pero como en los ferrocarriles lo rechazaron, sólo quedó la policía y al final fue destinado al puesto del Valle del Caos, que se hallaba a doce kilómetros de la aldea. Lustenwyler detuvo el jeep frente a la casa del alcalde, pero no bajó, sino que tocó el claxon. La gigantesca cabeza de Mani se asomó por la caseta del perro y volvió a desaparecer. La puerta de casa se abrió y salió el alcalde.

—¡Hola! —saludó el policía.

—¿Qué hay? —preguntó el alcalde. La cabezota de Mani volvió a asomarse.

—Nada —dijo el policía.

—Pues entonces, adiós —replicó el alcalde y volvió a su casa. De la caseta del perro salió Mani, se desperezó y avanzó trotando hacia el jeep. Lustenwyler sintió miedo de pronto y permaneció inmóvil junto al volante. El perro husmeó todo el jeep, dio media vuelta y regresó a su caseta. Lustenwyler tocó el claxon. Dos veces, tres veces. El alcalde volvió a salir.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Tengo que hablar contigo —dijo el policía.

—Pues entra —dijo el alcalde disponiéndose a entrar de nuevo.

—No puedo —replicó el policía—, el perro...

—¿Qué pasa con Mani? —preguntó Pretánder. El perro salió nuevamente de su caseta.

—Muerde —dijo Lustenwyler observando angustiada al animal, que se le acercó.

—¡Pamplinas! —repuso el alcalde. El perro empezó a menear la cola, se metió de un salto en el jeep y le lamió la cara a Lustenwyler.

—¡Mani, a la caseta! —ordenó Pretánder con voz serena.

El perro volvió a su caseta.

—Ya lo ves —dijo el alcalde—, es muy simpático.

Lustenwyler mantuvo su afirmación:

—Ha mordido al guardián nocturno de la casa de reposo.

Elsi salió en ese momento.

—No es cierto —dijo—, no es cierto, fueron dos los que me atacaron, y uno de ellos me... en el charco de leche, Lustenwyler ve perfectamente mi aspecto, totalmente desgredada y rasguñada, mi padre es el único que no ve nada, y el perro mordió al otro individuo.

—Oye niña, ¿qué ocurrió exactamente? —preguntó el alcalde a Elsi en tono autoritario.

—La lechera se volcó —dijo la chica—, y yo acabé en el charco de leche con uno de los individuos...

Pretánder entró en la casa y sacó la Smith & Wesson:

—La ha traído Mani —dijo, e increpó luego a Elsi con aspereza—: Y tú cierra el pico, ha sido un cazador furtivo.

—Un guardián nocturno —dijo Lustenwyler—, me telefonearon de la casa de reposo. —Y preguntó luego—: ¿Qué diablos pasó finalmente sobre esa leche derramada? La policía debe saberlo todo.

—Lo que pasó en el charco de leche hasta la policía puede imaginárselo —respondió Elsi.

Lustenwyler se quedó pensativo.

—¿De veras? —preguntó luego.

—No hagas preguntas tontas —replicó Elsi.

—¿Fueron dos? —preguntó Lustenwyler.

—Dos —dijo Elsi y entró en la casa.

—Dos —repitió el policía moviendo la cabeza.

—Elsi está chalada —dijo el alcalde.

—Muy extraño —opinó Lustenwyler y se dirigió con Pretánder a la casa de reposo.

El portal principal estaba cerrado, así como la entrada para proveedores, donde sólo encontraron la lechera vacía y restos del charco de leche. Llamaron en voz alta. Nadie salió. «Muy extraño», volvió a decir el policía, tras lo cual ambos se dirigieron al puesto. El puesto policial de Lustenwyler se había transformado, durante los más de veinte años de actividad profesional de su inquilino, en una cocina: las paredes estaban recubiertas de salchichas y jamones, por todos lados había algo que hervía, borboteaba, se doraba o echaba vapor, cosas encurtidas y picadas, cebollas, ajos, verduras, a las que se sumaban latas de atún, sardinas y anchoas, huevos duros, lechugas, informes policiales, fotos de delincuentes, esposas y un revólver.

—Me he preparado una sopa de carne con apio, cebollas, puerros y coles —dijo Lustenwyler mientras se llenaba un plato con el contenido de una olla humeante colocada sobre el hogar, se lo llevaba al escritorio y empezaba a comer. Más tarde pasó a máquina el informe, se sirvió un segundo plato, luego un tercero, cogió el informe, lo leyó, se limpió un resto de sopa que se le había pegado y dijo al alcalde que ahora sí podía firmar su denuncia. Luego se cortó un trozo del tocino que colgaba de la pared, y en ese mismo instante, acicalado y perfumado, Oskar von Kücksen entró en el puesto policial.

—Hay que eliminar a ese perro —exigió categóricamente.

—¿Y usted quién es? —preguntó Lustenwyler mascando su tocino.

—El representante del inquilino de la casa de reposo —dijo Oskar.

—¿Del que predica «Bienaventurados los pobres»? —preguntó Lustenwyler sin dejar de mascar.

—Ése la alquiló por la temporada de verano —respondió Oskar—. Durante la temporada de invierno el inquilino es mi padre, el reichgrave Von Kücksen.

—Muy extraño —opinó Lustenwyler sin dejar de mascar—. Un ciudadano de Liechtenstein.

—Hay que eliminar a ese perro —volvió a exigir Oskar.

—Mani es inocente —dijo Pretánder—. Yo soy el alcalde. El perro es mío.

—Le ha destrozado el trasero a mi guardián nocturno —dijo Oskar.

—Porque mi Elsi fue violada —replicó en el acto el alcalde. Aquello se le escapó sin que realmente lo creyera.

—Muy extraño —opinó Lustenwyler por tercera vez.

—El perro volvió a casa con un revólver —dijo el alcalde—. Un Smith & Wesson.

—Un individuo al que un perro le destroza el trasero no saca un revólver ni viola a una chiquilla —dijo Oskar, mientras Lustenwyler untaba una rebanada de pan con mantequilla y la cubría de tocino—. Si según la muchacha el perro mordió un trasero que no era el del guardián de noche —prosiguió Oskar—, yo sólo puedo decir que habría que encontrar un segundo trasero igualmente maltrecho, y que ese trasero no aparece.

—Si ha sido algún furtivo —exclamó furioso el alcalde—, es lógico que el culo aquel haya desaparecido; Mani es inocente, en la casa de reposo pasa algo raro: si su único inquilino es el guardián nocturno, ¿cómo es que se consumen cada semana dos lecheras llenas? Un hombre solo no puede beber tanto.

—Con un intemperante como usted me niego a seguir discutiendo —dijo Oskar—. Lesión corporal grave, pondremos una denuncia. —Tras lo cual salió, subió al Cadillac y regresó a la casa de reposo.

—¿Sigues afirmando que Elsi fue violada? —preguntó Lustenwyler masticando.

—Sólo me interesa el perro —dijo Pretánder—. Es inocente.

—Sólo puede serlo si Elsi fue violada —explicó el policía—. Eso sería estupro, y

yo tendría que denunciarlo; en algún sitio debe de quedarme una lata de judías.

—Pues bien —dijo el alcalde—, denúncialo.

—¿Al guardián nocturno? —preguntó Lustenwyler hurgando entre una pila de latas de conserva, muchas de las cuales rodaron por el suelo.

—No al guardián nocturno, al furtivo —objetó Pretánder—; pero Mani es inocente.

—Pues nada, como tú quieras —opinó Lustenwyler—, de todas formas tengo que escribir lo que ha dicho el otro, el representante del inquilino de la casa de reposo. Estoy solo, y necesito varios días para hacer todo esto, la respuesta tardará en llegarte.

—¿Escribirás también que Mani mordió al furtivo? —preguntó el alcalde.

—Al furtivo y al guardián nocturno —replicó el policía abriendo la lata de judías—. Pero resulta que sólo tenemos un culo mordido, y deberíamos tener dos. Algo complicadísimo de escribir.

—¿Y si no escribieras nada? —preguntó Pretánder.

—Se le arreglaría el culo al guardián nocturno y el perro del alcalde quedaría en paz —repuso Lustenwyler añadiendo las judías a la marmita con la sopa de carne.

—Pues entonces no escribas nada —dijo el alcalde y regresó a su casa.

Pero no había contado con las lucubraciones del reichgrave Von Kücksen, quien tampoco había contado con el carácter del alcalde. Para Von Kücksen, el incidente era de una estupidez supina. Estaba convencido de que el «deshollinador», o el cliente de Rafael, Rafael y Rafael, o ambos, si no eran la misma persona, le habían tendido una trampa, tanto más cuanto que en la Minervastrasse 33a se vio de pronto enfrentado a tres señores totalmente distintos de Rafael, Rafael y Rafael, gordos los tres, sólo distinguibles por una doble, triple y cuádruple papada. El de la papada doble dijo que hubiera debido informarlos en el acto, el de la triple, que lo había echado todo a perder con la descabellada idea de permitir que su chucho también mordiera, y el de la cuádruple ordenó que el propio Von Kücksen reparase el desaguisado. El reichgrave tuvo además la impresión de que la casa de la Minervastrasse 33a no era exactamente la misma de antes, la vio más ruinoso; volvió a salir a la calle antes de entrar, pero el número coincidía. El sindicato había cometido un fallo, no él, y que ahora Rafael, Rafael y Rafael intentaran endilgárselo era una maniobra típica de aquel tugurio miserable que cobraba el sesenta por ciento de los cuadros auténticos que él vendía. También era una desfachatez que ahora sólo trataran con él a través de representantes. Pero el caso es que ya estaba metido en aquel follón. Un estupro con una menor de edad pasaba automáticamente ante los tribunales. Cierto es que su doberman había evitado lo peor, no había sido una idea descabellada, sino muy lúcida y consciente. Tenía que adelantarse a la denuncia del alcalde. Y reclamó una indemnización por daños y perjuicios en la capital cantonal.

Una mañana de diciembre se dirigió Lustenwyler a la casa del alcalde, avanzando torpemente a través de la nieve que por fin había caído, y señalando a Mani, que se había abierto paso hasta él meneando la cola, entre la nieve, declaró que había que matar al perro, que no se podía dejar suelto a un animal tan peligroso, ya le habían contestado de la capital cantonal. Si Lustenwyler había perdido el juicio, preguntó asombrado Pretánder, él no había denunciado lo ocurrido a Elsi sólo para que no denunciaran a Mani. Que él no había denunciado al perro en absoluto, replicó el policía, lo había hecho Von Kücksen, y la ley era la ley. Había que pegarle un tiro a Mani, él mismo le tenía miedo por lo grande que era. El alcalde dijo con voz tranquila —y su tranquilidad resultó tanto más peligrosa cuanto que cogió la escopeta de caza— que si Lustenwyler no se largaba en el acto, dispararía. Pero no contra el perro. Que él no había oído nada, dijo el policía y volvió a su jeep caminando pesadamente entre la nieve. Y se marchó. ¡Elsi!, gritó Pretánder, pero la chiquilla había desaparecido. ¡Muchachit'el cuerno! pensó, ¡quién pudiera saber lo que ocurrió ese día! Pero no hubo forma de dar con Elsi. La chiquilla había echado a correr hacia la quebrada, escondiéndose tras un montículo de nieve cuando el policía pasó en su jeep cuesta arriba. Abajo, en la quebrada, la carretera cantonal estaba sin nieve, pero el camino que subía hacia la casa de reposo se hallaba cubierto por una espesa capa, ya nadie necesitaba leche, el guardián nocturno aún seguía en el hospital. Elsi volvió a subir penosamente hasta la casa y se detuvo ante la puerta de acceso al parque, enfundada en un grueso jersey rojo y con una gorra también roja. Miró la casa que, a la luz de la nieve, relucía entre los árboles del parque; algo le lamió la mano, era Mani, que había estado buscándola. Elsi le dijo que volviera a casa y el perro bajó hacia la quebrada, bamboleándose entre la nieve. La joven se acercó a la casa, descubrió unas huellas frescas y las siguió: la condujeron hasta la entrada para proveedores, donde se detuvo, aguardó un momento, lanzó un tímido ¡hola!, dio una vuelta a la casa por la profunda nieve y regresó hasta las huellas, propias y ajenas. De pronto sintió un frío glacial. La luz del sol ya no bañaba la casa de reposo y se había instalado arriba, en el bosque; las rocas del Spitzen Bonder brillaban claramente.

La aldea llevaba ya un buen rato en la sombra. El alcalde estaba tallando un Mani. Desde que tenía al perro, tallaba un trozo de madera que debía representar a Mani sentado; así viviría eternamente. Pero la imagen sólo era aproximativa, la cabeza nunca llegaba a ser como la de Mani, y el hombre intentaba mejorarla; cuando la cabeza se parecía a la de Mani, el resto del cuerpo era demasiado grande y él seguía tallando, y cuando éste adquiría por fin la proporción adecuada, la cabeza ya no armonizaba con él; la talla en madera se fue reduciendo así más y más; por entonces tenía las dimensiones de un dürbächler y el aspecto de un doguillo, ¡con qué poca concentración había trabajado el alcalde! Puso a un lado sus herramientas. Tendría

que procurarse un nuevo trozo de madera. Había hecho mal alguna cosa, no sólo la talla en madera; no tenía claro lo de Elsi, nunca se había entendido bien con ella ni tenía la menor idea de qué gente frecuentaba. También el perro desapareció un buen rato, pero luego se tumbó ante la puerta de entrada. El alcalde recorrió la aldea a pie. El perro se puso a ladrarle. Sin duda tuvo miedo de acompañarlo. La aldea parecía muerta. No habían quitado la nieve de la calle. En algún momento el paseante se hundió hasta la cadera. La entrada de un sótano estaba cubierta de nieve y parecía parte de la calle. Ante el garaje había dos taxis con un metro de nieve en el techo. Del bar La batalla de Morgarten salió Zavanetti y se dirigió a su tienda de antigüedades, tambaleándose. Aún quedaba alguien vivo. También en el correo. La viuda Hungerbühler depositó su carta diaria. Y Pretánder oyó a alguien recitar desde la escuela: «¡Abandonadme aquí, leales amigos! ¡Dejadme solo entre estas rocas, ciénagas y musgos! ¡Vosotros continuad! ¡El mundo se os ha abierto, la ancha tierra, el cielo vasto y sublime! ¡Contemplad, investigad, recopilad detalles! ¡Que el secreto de Natura os sea balbuceado!». Era Adolf Fronten, el maestro de escuela. Proveniente de la capital cantonal, se había quedado en la aldea. Sabiduría del destino, fue su comentario, la aldea parecía como salpicada en una ladera sombría, pero era preferible a otros pueblecitos, porque en ella no había razón alguna para estar sobrio. El tipo se acercaba a los sesenta, un hundo de cabellera y barba rojo fuego, blanquísimas cejas pobladas sobre un par de penetrantes ojos azules, y tan recubierto de pecas que, según decía él mismo, a su madre se le había olvidado secarlo cuando nació. En cierta ocasión escribió una serie de historias tiernas y curiosas: *Los padres del padre de los hijos de Zebedeo*, *¿Qué ocurriría si el arzobispo Mortimer quedara encinta?*, *Suave, pero terrible*, *El lamento del ganado y las mujeres*, *El silencio de las trompetas de Jericó*, apenas cincuenta páginas en total; recibió el premio Matthias-Claudius, recorrió Canadá, Ecuador y Nueva Zelanda con ayuda de la fundación Pro Helvetia y del Instituto Goethe, vapuleó en una borrachera a un director cantonal de educación y aceptó un puesto de maestro de escuela en el Valle del Caos, que ya no abandonó desde entonces. Si bien fue uno de los primeros que, influidos por Robert Walser, introdujo la puerilidad candorosa en la literatura de la Confederación Helvética, Fronten calificaba ahora su producción literaria de basura. Mas no dejaba de escribir. Todo lo contrario. Escribía continuamente, escribía mientras recitaba, escribía mientras bebía, y escribía también en las horas de clase, arrancaba hojas de su bloc y las iba tirando, por todas partes había hojas sueltas, en la escuela, en la calle, en el bosque situado más allá de la quebrada, tras la casa de reposo. Pero ya sólo anotaba frases aisladas, «apoyos mentales», como las calificaba, frases del tipo: «Las matemáticas son una escritura especular de la melancolía», «La física sólo tiene sentido como cábala», «El hombre ha inventado la naturaleza» o «La esperanza presupone el infierno y lo genera», aunque a veces sólo escribía palabras: apocalipso, medusomnolencia, talonario de Aquiles. Su editor lo visitaba de vez en cuando —un hombre enérgico, deportivo— y reunía las hojas recogidas y conservadas por los

alumnos, que algo podían ganar con las anotaciones encontradas. Y los «apoyos mentales» llenaban ya cinco volúmenes impresos. La crítica estaba fascinada, sólo un comentarista afirmó una vez que Conradin Zavanetti, un chiquillo de quince años aún no cumplidos, podía imitar con tal exactitud la letra de Fronten que muchos de los papelitos («Los maestros pedorrean en alto alemán», «Por arriba beber, por abajo poetizar») provenían de su mano. El editor anunció una novela: *Garlitos*. Fronten lo desmintió. Se volvió más misántropo. Sus colegas de la Asociación de Escritores lo llamaban el Rübzahl del Valle del Caos. Desaparecía cuando aparecía algún crítico, miraba a las periodistas sin decir palabra, y si alguna le gustaba, se la llevaba por la fuerza a su habitación, la tumbaba en la cama, la violaba y volvía a echarla de la casa sin haber intercambiado una palabra con ella. El concejo municipal anulaba su elección como maestro una y otra vez. En la escuela todo iba de cabeza. Si él estaba escribiendo y los alumnos hacían mucho ruido, se quitaba uno de sus zapatos claveteados y siempre abiertos y lo lanzaba a la clase. Una vez le dio a Elsi en plena frente; la cicatriz aún era visible. Los niños a duras penas aprendían a leer y escribir, así como la tabla de multiplicar. Pero al no aparecer ningún otro, él se fue quedando y no paraba de escribir y beber. Además, actuaba como secretario del ayuntamiento en la aldea. El alcalde lo apreciaba, aunque Fronten sólo hablara alemán literario y Pretánder tuviera dificultades con el alemán literario. Subió al primer piso, donde vivía Fronten, encima del aula. Encontró al maestro sentado a la mesa de la cocina, con una botella de ron semivacía a su lado, escribiendo. El alcalde se sentó frente a él. Fronten se sirvió más ron, siguió escribiendo, alzó la mirada, abrió la ventana de la cocina, tiró fuera lo escrito, cerró la ventana, cogió una segunda copa, se la puso al alcalde sobre la mesa, la llenó de ron y volvió a sentarse.

—Red —dijo, y se dispuso a escuchar a Pretánder, que le contó sus cuitas pormenorizadamente.

»Pretánder —dijo Fronten—, no quisiera inmiscuirme en este asunto. A ti te interesa el perro. Yo odio los perros, Goethe también odiaba los perros, hasta renunció a su cargo de director teatral porque un perro tenía que salir a escena y, en efecto, salió. Es posible que Mani sea una excepción, un perro poético como Mefistófeles bajo las apariencias de un perro de aguas. Pero salvarlo es imposible. Mordió demasiado diabólicamente. Si realmente pilló el trasero adecuado es algo que no podría asegurar dada la confusión imperante. Olvídate del follón con la casa de reposo. Es un hecho que a Elsi le encantan los hombres, y el *a posteriori* del guardián nocturno también es un hecho, y hay que dejar en paz los hechos.

—¿A qué te refieres con eso de la confusión imperante? —preguntó el alcalde.

—«¡Oh dulces cisnes que, ebrios de besos, mojáis la cabeza en las sagradas aguas!», es lo que he estado recitando en el bosque, detrás de la dependencia —dijo Fronten—, lo cual ya es abstruso de por sí, pues los cisnes no se besan, y ese horrible «mojáis» transforma las sagradas aguas en café con leche. Pero más abstruso aún es lo que ocurrió ante mis ojos, en la entrada para proveedores. Pretánder, Pretánder.

Calló, se sirvió más ron y permaneció en silencio.

—¿Qué? —preguntó el alcalde—. ¿Qué viste?

—Se revolcaron en la charca de leche —respondió Fronten—, Elsi, un individuo, otro tipo y el perro, oí los gemidos de lo elemental desde el bosque que, por detrás, domina la casa de reposo. Aquello parecía la noche de Walpurgis, aunque sucedió por la mañana.

Se sirvió un poco más de ron.

—Pero no te metas, Pretánder. Elsi es capaz de superar esas cosas. Para serte franco, ni siquiera necesita superarlas, es más fuerte que todos nosotros juntos. Y el perro... ¿es verdad que te eligió como amo?

—Se había extraviado en el Valle del Caos —dijo el alcalde.

—Como yo —dijo Fronten—. Yo también me extravié en el Valle del Caos. ¿Qué otra cosa le queda a uno en este país, señor alcalde, sino extraviarse por estos pagos?

Luego se quedó un rato con la mirada perdida, se olvidó del alcalde, no advirtió si aún lo escuchaba o si se había ido, hasta que de pronto, dirigiéndose a la ventana de la cocina, la abrió bruscamente y exclamó:

—¡Esa condenada Frau von Stein!

El alcalde era demasiado campesino como para que la posibilidad de que hubieran violada a Elsi lo hiciera rabiar; pero la chica no tenía aún dieciséis años, aquello era un estupro, había dicho Lustenwyler, y el hecho de no haberlo denunciado amargaba al alcalde, muy preocupado de que pudieran denunciar al perro, cosa que ya había ocurrido. Y ahora tenía que salvarlo; a Elsi, gracias a Dios, la habían violado, el maestro de escuela lo había visto todo. Pero como él era un campesino, pensó que mejor cada cosa a su tiempo, y sólo a fines de febrero viajó en el coche de correos hasta el pueblo más cercano, y de ahí a la capital cantonal en un tren que paraba en todos los apeaderos. Había anunciado su visita al gobernador civil, y un gobernador civil tenía que escuchar a todos y cada uno de los alcaldes, aunque hubiera más de doscientos. Y no tenía por qué tratarlos con miramientos.

—Pretánder —lo increpó el gobernador civil, que además encabezaba la justicia y la policía del cantón, antes de que el alcalde pudiera formular su demanda—, conozco demasiado bien la historia, hace ya tiempo que el inquilino de la casa de reposo presentó una reclamación por daños y perjuicios; el mordido quedó muy maltrecho por culpa de tu maldito chuchó, que aún circula libremente; el pobre diablo sigue sin poder sentarse, la parte del cuerpo afectada le ha quedado hecha cisco, y no es seguro que pueda recuperarse. Eres duro de mollera, Pretánder. Ya verás lo que puede pasarte. Lo digo por tu bien. Demuestra al menos tu buena voluntad y mata al perro.

—Son los de la casa de reposo quienes deben demostrar su buena voluntad —respondió el alcalde—. Elsi ha sido violada, y Mani no hizo más que defenderla.

—¿Violada? —preguntó el gobernador civil, perplejo—, ¿por el guardián

nocturno? Pero si justamente a él le mordió el culo.

—Elsi fue violada por otro individuo —explicó el alcalde—, mientras Mani le hincaba el colmillo al presunto violador.

El gobernador civil frunció el ceño:

—¿Y me lo dices sólo ahora? —preguntó.

—Pensé que a Mani no le ocurriría nada si yo no hacía la denuncia —explicó el alcalde.

El gobernador civil se retrepó en su asiento.

—Pretánder —dijo—, entre usted y yo no tenemos por qué contarnos cuentos chinos, las chicas de esa edad tienen las fantasías más indecorosas.

—Tengo un testigo —objetó el alcalde.

—Ajá, un testigo —respondió el gobernador civil—, ¿quién?

—Fronten —dijo Pretánder.

—El poeta. Ya, ya, el poeta —repuso el gobernador civil—. Si quieres poner una denuncia por estupro, tendrás que ir a ver al policía, quien se la transmitirá al fiscal, que a su vez la hará llegar al juzgado del distrito.

—¿Hay que empezar otra vez todo de nuevo? —preguntó el alcalde, aterrado.

—Es preciso poner orden.

—Pondré la denuncia —dijo Pretánder.

—Pretánder —respondió el gobernador civil— eres un tozudo y defiendes una causa que no podrá acabar bien para ti ni para el Valle del Caos. No puedo decirte por qué. Crees que estoy mejor informado que tú porque soy gobernador civil y tengo a la justicia y a la policía bajo mis órdenes. Pero un cuerno es lo que sé. Te lo digo a ti, mi querido alcalde, nuestro país es el país más opaco de la Tierra. Nadie sabe qué es de quién, ni quién juega con quién, ni quién tiene las cartas en juego ni quién las ha barajado. Actuamos como si fuéramos un país libre, y ni siquiera estamos seguros de si aún nos pertenecemos. La historia de tu Elsi y de tu perro no me gusta nada, y lo del trasero del guardián nocturno me resulta siniestro. ¿Desde cuándo un guardián nocturno se deja morder en esa zona? Y luego aquel reichgrave Von Kücksen. ¿Existe acaso un título semejante? Y es de Liechtenstein, para más inri. Pretenden ser austríacos y suizos a la vez, además de ciudadanos de Liechtenstein. ¿Qué se le ha perdido en el Valle del Caos a un nativo de Liechtenstein? Aquí hay gato encerrado, y es mejor no menearlo, así como tampoco meneamos las cajas de caudales de nuestros bancos. Los secretos deben seguir siendo secretos. Y un proceso tampoco va a cambiar nada. No presentes tu denuncia, aunque sea verdad; la inocencia se pierde en algún momento; ya hablaré yo personalmente con nuestro amigo de Liechtenstein, apuesto a que él tampoco presentará su denuncia. Sólo tendrás que matar al perro. Como jefe de la policía, me veo obligado a exigírtelo, en la primavera se reabrirá la Casa de la Pobreza, y tu Mani podría poner en peligro culos mucho más valiosos que los del guardián de noche.

—Al perro no lo mataré, y pondré la denuncia —se emperró el alcalde.

El gobernador civil se puso en pie:

—En ese caso yo haré que maten al perro. Regresa a tu pueblucho, y cuanto antes mejor, me espera una partida de póquer en El Oso.

El alcalde se bajó del autobús en el puesto y le presentó su denuncia a Lustenwyler. Tendría que escribirla, masculló éste mientras devoraba una pierna de ternera, y necesitaba unos días para hacerlo. Y pasaron varios días hasta que subió a la aldea para pedir al alcalde que estampara su firma bajo la denuncia, aconsejándole buscarse un abogado, pues aquello iba para largo. Hecho esto, Lustenwyler, que no sabía muy bien qué hacer con la denuncia, la envió al puesto policial del pueblo más cercano, donde había un sargento conocido suyo. Éste encontró la carta dos días después en el buzón, al mirarlo de pura casualidad, y llevó personalmente la denuncia al secretario del ayuntamiento, que era asimismo el juez de distrito elegido por el pueblo. Pero como el secretario aún no había acabado con las declaraciones de renta que él le llenaba personalmente a cada miembro de la comunidad obligado a declarar, envió a finales de marzo la denuncia al juez instructor de la capital cantonal, quien la leyó. El juez instructor era un hombre dominado por sus prejuicios. En realidad hubiera querido ser cirujano, pero por falta de dinero se hizo jurista, y como también le faltó dinero para independizarse —siempre le faltaba dinero—, se hizo funcionario, aunque también aquí le falló la carrera: él no era realmente el juez instructor, que estaba de vacaciones, ni tampoco su sustituto, que estaba enfermo; era el sustituto del sustituto. Convencido por su falta de éxito de que todo andaba mal en el cantón, en seguida se convenció de que Elsi había sido violada y el perro sólo había mordido para defenderla. Pero como la razón de su convencimiento se hallaba en aquel complejo de inferioridad producido por su interminable falta de éxito y una larga serie de fracasos, le faltó valor para atender la denuncia y volvió a guardarla en el sobre. Su jefe, el verdadero sustituto del juez instructor, ya se había repuesto de su gripe al siguiente lunes. Pero dejó la denuncia en el sobre. Por principio no leía lo que llegaba del Valle del Caos, dijo. Sí la leyó, en cambio, y mucho más cuidadosamente, el verdadero juez instructor al volver de sus vacaciones; meneó la cabeza y dijo, resumiendo, que ya se había presentado una reclamación por daños y perjuicios que, en opinión del gobernador civil, no corría prisa alguna, y varios abogados habían preguntado si el alcalde Pretánder había denunciado al guardián nocturno de la casa de reposo; y hete aquí que ahora aparecía esa denuncia. Se estaba fraguando allí un lío de procesos que exigiría innumerables investigaciones e interrogatorios, como cualquier tontería que se abriera paso por todas las instancias disponibles hasta llegar al tribunal federal, y cuando por fin llegara a su destino, la dichosa chiquilla ya tendría cinco hijitos y le importaría un rábano quién hubiera sido el padre. La prevención era en esos casos el principal deber de la justicia. ¡Violación! ¡Y para colmo en el Valle del Caos! Ésa era allí la forma más natural del coito. Él no era

ningún tonto y se leía el *Blick* y el *Beobachter* de cabo a rabo. Enterró la denuncia bajo una pila de denuncias pendientes, y esa noche, mientras jugaba al póquer en El Oso, preguntó al gobernador civil si el alcalde del Valle del Caos lo había visitado. El gobernador civil, que estaba fumándose un puro, asintió con la cabeza. Aquel buen hombre con su hija y su perro era un cretino, dijo el juez instructor y repartió las cartas. El perro tenía que desaparecer para que el cantón recuperarse la tranquilidad.

El alcalde no cejó en su empeño. Fue de abogado en abogado y de un consejero nacional a otro en el cantón, visitando incluso a dos consejeros cantonales, pero ninguno se mostró dispuesto a ayudarlo. Que la denuncia quedaba en el aire, le dijeron, y él debería ponerse en la situación del juez instructor, medio asfixiado ya entre tanta denuncia; además, el alcalde no tenía más pruebas que las patrañas de Elsi, que una nueva denuncia lo empeoraría todo y que por favor acatara la orden de matar al perro. Pero el alcalde no tenía la menor intención de hacerlo, de modo que a la tercera amonestación, el policía Lustenwyler recibió la orden de efectuar la ejecución. Descolgó de la pared su fusil de servicio, se dirigió en su jeep al cruce de caminos y trepó luego a pie hasta la aldea. En la entrada lo aguardaba el alcalde, también con un fusil bajo el brazo. A su lado estaba sentado Mani. Lustenwyler se detuvo y empezó a pensar. En realidad debería apuntarle al perro, pero el alcalde podría a su vez apuntarle a él. Lustenwyler se quedó pensando. La pregunta era si podía dispararle al perro estando éste al lado del alcalde, ¿y si le daba a éste en vez de al otro? Lustenwyler siguió pensando. ¿Habría un reglamento policial para estos casos? Tenía la vaga sospecha de que sí existía un reglamento para casos similares. Pero ¿qué casos eran realmente? Lustenwyler lo ignoraba. Y ya llevaban una hora frente a frente, el alcalde, el perro y él. Lustenwyler sintió hambre. Sacó un trozo de salchichón de su faltriquera y empezó a comer. El perro meneó la cola. El policía metió otra vez la mano en la faltriquera y le lanzó un trozo de salchichón al perro; era lo correcto, ya que iba a matarlo. El alcalde también metió la mano en su faltriquera y sacó otro trozo de salchichón. Los tres comieron salchichón. El alcalde, el perro y el policía. El perro fue el más rápido. Lustenwyler seguía sin saber cómo podría dispararle. Ya llevaban dos horas frente a frente. Si le pedía al alcalde que se hiciera a un lado, no podría apuntarle simultáneamente al perro, pues si lo hacía, el alcalde también apuntaría al mismo tiempo, y hacia él, y si ambos disparaban simultáneamente, tanto él, Lustenwyler, como el perro, podían ser abatidos simultáneamente, y en ese caso él moriría en cumplimiento de su deber, aunque nunca había oído que fuera un deber morir por el fusilamiento de un perro, un perro no era una patria. Si, en cambio, le pedía al alcalde que se hiciera a un lado sin apuntarle al perro, y el alcalde se apartaba sin apuntarle a él, podría apuntarle luego al animal, aunque como el perro era rápido, podía morderlo antes de que él lograra dispararle. Y ya llevaban tres horas frente a frente. Hasta que Lustenwyler volvió al

jeep con pasito trotón.

Acababa de colgar su fusil reglamentario en la pared cuando llamó el gobernador civil para preguntar si el perro había sido abatido. Lustenwyler negó con la cabeza. Que si lo estaba escuchando, preguntó el gobernador civil. Por supuesto, dijo Lustenwyler. Pues por qué no respondía. Que ya había contestado, replicó el policía: había negado con la cabeza. O sea que nada, refunfuñó el gobernador civil. Y Lustenwyler explicó que el alcalde había estado todo el rato de pie junto a su perro, con un fusil en la mano. Si el alcalde lo había amenazado, preguntó el gobernador civil. Hubiera podido hacerlo de haber él intentado disparar contra el perro, respondió el policía. Que si por fin le había disparado al perro, rugió el gobernador civil en voz tan alta que Lustenwyler apartó un poco el auricular de su oído. Qué había preguntado el señor gobernador, le replicó al cabo de un rato, el ruido era tan fuerte que no había entendido nada. El gobernador civil repitió su pregunta con una amabilidad exagerada. No había podido disparar por temor a darle al alcalde, respondió Lustenwyler. El gobernador civil colgó. Dos días después, a las tres de la madrugada, se presentó en el puesto el sargento de policía Blaser, del pueblo vecino, con otros tres policías del valle: Egger, Stucki y Heimättler. Cada uno con su fusil reglamentario. Lustenwyler había preparado un *rösti* con tocino, además de café con leche. A qué hora amanecía, preguntó el sargento. Después de las cinco, repuso Lustenwyler y le añadió a cada uno un huevo frito. Partirían dentro de una hora y a pie, decidió el sargento. Para que nadie notara nada. El perro estaría durmiendo en su caseta ante la casa del alcalde. Simplemente dispararían todos a la vez. Y si el animal no salía qué, preguntó Egger. Podía no estar en la caseta, objetó Stucki, y Heimättler dijo que apostaba a que el perro dormía en la cocina. Lustenwyler sirvió más *rösti* y le frió otro huevo a cada uno. Ya veremos, dijo el sargento acabando su café con leche. Ahora les vendría bien un trago, dijo Stucki. Estaban de servicio, replicó el sargento Blaser. Fuera hacía un frío de pelar, constató Heimättler. Qué tenía para beber, preguntó el sargento. Licor de hierbas, contestó Lustenwyler. Una copa no les haría nada. Cuando partieron, la botella estaba vacía. Que llevara otra botella, dijo el sargento a Lustenwyler hablando con cierta dificultad. La oscuridad era total y avanzaron a tientas por la calle. Abajo, en algún punto de las tinieblas, susurraba el río. Hacía un frío de pelar, dijo Egger. Él ya lo había anunciado, insistió Heimättler. Y encima tenían que matar un perro, añadió Stucki desalentado. La cuesta era muy empinada, comprobó el sargento. El camino a la aldea era empinado, aseguró Lustenwyler, ya iban bien. Un trago les vendría de maravilla. Se juntaron e hicieron circular la botella. Algo avanzó bramando hacia ellos y los dispersó. Dos autobuses pasaron muy cerca con la luz de cruce encendida. Se habían equivocado de camino, dijo el sargento, esos autobuses venían de la casa de reposo. Cualquiera puede equivocarse, se disculpó Lustenwyler. Necesitaba otro licor de hierbas, dijo el

sargento. Los autobuses iban repletos de gente, acotó Eggler. Qué andarían buscando en la casa de reposo, ahora que estaba vacía. Lustenwyler descorchó la botella por segunda vez. La casa de reposo había estado llena todo el invierno, dijo. Si hubieran detenido los autobuses, quizá habrían conseguido un botín de ordago, dijo Heimättler. Seguro, añadió Stucki. Él no se metería con la casa de reposo, dijo el sargento, eso era asunto de la justicia, que tampoco se había metido, pero ya se acercaba la mañana y tenían que matar al perro, y la aldea quedaba al otro lado del valle. Por fin pudieron ver algo, y cuando llegaron a la aldea ya había amanecido. Parecía muerta. Por suerte aún dormían, opinó Stucki. Todos estaban a favor del alcalde, recordó Lustenwyler. Ese maldito licor de hierbas, dijo el sargento, él temblaba siempre que se excedía bebiéndolo. Y tenía que echarse otra copa al colete, añadió, para no seguir temblando. La botella estaba vacía, comprobó Lustenwyler. Se hallaban frente a la casa del alcalde. La caseta del perro estaba vacía. Por debajo de la puerta de entrada se veía una franja de luz. Cautelosamente el sargento bajó el picaporte. La puerta estaba sin llave. Con el fusil listo para disparar, abrió la puerta empujándola con el pie izquierdo. En la cocina estaba Elsi en camión, junto a la chimenea. Entren, dijo la chiquilla. Los policías entraron con cuidado uno tras otro. El sargento empujó con su fusil la puerta entreabierta que daba al dormitorio, retrocedió y ordenó a Elsi que encendiera la luz. El perro no estaba en el dormitorio. Ve tú por delante, ordenó el sargento, y Elsi fue encendiendo todas las luces, incluidas las del desván y el establo. Los cuatro policías aguardaron en la cocina, adonde finalmente volvieron el sargento y Elsi. El perro no estaba en la casa, dónde estaba, preguntaron. Su padre se lo había llevado, repuso Elsi. ¿Y cuándo regresaría el alcalde con el perro? Cuando ellos se fueran, respondió Elsi. No les importaba esperar, aclaró el sargento. Junto a la puerta de entrada había un banco, y detrás de él una hilera de ventanas con las persianas cerradas. El sargento se sentó, y lo mismo hicieron los cuatro policías, aferrando sus fusiles. Allí fuera hacía un frío que pelaba, comentó Heimättler. Por qué Elsi no les preparaba un café, dijo Lustenwyler. Sería muy amable de su parte, añadió Eggler. Amabilísimo, opinó Stucki. ¿Un «café instantáneo»? preguntó Elsi. Un café instantáneo, asintió el sargento. Y todos se pusieron a mirar cómo Elsi preparaba el café. ¿Mucho azúcar?, preguntó la chica. Mucho, dijo el sargento, y mucho kirsch. Ya que tenían que esperar. Luego bebieron a sorbos. Cada cual de una taza grande, ventruda. ¿Otro?, preguntó Elsi. Otro, repuso Heimättler. La joven volvió a preparar café instantáneo. Una buena furcia, comentó el sargento. Ella no era ninguna furcia, replicó Elsi tranquilamente. No es que quisiera ofenderla, dijo el sargento, pero ¿con cuántos había estado ya en la casa de reposo? Que allí no había habido nadie, respondió Elsi, tan sólo Wanzenried, y les sirvió más café. Para él un poco más de licor, dijo Stucki. Elsi volvió a servirles licor a todos. Bueno ¿con cuántos?, insistió el policía. Que no había sido el guardián nocturno, dijo Lustenwyler. A menudo había tomado vino en su casa, uno muy bueno, Moulin-à-vent, y también visto una serie de cosas. Pero no se lo había contado a su padre, dijo Elsi. Más vale buen callar que mal

hablar, opinó Lustenwyler. Si él hubiera hablado, ellos no tendrían que matar ahora a Mani, comprobó Elsi. Y tampoco estarían allí, añadió el sargento. Ella preferiría que no estuvieran y dejaran en paz a Mani, dijo Elsi. Un perro era un perro y una chica guapa, una chica guapa. Nunca los dejarían en paz, dijo el sargento bebiendo a sorbos su café instantáneo. Los demás también vaciaron sus tazas. Egger puso la suya sobre el alféizar diciendo que le había sentado bien; luego apoyó el fusil contra la pared. Si le dieran otro trago, añadió, se sentiría felicísimo. La botella estaba vacía, dijo Elsi, pero arriba, en el dormitorio de su padre, había otra llena. Qué había junto al dormitorio del alcalde, preguntó el sargento. Su dispensa, respondió Elsi. Bien, en ese caso todos podrían subir con ella, opinó Stucki. Qué querían de allí arriba, preguntó Elsi asombrada. El licor y a ella, dijo Heimättler. Eso era evidente, replicó Elsi tranquilamente. Ellos eran tan buenos como los de la casa de reposo, dijo Egger. Que eran unos miedicas, replicó Elsi: cinco contra un perro. El sargento se puso en pie: ellos no le temían al perro, había que ejecutarlo y lo ejecutarían. Policialmente. Y ahora subirían la escalera con ella. Que ella no era una puta, dijo Elsi. Nadie decía eso, pero sí una mujercita a la que le chiflaban los hombres. Elsi se quedó pensativa, luego le lanzó una mirada desafiante al sargento. Si había algo de malo en eso, preguntó echando atrás la cabeza, y añadió que sólo subiría con el más fuerte. Él era el más fuerte, afirmó el sargento. Eso no era ninguna prueba, replicó Elsi, él sólo era el que más había bebido. Y qué prueba quería, preguntó el sargento. Flexiones, dijo Elsi en tono seco, el que hiciera más flexiones sería el más fuerte. Flexiones, chilló Heimättler, él estaba en el club gimnástico de la policía y era el más fuerte; puso su fusil contra la pared, junto al de Egger, se desabrochó el abrigo, lo dejó en el banco y puso el revólver en el alféizar, sólo era un estorbo, se tiró al suelo y una, dos, tres, cuatro, contando en voz alta fue haciendo una flexión tras otra. Heimättler, seguro que está borracho, exclamó el sargento, pero ya había puesto su fusil junto a los otros dos y, quitándose el abrigo, dejó el revólver en el alféizar y empezó a hacer flexiones, una, dos, tres, cuatro, cinco; Heimättler iba ya por la diecinueve, y cuando llegó a la treinta, Egger y Stucki también estaban haciendo flexiones. Sólo Lustenwyler seguía sentado en el banco. Se había adormecido. El frío y el licor de hierbas primero, y ahora el calor y el café instantáneo. Abrió los ojos y, atónito, vio al sargento Blaser y a los policías Egger, Stucki y Heimättler haciendo flexiones en el suelo de la cocina. Sin saber por qué lo hacían ellos, se incorporó, puso su fusil junto a los otros, se desabrochó el abrigo, lo colocó sobre los otros, dejó su revólver junto a los otros, se tiró al suelo de la cocina, hizo una flexión, se derrumbó sobre su barriga y volvió a adormilarse. Que ya no podía más, dijo el sargento y se levantó. El tampoco, explicó Stucki y se incorporó con gran dificultad. Cuando se ha bebido tanto café instantáneo... uno suda como un descosido. También Egger renunció. La culpa era del licor de hierbas, el *rösti* y los huevos fritos. Todos miraron con envidia a Heimättler, que aún seguía haciendo flexiones, aunque más lentamente. Setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco, contó. Basta ya, Heimättler, dijo el sargento,

basta; que había ganado, añadió. Setenta y seis, gimió Heimättler y quiso levantarse, pero cayó de rodillas primero y luego avanzó tambaleándose hasta la escalera, donde se sentó o, mejor dicho, se dejó caer sobre el penúltimo peldaño. Tenía que tomar aliento, explicó. Él no podría con Elsi, por más esfuerzos que hiciera. Que Blaser se fuera con ella. Lustenwyler seguía tumbado en el suelo, roncando. Que Elsi subiera con él, dijo el sargento con voz tierna, nunca le había tocado una chica tan fogosa. Pero él no era el más fuerte, dijo Elsi, y el más fuerte tenía que tomar aliento, y ella nunca había estado con uno tan tonto como él. El sargento Blaser quiso contestar, pero se quedó con la boca abierta: ante los cinco fusiles apoyados contra la pared y los cinco revólveres que dejaron en el alféizar de la ventana y los cinco abrigos se había sentado Mani, enorme como una ternera, y les mostraba los colmillos. Sobre el suelo de la cocina, Lustenwyler seguía roncando. Que sacara al perro, ordenó el sargento. El animal gruñó. Por favor, añadió el sargento cortésmente. Ellos querían matar a Mani, dijo Elsi, pues ahí lo tenían. Se había sentado ante sus fusiles, y tampoco los dejaba llegar hasta sus revólveres, replicó el sargento. Que no le tuvieran miedo, podían coger tranquilamente sus armas, repuso Elsi. El sargento dio un paso adelante, Mani soltó un breve ladrido y el sargento se detuvo. Si ella hacía salir a Mani, ellos recogerían sus armas y sus abrigos y dejarían en paz al animal. Que ya conocía esas cosas, dijo Elsi, a los dos días vendrían más policías y matarían a Mani a pesar de todo. La ley era la ley. Pero si Mani tenía que morir, que muriera al menos dignamente. Ahora ella le ordenaría atacar y él mordería al sargento, si delante o detrás, eso era asunto suyo, y los otros podrían disparar sobre Mani. Si se había vuelto loca, preguntó el sargento. Aquello sería casi como en la batalla de Sempach, dijo Elsi. Ellos no eran héroes, sino policías, replicó Heimättler, que había permanecido un buen rato sentado en la escalera y acababa de levantarse, quejándose de que le había dado lumbago. Eso no era muy generoso por parte de ella, protestó el sargento. Es que ellos tampoco habían sido generosos con ella ni con Mani, respondió Elsi, y que ahora salieran todos por la puerta trasera. Lustenwyler seguía roncando en el suelo. Ya volverían, dijo el sargento y salió con Egger, Stucki y Heimättler por la puerta trasera.

No volvió la policía, sino el ejército. El gobernador civil era tan tozudo como el alcalde, y no sólo presidía la justicia y la policía cantonales, sino que también era coronel, como todo buen magistrado. Como la división a la que pertenecía su regimiento se disponía a hacer maniobras, propuso al general de división y al jefe de Estado Mayor llevar su regimiento al Valle del Caos, donde la gente se sentía desatendida por la defensa nacional. A la objeción del general de que era muy improbable que alguien penetrara por el Spitzen Bonder, él replicó que los rusos tenían escaladores especializados en el Cáucaso que podían infiltrarse por el Spitzen Bonder y, de ocurrir esto, habría que peinar luego el Valle del Caos; por lo que

podiera ocurrir, añadió, tenían que hacer prácticas.

—¿Con un regimiento? —preguntó el jefe de Estado Mayor frunciendo el ceño. Estaban en el Steinbock, en un cuarto trasero, totalmente borrachos— ¿Y quiénes son esos espías rusos? Alguna marca tendrán que llevar.

—El perro del alcalde —dijo el gobernador civil—. Hay que eliminarlo. Por encargo de la dirección cantonal de justicia.

El general de división negó con la cabeza:

—Ese perro es asunto de la policía.

—No si es un espía soviético —replicó el gobernador civil.

El jefe de Estado Mayor se quedó pensativo:

—¿Y lo sabe el perro?

—Antes tendremos que preguntárselo —dijo el general de división, pensativo—. Si el perro ha de hacer el papel de espía, sólo puede asumirlo voluntariamente. Pegarle dos tiros y afirmar luego que era un espía ruso, sería una canallada.

—Ignoro si el ejército puede actuar contra un perro nativo —objetó el jefe de Estado Mayor.

—Es un espía —corroboró categóricamente el gobernador civil, arreglándose el uniforme.

El general de división vaciló:

—Sólo está representando el papel de espía. Bien, eso es algo que podemos suponer. ¿Pero matarlo? ¿Durante unas maniobras? De mentirijillas, vaya y pase. Pero ¿de verdad?

Y como el general de división no quería amargar al gobernador civil, acabó autorizando la intervención y la ejecución. El gobernador civil organizó un simulacro de maniobras nocturnas y avanzó con su regimiento por el valle. La aldea fue rodeada al amanecer, y sus salidas bloqueadas por carros de combate. Bajo el pretexto de que estaban de maniobras y practicaban la búsqueda de espías rusos, uno de los cuales se había disfrazado de Mani, inspeccionaron primero la casa del alcalde y su establo, luego los soldados registraron las demás casas, sacando a la gente de la cama y al ganado de los establos para hurgar en cada rincón con el fusil de asalto listo para disparar. Si uno de los batallones puso la aldea de vuelta y media, otro peinó el bosque situado detrás de la casa de reposo, mientras un tercero, formando una cadena, escaló la parte sombreada con dificultad, pues no tardó en llegar a una zona de nieve, hasta que tres disparos del cañón de uno de los carros de combate pusieron fin a la búsqueda. Desde la torre blindada del carro, un teniente, ayudado por sus prismáticos de campaña, había descubierto algo sobre un pico del Spitzen Bonder.

—¡Ven aquí!

El tirador trepó hasta donde estaba el teniente, que le dio los prismáticos:

—¡Mira allí!

El tirador buscó, observó.

—Un perro —dijo.

—El espía —dijo el teniente.

—No lo sé —replicó el tirador—. No se mueve.

—Es que está camuflado —explicó el teniente— para no llamar la atención. Representa a la perfección su papel de espía.

—Si usted lo cree —dijo el tirador.

—¡Tres disparos! —ordenó el teniente.

El tirador lanzó tres disparos tras los cuales, en cuanto se hubo asentado la nube de polvo, no sólo había desaparecido Mani, sino también el pico sobre el que había estado sentado.

—Ya lo ves —dijo el teniente, riéndose—, lo hemos liquidado.

El gobernador civil lucía muy orondo su uniforme de coronel como un príncipe regente en el General Guisan.

—Estupendo —dijo cuando el teniente le comunicó que los disparos habían dado en el blanco, y mandó traer una segunda botella de Zizerser—, para eso tenemos un ejército, y así y todo todavía hay gagnápiros que exigen su abolición.

Las maniobras se interrumpieron, y el Ministerio Confederal de Asuntos Exteriores pidió disculpas al Estado vecino, aclarando que los tres disparos de un carro de combate suizo que hicieron volar por los aires un pico del Spitzen Bonder asentado en la zona montañosa del país vecino, y por poco hacen peligrar la vida de dos montañistas en el lado de la montaña no visible desde Suiza, habían sido disparados por descuido.

Los habitantes de la aldea se sintieron humillados por la intervención del ejército y abandonados por el cantón, como basura que se lleva a donde huele mal, al rincón más apartado del mundo, y luego se deja olvidada. Sólo al alcalde le daba igual todo. No había justicia en el Valle del Caos, decía, y la comunidad tenía que resignarse a ello. Desde la intervención del ejército se había vuelto, en general, más sociable, y si bien desaparecía a diario en el bosque del Spitzen Bonder, sus ojos tenían ahora cierto aire socarrón. Sólo a la viuda Hungerbühler no la dejaba en paz aquel Mani cañoneado a muerte, según palabras de la propia señora, que no paró hasta ver al juez comarcal en la aldea más próxima. El secretario del ayuntamiento se sonó la nariz. Le explicó a la viuda Hungerbühler que un perro era un perro, y si había caído por la patria, tanto mejor, eso le daba un sentido a aquella vida de perro, y en cuanto a Von Kücksen, había retirado la demanda por daños y perjuicios, que se lo dijera al alcalde, algo asombroso para un ciudadano de Liechtenstein, el alcalde debería celebrarlo con júbilo, exigir más hubiera sido simple ergotismo y afán de contradecir.

Si en la aldea fermentaba el despecho, la Casa de la Pobreza celebraba un gran momento. La temporada de verano había vuelto a empezar. Estaba repleta. En las

mansardas de la dependencia había millonarios durmiendo en camastros que, de haber estado en una cárcel, hubieran sido declarados inservibles, y con indignación, por cualquier comisión de derechos humanos; por todas las ventanas llegaban, a través de la quebrada, carcajadas, canturreos y gruñidos de alegría hasta la empobrecida aldea. Pero la gracia del Gran Viejo también arrojaba sombras. Una cálida noche de verano, ya eran casi las dos, Moses Melker, cansado de consolar almas, se dio una vuelta más por el parque. El intenso fulgor de las estrellas le trajo a la memoria el Nilo. Lo de Otilie había sido un fallo... con Cäcilie él hubiera preferido... y cortó el hilo de sus pensamientos. La pobreza no le sentaba bien a Moses Melker. Se había enredado en su propio lazo, pues en su condición de pobre Moses tenía derecho a vivir en la Casa de la Riqueza, como llamaba él a su villa de Ob Grienwil. Sin embargo, pensó con terror en los meses del invierno anterior. La espesa niebla —asombrosos eran los fenómenos meteorológicos que ocasionaba el Grien—, la hediondez de las fábricas de productos químicos, y sobre todo Cäcilie fumando puros, devorando bombones, leyendo. Ella le había tomado la palabra, lo que era suyo, era de ella, y él había firmado la separación de bienes. Volvió a pensar en el Nilo. En realidad le había hecho ilusión la Casa de la Pobreza, y se había sumergido en su trabajo mañana, tarde y noche, predicando y alabando la pobreza con más vehemencia que nunca, a tal punto que, por el hecho de ser ricos, los huéspedes temblaban de miedo para luego disfrutar con una alegría tanto mayor de la pobreza de la casa de reposo, de ese ayudarse mutuamente, del sonreírse el uno al otro, del ser el uno para el otro. Ojalá mejorara un poco la comida, pensó Melker. Era aún más lamentable que la de la temporada anterior; hasta la de los más pobres del país podía calificarse de opulenta en comparación con lo que esos multimillonarios engullían llenos de entusiasmo en la Casa de la Pobreza. Absorto en sus pensamientos, había llegado al lado este del parque. Una luz cayó de pronto sobre su cara de bosquimano. Provenía del piso más alto de la torre oriental. Se oía un canto melodioso. Melker se cobijó en la sombra y volvió luego a la casa de reposo. En la entrada para proveedores estaba Krähenbühl.

—¿Quién hay en la torre oriental? —preguntó Moses Melker.

—Nadie —respondió Krähenbühl.

—Pero hay luz —dijo Melker— Y alguien está cantando.

—Absurdo —dijo Krähenbühl—. La habitación de la torre está vacía. Está prohibido alquilarla. Por qué, ni idea. Nunca he estado allí.

Moses Melker regresó al parque. En la torre oriental ya no había luz.

En el jardín zoológico de Kingston, Jamaica, se esperaba la llegada de dos boas constrictor. Al abrir la caja comprobaron que estaba vacía. Dos semanas después, las serpientes fueron vistas en un hotel a dos horas de coche de Kingston. El hotel se alzaba junto a una colina boscosa en medio de una espesa jungla tropical y llevaba

varias semanas expuesto a una fina lluvia que había ahuyentado a los huéspedes. En torno al edificio se oía un ruido como si afilaran cuchillos, producido por las hojas de palmera que el viento restregaba unas contra otras. Por todas partes parecían faltar paredes, y el viento y la llovizna se colaban por todo el hotel. Había humedad por doquier, y de todos lados colgaban plátanos atados en manojos o alineados en cordeles, grandes y pequeños. En la biblioteca, que daba al gran comedor, había un piano de cola desvencijado. Hileras de libros enmohecidos, alfombras ablandadas por la humedad sobre parqués ondulados, hongos en todas las grietas. En el comedor, que más parecía un mirador, el propietario del hotel estaba devorando una gallina vieja con su familia y la cocinera. Era un escocés cincuentón, pecoso, pelirrojo y sin pestañas, casado con una mulata guapa y quince años menor; tenían un hijo de veinte años y tez profundamente negra —sólo el pelo rojo demostraba que el escocés era su padre— y la cocinera era una india enana y arrugada. De la calle subió una especie de crujido, y las dos boas constrictor, de varios metros de largo, se deslizaron de pronto por encima de la mesa —una era completamente blanca, la otra, de un gris rojizo con grandes manchas ovaladas de un amarillo grisáceo sobre una raya longitudinal oscura—, y desaparecieron a través del salón en las galerías que conducían a las habitaciones de los huéspedes, situadas a mayor altura. La familia se quedó paralizada de terror, sólo la cocinera siguió chupando su muslo de gallina. *O my God*, gimió el hotelero, se incorporó y corrió a buscar su escopeta de caza, entregándole otra a su hijo: *o my God*. Ambos se lanzaron galerías arriba, abriendo bruscamente las puertas. De la calle llegó un bocinazo, un cartero entró con una saca, dijo «cartas» y las derramó sobre el suelo del comedor. La mulata permaneció sentada a la mesa. Inmóvil. La cocinera empezó a roer un segundo pollo. El cartero trajo tres sacas más y las vació. El padre y el hijo registraron las primeras habitaciones, subieron por las galerías, desde lo alto de la colina se oyó un chapoteo acompañado de un potente chillido, resoplido y pataleo. Algo se agitaba en la piscina, chapoteando y saltando en el agua, y como la lluvia creaba una especie de velo, no se podía distinguir qué era. Apoyados contra la pared del último apartamento, los dos negros que el escocés había contratado señalaban la piscina y susurraban *the great old man, the great old man*. Detrás de la pared el escocés oyó un tecleo. Sentado a la mesa había un albino en smoking blanco ante una máquina de escribir; que había que recoger el correo, dijo, ya había llegado. Como paralizado y sin entender nada, el escocés ordenó mecánicamente a su hijo que echara una ojeada. Éste encontró el montón de cartas junto a su madre, que aún seguía petrificada, y a la cocinera, que comía su pollo y no había notado nada porque todo le era indiferente; cogió una cesta, la llenó de cartas y, jadeando, subió cuantas pudo a los altos. El albino le ordenó tirar esas cartas a la piscina y recoger las restantes. Lo que había en la piscina siguió chapoteando sin preocuparse de las cartas que flotaban alrededor. El hijo fue vaciando una cesta tras otra en la piscina, sin mirar lo que caía. El escocés permaneció en pie, inmóvil. Qué más quería, preguntó el albino cuando el hijo hubo subido la última cesta de papeles,

y padre e hijo bajaron por las galerías. *O my God*, gimió el hotelero. El cartero se presentó tres días consecutivos. Durante tres días se vaciaron cestas repletas de cartas en la piscina. Él yacía en la cama, envuelto en un albornoz, con el oído puesto en el tecleo de la máquina de escribir de Gabriel, el susurrar de la lluvia y el restregar de las hojas de palmera. Aún no había echado una ojeada fuera. No entendía qué era ese ruido como de afilador allí fuera, no le interesaba el susurro que oía, y lo que Gabriel escribía lo tenía sin cuidado. En un principio él solía dictarle la respuesta a las cartas, que tampoco eran cartas, sino tablillas de piedra, y Gabriel cincelaba la respuesta dictada; luego trajeron tablillas de barro en las que podía grabarse la respuesta, lo que era más rápido; Gabriel dibujaba los jeroglíficos sobre papiro y escribía el hebreo a la velocidad que le dictaban, pero seguían llegando más y más cartas. Y como eran todas cartas petitorias, desde un principio él contestó sólo unas pocas, según su humor y siempre negativamente, aunque a menudo con excusas tan fantasiosas que la gente creía que estaba prometiendo ayuda. Hasta que por último, cansado de dictar, otorgó a Gabriel plenos poderes para contestar personalmente; luego, como Gabriel tenía que leer primero las cartas para contestarlas, le aconsejó no leer las que fuera a contestar; más tarde, cuando ya se le había olvidado hacía tiempo que Gabriel debía contestar cartas no leídas, también a éste se le olvidó cuál era su tarea y pulsaba el teclado de la máquina de escribir de un extremo a otro y sin ningún sentido. Con un dedo. Al principio aún cambiaba la hoja y la metía en un sobre con la dirección que se le ocurriera en el momento, luego optó por conservar la misma hoja y, por último, escribía sin hoja e incluso sin cinta, limitándose a teclear, al Gran Viejo le bastaba con que tecleara. De todas formas, cada vez llegaba más correo, aunque sólo fuera una parte mínima de la correspondencia, pues el correo ya no sabía dónde vivía, de suerte que las cartas dirigidas a él estaban años en camino. Fue, pues, pura casualidad que un día le llegara una carta de la viuda Hungerbühler. No es que la leyera, y tampoco la habría entendido, pues ya se había olvidado de todo tiempo atrás, de la casa de reposo que comprara, de Moses Melker, cuya teología lo había divertido; ya ni siquiera sabía dónde estaba, en qué sistema solar, en qué galaxia, en qué universo, pero en medio de esa crepuscularidad le apeteció de pronto un puro y al instante tuvo un habano entre los labios, si es que era un habano y Kingston se hallaba en la Tierra y no en otro universo, compuesto de antimateria o de cualquier otra cosa. Gabriel se puso en pie y, de la cesta que el hijo del hotelero había subido para vaciar en la piscina, sacó una carta, una de las miles que recibía a diario, justo la que le había escrito la viuda Hungerbühler. Gabriel la puso contra el sol y, aunque empapada por la lluvia, la carta tardó muy poco en arder. Con ella encendió el puro de su amo, que dio una chupada y tiró el puro frente a él, sobre la esterilla de paja, abriéndole un agujero, lo único que la policía —llamada porque los visitantes desaparecieron de un momento a otro y sin pagar— pudo constatar, un agujero que aún seguía humeando y, pese a la humedad, se inflamó tan bruscamente que la policía, el hotelero, su hijo, la mulata y la india lograron salvarse por un pelo saliendo a la calle antes de que el

edificio fuera pasto de las llamas.

Aquel verano, la oportunidad de saquear las mansiones cuyos propietarios se reponían de las fatigas de la riqueza en la Casa de la Pobreza habría sido sensacional para el sindicato si los demás sindicatos no se hubieran unido. Repartirse el trabajo con el nuevo sindicato no sólo hubiera sido posible, sino ventajoso, de haber mediado una situación clara. Nadie sabía quién había fundado el nuevo sindicato. Los viejos jefes guardaron silencio. Quizá ni ellos mismos lo sabían. Además, se empezó a rumorear que una de dos: o el Gran Viejo había vendido su sindicato al desconocido fundador del nuevo sindicato con la condición de que lo liquidara, porque él quería retirarse de los negocios y vivir en paz, o bien el Gran Viejo le había comprado su sindicato a ese desconocido fundador del nuevo sindicato con la condición de que le permitiera liquidarlo para dominar la escena en solitario, si bien algunos concedores afirmaban que el fundador desconocido del nuevo sindicato era Jeremiah Belial. Pero como nadie sabía qué relación tenía Jeremiah Belial con el Gran Viejo, si eran la misma persona, o si era su segundo jefe, su competidor o incluso su jefe, sólo quedaban especulaciones que, no obstante, acentuaron a tal punto la inseguridad entre los miembros de ambos sindicatos que estalló una guerra abierta. Nadie sabía quién le había comprado a quién ni quién debía liquidar a quién. En Manhattan, Chicago, San Francisco y Los Angeles, pero también en ciudad de México, Río, Sao Paulo y Hongkong se empezaron a acumular las víctimas. En ciertas peluquerías la gente se derrumbaba de los sillones. Perplejos, los barberos se quedaban brocha y navaja en mano ante cadáveres a medio afeitar. En algunos burdeles de lujo, cuando el camarero o camarera servían el desayuno —café o té, croissants o tostadas calientes, jamón con huevos fritos o huevo pasado por agua, zumo de naranja fresco y muesli del Dr. Bircher—, encontraban a la parejita mixta, o a veces también masculina o femenina, impecablemente seccionada con instrumental quirúrgico, ambas bocas pegadas con Leukoplast para no incomodar a los demás clientes del establecimiento, y en la chimenea de un sobreático situado encima del Hudson se encontró el cadáver carbonizado de un hombrecillo con un porro entre los labios.

Miguel cerró la clínica de Ascona e instaló en la casa de reposo un hospital de emergencia para el invierno, utilizando el lavadero como sala de operaciones. Le llamaban Doc. La atmósfera era negativa, todos desconfiaban de todos. A finales de octubre llegaron Marihuana-Joe y Big-Jimmy. Sus apartamentos de lujo estaban ocupados, pues se había reunido el sindicato en pleno. Fueron recibidos con hostilidad, todo el mundo les temía. Y tuvieron que contentarse con una habitación doble. En Sing-Sing había tenido una celda individual a su disposición, dijo Big-Jimmy. Pero sólo pasaron una noche en el mismo cuarto; al día siguiente Marihuana-

Joe se mudó al lavadero. Por varias semanas. Se resignó contra su voluntad. Hacía falta una serie de operaciones para transformarlo, su cara original era un riesgo demasiado grande para el sindicato, le había explicado Doc. Los demás se alegraron de sentirse a salvo de él, el cadáver del sobreático encima del Hudson era obra suya, y ellos siempre habían creído que el carbonizado pertenecía al sindicato del Gran Viejo. ¿Por orden de quién había actuado Marihuana-Joe? Sabían qué rumores circulaban. Víctimas del desaliento, jugaban a las cartas con las cortinas corridas, fumaban, jugaban al póquer y veían películas porno; Von Kücksen había sacado sus conclusiones del incidente con Wanzenried y había retirado a los clásicos. Él mismo vivía en la torre occidental rodeado de sus falsificaciones falsas y auténticas. Unas veces lo visitaba Oskar, otras, Edgar. Estaba allí por encargo de Rafael, Rafael y Rafael. Que tuviera cuidado, el sindicato ya no confiaba en Wanzenried. Pero el aburrimiento tampoco era evitable sin clásicos. Todos volvieron a hundirse en un mar de bostezos. Y el invierno no llegaba nunca. En vez de nieve, tormentas de viento cálido del sur, un calor insoportable, una sequía indescriptible. El bosque parecía agostarse. Nadie osaba moverse. Detrás de la casa de reposo, Fronten seguía recitando los mismos poemas goetheanos: *Viaje al Harz en invierno*, *Prometeo*, *Confines de la humanidad*, la *Elegía*, y, una y otra vez, las *Palabras primigenias*: «Somos, pues, en apariencia libres al cabo de los años, y más sujetos que al principio nos hallamos». Salió la luna llena y avanzó lentamente por el cielo hasta hacerse visible en la aldea. Big-Jimmy se escurrió sigilosamente del hotel en dirección al bosque y la quebrada, pasando junto al maestro de escuela que justamente recitaba los versos del *Diván*: «No poder terminar es tu grandeza, no poder empezar es tu destino, gira y gira tu canción como la bóveda del cielo, un principio y un final que son siempre lo mismo, y lo que el centro trae es aquello que al final permanece y era ya al principio». Elsi miró hacia la casa de reposo. Aún estaba en sombras. Dejó la ventana abierta, aspiró el cálido viento que entraba por ella y vio flotar la luna, redonda y poderosa, que de pronto quedó eclipsada por la cabeza de Big-Jimmy. La chica quiso gritar. Pero la luna giraba alrededor de la Tierra, y la Tierra giraba alrededor del Sol, y en la Tierra había luna llena, y en la luna, Tierra nueva. Todo ocurrió por necesidad. El Sol se reflejaba en la luna, y la luna se reflejaba en la Tierra, y Big-Jimmy subió a la habitación, y Elsi no gritó.

Otra cosa es saber si fue también por necesidad que, con motivo del entierro de un exconsejero federal mucho más joven, un consejero cantonal le preguntó casualmente a un exconsejero federal viejísimo —en realidad sólo por entablar conversación—, cuándo volvería a reunirse el comité honorífico al que pertenecían el exconsejero federal y él mismo, entre otros cuyos nombres había olvidado. El exconsejero federal no supo qué responder, pues no sabía absolutamente nada. Después del entierro se puso a hurgar en sus papeles. En un cajón encontró una lista

con los integrantes de la junta directiva de una Swiss Society for Morality. Para su gran sorpresa, comprobó que él era el presidente. Era, al parecer, el último cargo honorífico que aún ocupaba. Intranquilo, convocó una sesión de la junta directiva. Ésta no supo qué hacer, sobre todo cuando después de consultar infinidad de veces unos estatutos en inglés que él había guardado por casualidad, un consejero cantonal descubrió que los presentes no integraban un comité honorífico, sino la junta directiva de una Swiss Society for Morality, filial de una Boston Society for Morality. Y resultó que los miembros del comité honorífico, que era en realidad una junta directiva, pertenecían a tantos consejos administrativos que ninguno de ellos recordaba haber oído nunca el nombre Boston Society for Morality, de suerte que lo mejor sería renunciar en pleno como junta directiva, no sin antes informarse sobre lo que realmente era aquella Swiss Society for Morality, fundada por la Boston Society for Morality. La junta directiva solicitó al exconsejero federal que diese los pasos necesarios, y éste pidió al consejero cantonal que le entregara los estatutos y disolvió la sesión. El exconsejero federal provenía de un hogar humilde. Maestro secundario en la región de Berna durante largo tiempo, en realidad se metió en política contra su voluntad y acabó recalando mecánicamente, como una piedra en un alud, según sus propias palabras, en el sillón de consejero federal. Como maestro secundario había sido algo más, decía. No sólo un consejero federal. Pues en este cargo padecía sobre todo por la falta de transparencia de la economía y de sus intereses. Se veía a sí mismo como alguien que, en medio de una oscuridad absoluta, tuviera que cambiar las agujas para miles y miles de trenes expresos, locales y de mercancías desde una garita de control, por lo que no era nada extraño que de vez en cuando se produjera algún choque. Y le resultaba muy penoso que ahora, a una edad ya avanzada, le cayera encima esa ominosa Society for Morality, de la que no se sabía si era Swiss o Boston. Le pidió ayuda a un jurista de su antiguo departamento, quien, tras leer los estatutos, emitió un juicio no muy alentador. Los estatutos habían sido redactados con tanta sutileza que la junta directiva, creyendo firmar solamente la declaración de que era un comité honorífico, había fundado ella misma la agrupación Swiss Society for Morality y se había constituido en junta directiva. Semejante memez no se le hubiera debido escapar a nadie. Y a él se le había escapado, sollozó el exconsejero federal. Además, la junta directiva compró una casa de reposo al cabo de una semana, añadió el jurista, a través de un tal Habegger, abogado de la capital cantonal. Para qué necesitaba una casa de reposo la Society for Morality, se preguntó el exconsejero federal. La organización Alegría por la Pobreza la utilizaba en verano, explicó el jurista. El exconsejero federal se rió: un nombre muy curioso para un lugar de reposo destinado a indigentes. Para millonarios, rectificó el jurista, y en el invierno la había alquilado un tal Von Kücksen, un reichgrave oriundo de Liechtenstein que ganaba millones vendiendo cuadros falsificados. Ése estaba en la cárcel, dijo el exconsejero federal. Y vendía cuadros que él mismo daba por falsos, pero que la clientela tenía por auténticos, concluyó el jurista. Seguro que Alegría por la Pobreza ya había

quebrado, opinó el exconsejero federal, ¿qué millonario querría ir a una casa de reposo para vivir pobremente y encima alegrarse? Tan sólo los más ricos, le explicó el jurista, la casa de reposo florecía como nunca. La asociación debía de recibir unos beneficios demenciales. De eso él no sabía nada, dijo el exconsejero federal. Después de esa conversación no pudo dormir en toda la noche. Tenía noventa y cinco años y hacía más de veinte que era viudo. Pero se negaba a ir a un asilo de ancianos. Una italiana septuagenaria se ocupaba de la casa y lo reñía a diario, que si comía mucho, que si demasiado poco, de forma irregular, etc. Mientras ella lo reñía, él se quitaba el audífono y la observaba tranquilamente hasta que acababa de despotricar. Aquella mañana, sin embargo, él la atacó por vez primera, que cerrara el pico, le dijo, y ella le sirvió el desayuno llorando. Él ni lo tocó, avanzó arrastrando los pies hasta el escritorio y le escribió al gobernador del cantón. La respuesta fue favorable, el cantón podía considerarse feliz, no sólo moral sino también financieramente, de poder ofrecerle una sede a la Swiss Society for Morality; en la cuenta de la asociación había un millón y medio, todo estaba en orden, hasta el lío con el alcalde en el Valle del Caos se había arreglado. El gobernador no debió de escribir esto. La Swiss Society for Morality había vuelto desconfiado al exconsejero federal. No lo timaría por segunda vez. Algo iba mal. ¿Qué lío era aquél? El exconsejero federal mandó llamar al alcalde desde el Valle del Caos y le pagó el viaje.

El exconsejero federal, un tierno hombrecillo de piel rosada como la de una doncella, estaba sentado en un sillón tomando su pediluvio vespertino de agua caliente con vinagre; en un hueco de la estantería había un gran gato negro echado, y frente al exconsejero federal estaba el alcalde con su imponente mostacho. Pretánder preguntó si podía fumar. Si no deseaba un habano, le preguntó a su vez el exconsejero federal, el embajador cubano le había enviado una caja de puros. Prefería fumar su pipa, dijo el alcalde, y la sacó y encendió. Seguidamente, el exconsejero federal lo invitó a que le contara. El alcalde empezó a contar, y cuando hubo terminado, el exconsejero federal dijo que le creía. Pues era el único, replicó Pretánder.

—Increíble —dijo el exconsejero federal—. Usted quiere más a su perro que a su hija Elsi.

—Señor exconsejero federal —explicó el alcalde—, con mi perro Mani podía hablar, pero no con Elsi ni con Mädi, mi difunta esposa. Las mujeres no lo escuchan a uno. Mani, en cambio, siempre me ha escuchado.

De qué hablaba con Mani, quiso saber el exconsejero federal mientras la italiana añadía agua caliente a la jofaina.

—Pues verá usted —dijo el alcalde—, juntos nos hemos preguntado por qué el buen Dios es tan injusto y si realmente es un Dios bueno; por qué prefiere a otras aldeas de montaña y les envía tantos forasteros, mientras nosotros nos pasamos la vida contemplando la casa de reposo con los millonarios al otro lado de la quebrada,

en la ladera soleada; por qué nadie viene a vernos, sólo uno que otro excursionista con mochila, de esos que duermen en sus tiendas y cargan consigo sus provisiones, y si alguna vez aparecen en uno de los bares, comentan que nunca habían visto un agujero tan miserable como nuestra aldea; y por qué, nos hemos preguntado Mani y yo, en esta aldea no nos caen aludes ni hay deslizamientos de tierras que lo sepulten todo como ocurre en otros pueblos de montaña, pues entonces nos ayudaría toda Suiza y la cadena de la dicha reuniría dinero por la radio, y vendría la televisión y la aldea se haría famosa y sería reconstruida y tendría dinero, en algo debe de fallar esto del buen Dios para que haya tanta injusticia con los hombres y la naturaleza; el perro compartía mi opinión en nuestros diálogos, claro que él hablaba sólo con los ojos, y cuando yo iba de Herodes a Pilatos, de un consejero de distrito a un consejero cantonal, y de éste a un consejero nacional, y volvía tarde a casa, Mani salía de su caseta y se plantaba ante la puerta de entrada. ¿Qué quieres?, le preguntaba yo al perro. Y él se quedaba mirándome y me daba la pata derecha. Yo se la estrechaba y le decía, ajá, querías saludarme. Y él me decía que dejara ese absurdo corretear de un consejero a otro, que él, Mani, ya lo arreglaría todo.

—¿Le decía? —preguntó el exconsejero federal.

—Con los ojos —explicó el alcalde—. Yo sabía lo que el perro quería decirme. ¿Podría el señor exconsejero federal mantener una conversación similar con alguna mujer? Claro está que no le conté al gobernador civil lo de mis conversaciones con el perro, pues me hubiera tomado por loco.

Y preguntó si el señor exconsejero federal también hablaba con su gata.

—No es gata, sino gato —respondió el exconsejero federal— y no habla, sino calla conmigo, lo que viene a ser lo mismo; repasamos, como quien dice, las burradas que cometí y tuve que aceptar y disimular en nuestro sistema colegial cuando era consejero federal. ¡Siete consejeros federales que han de estar siempre unidos de cara al exterior! Y si una mujer llegara algún día a consejera federal, nadie se atrevería a llevarle la contraria, y si fueran dos las mujeres que llegaran a la consejería federal, jamás se pondrían de acuerdo y el sistema colegial se iría a pique. Para eso es mejor siete mujeres directamente. Tampoco son más tontas que los hombres. Yo estoy muy contento de que el gato me entienda, aunque Maudi piense que yo, el exconsejero federal, no dejo de ser un hombre y como tal cometo disparates. Pero, ¿dónde está ahora su perro?

—Abatido por el cañón de un carro de combate.

El exconsejero federal se quedó de una pieza.

—¿Y sigue usted yendo de un abogado a otro? ¿Para qué?

Y meneó la cabeza. Que él debería estar ya mejor informado del caso. ¿Cómo es que había ido a la aldea un carro de combate? Un regimiento entero había ocupado la aldea para matar a Mani, explicó el alcalde y le contó la historia.

El exconsejero federal meneó la cabeza.

—Del ejército espero cualquier tontería, mas no de Mani. No lo creo capaz de

treparse a un pico del Spitzen Bonder para que lo vean y puedan dispararle.

—Es que el perro tenía curiosidad —comentó Pretánder.

—¡Qué va! —dijo el exconsejero federal, riéndose.

—Pues bien —replicó el alcalde—, el perro que se cargó el ejército no fue Mani... usted ya me entiende, señor exconsejero federal, he empezado a tallar un nuevo Mani, el anterior me había quedado pésimo, y un día antes de que llegase el regimiento me fui con el maestro de escuela... fue un trabajo enorme colocar el trozo de madera sobre el pico del Spitzen Bonder, en realidad fue una añagaza.

—Me lo imagino —dijo el exconsejero federal—, ¿y dónde está ahora su perro?

—En una gruta del bosque —respondió el alcalde—. Le llevo comida dos veces por semana. Elsi también lo hace, y a veces Mani caza algo furtivamente.

—Un chucho inteligente —comprobó el exconsejero federal—, más inteligente que su amo. Que no sabe controlar a su hija muy bien que digamos.

El alcalde vio cómo la italiana retiraba la jofaina y el exconsejero federal se secaba los pies con una toalla.

—Elsi no se lo pasaba del todo mal, me di cuenta en seguida —dijo—. Le gustan los tíos, como a su madre, de la que yo tenía que estar siempre pendiente; una vez hasta subió alguien al cuarto de Elsi, me da lo mismo quién fuera, pienso que era Noldi, el del aserradero, yo sólo me opondría si quisiera casarse; si tiene un hijo, ha de ser un Pretánder, yo soy el último Pretánder, y si no es un varón, el buen Dios se quedará de piedra porque me haré ateo.

El exconsejero federal se rió, lo de Elsi tampoco era para tanto, aunque él, al actuar así, se había cerrado cualquier posibilidad de iniciar un proceso, dijo, fue absurdo haber ido de Herodes a Pilatos, en eso había tenido razón el perro, aunque a él le sorprendía que en una casa de reposo vacía se consumiera tanta leche y se preguntaba si no sería posible que al guardián nocturno, que no dejaba de ser un personaje bastante dudoso, lo hubiera mordido otro perro en vez de Mani.

—Seguro que sí —dijo el alcalde—, y siempre lo he creído, sobre todo porque el reichgrave tiene un conocido criadero de perros doberman en Liechtenstein.

—¡Caray! —replicó el exconsejero federal—. ¿Le ha contado usted esto al gobernador civil, alcalde?

—Acabo de acordarme ahora mismo —dijo Pretánder.

El exconsejero federal meneó la cabeza y preguntó si la casa de reposo estaba vacía ese invierno, al tiempo que se ponía los calcetines.

—No menos que el invierno pasado —repuso el alcalde—. Hay gente dentro, y no sólo una persona; por las rendijas de las persianas se ve brillar luz en todas partes, y a veces hasta se oye hablar.

—Pues nada, alcalde, bebamos ahora una copa de tinto juntos —dijo el exconsejero federal—, y aproveche para contarme otra vez con lujo de detalles lo que ocurrió. Pero no olvide nada, como la primera vez.

El exconsejero federal se palmeó la rodilla derecha y el gato negro se le subió al

regazo. La italiana sirvió vino tinto. El alcalde volvió a contarle todo, el exconsejero federal lo escuchó atentamente y entre los dos se vaciaron una botella. Luego, el exconsejero federal le dijo que podía irse, que le había reservado una habitación en El Ciervo, sentía mucho no poder ayudarlo, pero no era sino un hombre y pronto cumpliría cien años.

—No tiene importancia —dijo el alcalde—. Adiós. Me ha aliviado mucho poder hablar de mi perro con alguien.

De nuevo solo, el exconsejero federal se dirigió a su escritorio arrastrando los pies y le escribió al consejero gubernamental de todo el cantón que su gobernador civil había examinado —o, mejor dicho, no había examinado— el caso Pretänder con tanta parcialidad que él aún no se reponía de su asombro. No quedaba claro qué perro había mordido. El demandante, o, mejor dicho, el ya-no-demandante por daños y perjuicios, se dedicaba a criar perros bravos, y era imposible que el mordido guardián nocturno pudiera dar cuenta él solo de la ingente cantidad de leche que le llevaban. No haber visitado la casa de reposo en semejantes circunstancias era una grave negligencia. Ahora que había vuelto el invierno, él aconsejaba al gobernador civil que visitara la casa de reposo y verificara si estaba vacía. Debería llevar como testigos a los otros consejeros gubernamentales, pues el gobernador civil había actuado con parcialidad por partida doble: era coronel y había penetrado con su regimiento en el Valle del Caos para matar un perro a tiros, un disparate mayúsculo militarmente hablando; el gobernador civil debería comparecer ante un tribunal militar. Por lo demás, él, como presidente, disolvía la Swiss Society for Morality en nombre de su junta directiva y entregaba las actas al ministerio público del cantón correspondiente. Luego volvió a sentarse en su sillón, el gato se le subió al regazo y el exconsejero federal se quedó dormido.

Los consejeros gubernamentales y el juez instructor se dirigieron al Valle del Caos, muchos de ellos por vez primera. Enterado secretamente de la visita por el secretario de la cancillería, Von Kücksen se había escabullido a Liechtenstein, mientras la delegación lo creía ignorante de todo. Querían tomar por sorpresa la casa de reposo. Cierto es que Wanzenried logró instalar a los heridos más o menos graves en el desván de la dependencia, donde quedaron apretados cuerpo contra cuerpo. Pero la sala de operaciones en la que aún yacía Marihuana-Joe no pudo reconvertirse en lavadero, ya que la transformación de su cara había requerido una nueva anestesia general, de suerte que Wanzenried se sintió muy incómodo cuando el consejero gubernamental del cantón recorrió la casa de arriba abajo. Wanzenried, que aún caminaba con cierta dificultad, fue abriendo ceremoniosamente las habitaciones, el salón, el comedor, los cuartos simples y dobles, las suites de lujo: todo vacío. Lo

único que no encontraba era la llave del desván de la dependencia. Buscó y buscó, pero el gobernador civil dijo que bien podía renunciar al absurdo proyecto de visitar el desván del edificio adyacente, a lo que Wanzenried replicó que por fin había encontrado la llave, aunque ya cuando los consejeros gubernamentales empezaban a bajar las escaleras. Wanzenried ya respiraba aliviado cuando, de buenas a primeras, el juez instructor quiso visitar el lavadero. Marihuana-Joe habría sido descubierto junto con la sala de operaciones de no haberle echado Wanzenried una zancadilla al juez, tan hábilmente que éste rodó por la escalera del sótano y se rompió una pierna, lo que impidió la inspección del lavadero. Hubo que llamar a un médico y una ambulancia, por lo que tampoco quedó tiempo para efectuar un interrogatorio en la aldea.

Al atardecer del último domingo de Adviento concluyó Moses Melker su manuscrito *El precio de la gracia*, de más de quinientas páginas. Salió a la terraza. Ya había anochecido. Una encina ocultaba la luna. Aún no había llegado la nieve, pero sí, en cambio, la niebla del Grien. De la aldea sólo se divisaba el campanario de la iglesia, blanco a la luz de la media luna; la niebla de la cual emergía era como el Nilo. Moses subió al dormitorio. En la cama de matrimonio estaba Cäcilie Melker-Räuchlin leyendo una novela, fumando un puro y comiendo bombones, unas trufas redondas que sacaba de una bolsita, negras, marrones, blancas, lisas y espinosas. Sobre la mesita de noche había otras dos bolsas similares. Moses Melker se sentó junto a ella y le metió una trufa en la boca; a la segunda, Cäcilie puso el puro en el cenicero y la novela sobre el cobertor, y abrió la boca con más avidez para que él le metiera otra trufa. Se quedó mirándolo. Su mirada era dura y burlona, cruel y despiadada, y él supo que ella conocía sus propósitos. Cäcilie no se defendió. Moses no necesitó recurrir a la violencia. Siguió embutiéndole trufas y más trufas, y sólo cuando le hubo embutido también las de la tercera bolsa, advirtió que estaba muerta. Moses Melker bajó a su estudio, dedicó el manuscrito a Cäcilie y anotó debajo la fecha.

Quizás ambos hubieran debido hablar de sus dificultades, suponiendo que fueran el Gran Viejo y Jeremiah Belial quienes se encontraron muy al sur de la meseta del rey Haakon, en la Antártida. Este encuentro se producía con cierta frecuencia, aunque las distancias temporales entre los encuentros eran a su vez tan grandes que éstos tenían lugar raras veces. Se producían siempre en el mismo lugar. Pero la última vez el paisaje había sido tropical y ubérrimo, el eje terrestre se hallaba en otra posición. Esta vez los helicópteros de ambos habían aterrizado en una superficie de hielo sobre la que silbaba el viento. Los helicópteros aterrizaron simultáneamente, aunque tal vez aterrizara uno solo, pues todo se reflejaba en el hielo y el aire hialino, y si fue Jeremiah Belial quien saludó al Gran Viejo —si es que era el Gran Viejo—, ya no

tenía el mismo aspecto que antes, sino otro que le permitió a Gabriel tomarlo primero por el Gran Viejo y luego por la imagen viva del Gran Viejo. No sólo porque ambos vistieran de smoking. Todos vestían de smoking. Pero algo fallaba en esa imagen viva, hasta que Gabriel dio en el clavo; Jeremiah Belial no era la imagen viva del Gran Viejo, sino su imagen especular. Todos eran imágenes especulares. La imagen especular del Gran Viejo era Jeremiah Belial, y la imagen especular de Jeremiah Belial era el Gran Viejo. La imagen especular de Gabriel era Samael, el secretario de Belial, también él un albino, y viceversa, la imagen especular de Uriel era Azetôt, que fabricaba relojes que marchaban hacia atrás, y para quien los relojes de Uriel marchaban hacia atrás; la imagen especular del cirujano Miguel era Asmodeo, y viceversa, y el abogado Rafael, que se había reducido a una persona, estaba sentado frente a su imagen especular, Belcebú, sentado a su vez frente a Rafael: suponiendo que alguien se hallara sentado frente a alguien y el mundo no estuviera dividido en dos por un espejo, de suerte que Belial, Samael, Azetôt, Asmodeo y Belcebú sólo fueran reflejos especulares. Era el solsticio de invierno, el 21 de diciembre, y el día duraría hasta el 20 de marzo. Un avión correo pasó tronando sobre los congregados, que se habían instalado en cómodas tumbonas de jardín, y arrojó nubes de cartas, ni siquiera allí estaba el Gran Viejo a salvo de peticiones. Pero el viento barrió aquella avalancha, arrumándola tras invisibles macizos. Desde la costa, distante unos mil quinientos kilómetros, fue llegando, cual piadosa procesión de peregrinos, un interminable ejército de pingüinos que rodeó la escena. Junto al Gran Viejo había una mesita sobre la que se veía un molinillo de café, una cafetera y cinco tacitas, y junto a Jeremiah Belial había otro tanto. El Gran Viejo cogió el molinillo de café, Jeremiah Belial cogió el molinillo de café, los demás se durmieron, los pingüinos también, el Gran Viejo empezó a girar el molinillo de café, Belial empezó a girar el molinillo de café, el Gran Viejo giraba el molinillo en el sentido de las manecillas del reloj y Belial lo hacía en sentido contrario, y a medida que ambos giraban, el Sol empezó a describir círculos en torno a los congregados y a los pingüinos, y cuanto más rápidamente giraban ambos, más aprisa giraba el Sol, hasta acabar formando en torno a ellos un radiante anillo luminoso que fue acercándose más y más al horizonte y acabó cortado en dos por él y se hundió, y en cuanto se hundió, empezó a girar encima de ellos una especie de cofia brillante con un anillo dorado que subía y bajaba continuamente y cuya intensidad iba variando, así como las veloces estrellas y la luna, y al girar el Gran Viejo su molinillo de café, hacía girar la Tierra no sólo en torno a su eje, sino también alrededor del Sol, junto con el sistema planetario, y al Sol en torno a la Vía Láctea, y a la Vía Láctea y la nebulosa Andrómeda en torno a la aglomeración galáctica a la cual pertenecían, que a su vez giraba igual que la Vía Láctea y la nebulosa Andrómeda; el universo entero fue puesto en movimiento por el molinillo de café, y como las galaxias tenían que girar tanto más rápido cuanto más alejadas estuviesen, empezaron a girar a una velocidad inverosímil, inconmensurablemente mayor que la de la luz, de suerte que todas las leyes de la

física quedaron abolidas. Sin embargo, no sólo este universo giraba sobre sí mismo como un continuum espacio-temporal de rotación velocísima al hacer girar el Gran Viejo su molinillo de café; también Jeremiah Belial hacía girar el suyo, y así como el universo rotaba a una velocidad delirante, también el antiuniverso rotaba a una velocidad delirante, aunque en sentido contrario, cosa que, por cierto, el Gran Viejo no podía advertir, porque su universo y el de Belial se compenetraban sin llegar a tocarse, como si cada uno estuviera en un lado diferente de una cinta de Moebio en la que las esferas de galaxias y antigalaxias que giraban a una velocidad delirante sin tocarse nunca rodasen ora encima, ora dentro de la cinta, más rápidas que la luz, lo cual no interesaba al Gran Viejo ni a Jeremiah Belial, pues la física no les interesaba y la cosmología les era indiferente, jamás habían oído hablar de la expansión del universo, ni de los agujeros negros, ni del Big-Bang, por principio no se ocupaban de esas tonterías, y cuando Elsi, nostálgica, se asomó a su ventana al filo de la medianoche, no pensó en nada extraño al ver que de pronto clareaba y volvía a oscurecer, sólo tenía en mente a Big-Jimmy, y muy al sur de la meseta del rey Haakon, el movimiento giratorio del sistema continuo espacio-temporal-solar-galáctico empezó a detenerse gradualmente, y con él el antiuniverso; al principio se hicieron visibles las estrellas del hemisferio sur que giraban cada vez más lentamente en torno al horizonte, Riegel en Orion, Sirio, Canope, la Cruz del Sur, las dos nubes de Magallanes, luego el Sol comenzó a subir, circundando el horizonte, y se inició un día de medio año, el Sol siguió subiendo, se detuvo, y las leyes de la naturaleza pudieron volver a sus cauces sin que el Gran Viejo o Belial reflexionaran sobre ellas. Habían dejado de girar, y los demás se despertaron. También los pingüinos. El café fue preparado y servido por Gabriel y Samael. Todos se acabaron sus tacitas. Nadie habló. Llegaron los helicópteros. Las tacitas, las cafeteras, los molinillos de café y las tumbonas de jardín se quedaron allí; sólo se llevaron los paquetes de café semivacíos para el próximo encuentro. Café-Oetiker, de 10,15 F. Los pingüinos iniciaron su retirada hacia la costa, los participantes en el encuentro alzaron vuelo en sus o en su helicóptero y Elsi se metió en su cama. Big-Jimmy no había acudido. Siempre acudía una sola vez.

Big-Jimmy se pasó aquella mañana buscando a Marihuana-Joe en la casa de reposo. No había vuelto a verlo tras la operación de la cara. Nadie lo había visto, salvo Doc, con quien se había encontrado una y otra vez y que le aseguró que poco antes Marihuana-Joe había estado trasgueando por los pasillos de la casa de reposo, siendo evidente que buscaba a Big-Jimmy como Big-Jimmy lo buscaba a él, tras lo cual Big-Jimmy reanudó sus correrías por la casa e inspeccionó también la dependencia y las despensas e incluso el lavadero, donde Alaska-Pint yacía con anestesia total. De vuelta en el salón, Doc salió a su encuentro y le dijo:

—Marihuana-Joe, Big-Jimmy te está buscando.

—¿Quién busca a quién? —preguntó Big-Jimmy turulato, y al oír la respuesta de Doc de que media hora antes se había encontrado con Big-Jimmy en el último piso y éste le había preguntado dónde estaba él, Marihuana-Joe, exclamó que él era Big-Jimmy.

—¡Diantre! —dijo Doc y clavó la mirada en Big-Jimmy—. Te he confundido.

—¿Con quién?

—Con Marihuana-Joe.

—Pero si no se parece en nada a mí —repuso Big-Jimmy.

—Ahora sí —replicó Doc, orgulloso—, me ha resultado una obra maestra; he operado a Marihuana-Joe, que ahora se parece a Big-Jimmy.

—¿Que ese individuo se parece a mí? —balbuceó Big-Jimmy—, ¿y por qué has hecho eso, Doc?

Ellos dos eran los mejores asesinos del sindicato, fue la respuesta, y si uno se cargaba a alguien en San Diego y el otro estaba en Boston, el de San Diego tendría una coartada perfecta. Ajá, dijo Big-Jimmy receloso, pero él seguía preguntándose dónde se habría metido Marihuana-Joe; Doc no respondió, sino que clavó la mirada en la puerta de entrada del salón. Todos hicieron lo mismo: por la puerta, abierta de par en par, acababa de entrar Moses Melker, impecablemente vestido de negro, como siempre, un bosquimano blanco y gordo en traje de confirmación, con un maletín en la mano.

Moses Melker se quedó de una pieza. Creyendo que la casa de reposo estaba vacía, había abierto el portón principal con su llave. Acababa de pasar unos días malos. El médico de Bubendorf llenó el certificado de defunción con aire no muy convencido. Nunca había visto que alguien se atiborrara de bombones hasta morir, dijo, y preguntó si la difunta había comido alguna vez algo que no fueran bombones. Melker respondió en tono melancólico que no lo creía. Cäcilie fue enterrada junto a Emilie en el cementerio de Grienwil; el Nilo jamás devolvió el cadáver de Otilie. Cäcilie había sido la última Räuchlin. La villa y la fortuna que el pobre Moses le había transferido para seguir siendo pobre volvieron a recaer ahora en el viudo como el anillo de Polícrates recayó en Polícrates. En su condición de multimillonario pertenecía ya definitivamente a la Casa de la Riqueza, por lo que decidió, al menos durante las navidades, disfrutar una vez más de su desvanecida pobreza a través de la gracia en la casa de reposo. Sin embargo, pedirle a August que lo llevara en el Rolls-Royce no le pareció conveniente. Pobre quería regresar. Cogió el tren más barato hasta Berna, el expreso en segunda clase hasta Zürich y, rebelándose contra la modestia autoimpuesta, siguió viaje en primera hasta la capital cantonal, donde cogió un taxi. Su único deseo era estar a solas en un lugar recoleto, olvidar, celebrar tranquilamente la Navidad y pensar en el Gran Viejo. Pero al verse de pronto en el salón de la casa de reposo, adonde habían vuelto a bajar los sofás y sillones del

desván de la dependencia, y ver indolentemente repantigados en ellos a esos hombres que rezumaban cierto aire de muerte y amenaza, apenas se atrevió a respirar. Pero no sólo Moses Melker: todos estaban perplejos. Nadie se movió. Lo mejor sería liquidar al tío aquel en el acto, pensaron casi todos, pero los revólveres y pistolas ametralladoras aún seguían escondidos en el desván de la dependencia. Por último se levantó pesadamente Baby Hackmann, avanzó a paso lento hacia Melker, se detuvo ante él y le preguntó, poniéndole ambas manos sobre el hombro, muy cerca del cuello duro para poder apretar en cualquier momento, si alguien sabía que él, fuese quien fuese, estaba allí. Que él enseñaba la pobreza, y por la gracia del Gran Viejo habían puesto a su disposición aquella casa durante el verano, respondió Moses Melker con voz entrecortada; al decir Gran Viejo se estaba refiriendo a Dios, pero Baby Hackmann creyó que Melker se refería al Gran Viejo, el legendario jefe de todos los jefes. A Moses Melker se le encendió una luz. La Casa de la Pobreza le servía a la Society for Morality para otros fines que el de consolar a ricos desventurados; habían abusado de él, las manos que le rodeaban el cuello podían cerrarse, y al mismo tiempo empezó a sentir una extraña familiaridad con quienes de pronto lo rodearon, gente adusta, decidida, capaz de cualquier cosa. Más valdría apretar, pensó Baby Hackmann, y ya se disponía a hacerlo, cuando del ascensor salió Von Kücksen. Oskar y Edgar lo acompañaban. Wanzenried había notado la llegada de Melker y, no atreviéndose a intervenir, informó a Von Kücksen en la torre oriental. Bienvenido, Herr Melker, dijo el ciudadano de Liechtenstein y se presentó; Kücksen, reichgrave Von Kücksen. Luego dejó caer su monóculo, lo recogió en la mano izquierda, le echó el aliento y lo limpió con su pañuelo mientras pensaba en la mejor manera de arreglar la penosa situación. Eliminar a Melker era demasiado arriesgado, todo el mundo sabía dónde se encontraba; por otro lado, quizá fuera deseo del despacho de abogados Rafael, Rafael y Rafael borrar a Melker del mapa, aunque el deseo también podía ser eliminarlo a él, Von Kücksen... *Sacre bleu*, la situación era fatal. No había tiempo para telefonar, Wanzenried hubiera debido detener a Melker, pero el hecho es que ya estaba ahí. Él había alquilado la casa de reposo durante la temporada de invierno, dijo Von Kücksen volviendo a ponerse el monóculo, y resulta que todo el mundo se preguntaba por qué. Pues nada, Moses Melker había descubierto su secreto. Había alquilado la casa para celebrar la Navidad con sus amigos. Y todos se sentirían muy honrados si Moses Melker tenía a bien pronunciar el sermón navideño. Sus amigos eran artistas y amigos de las artes. Diantre, pensó Baby Hackmann, pero se dio cuenta de que era la única salida. Moses Melker avanzó tambaleante a través del salón, pasando por sobre piernas estiradas, y se dejó caer en un sillón. Tuvo la sensación de haber regresado a casa.

Pero en la Nochebuena apareció Jimmy. Media hora antes de la puesta del sol bajó Elsi a la fuente de aguas medicinales, en la quebrada. Desde el bosque, detrás de

la casa de reposo, oyó a Fronten recitar: «Como en el día en que viniste al mundo, estaba el Sol en conjunción con los planetas, y empezaste a medrar sin detenerte, según la ley que presidió tu origen». Y cuando se disponía a beber agua del manantial que, canalizado por un tubo, brotaba humeante de la roca, sintió una presencia detrás de ella y, al volverse, se vio a frente a Marihuana-Joe.

—Jimmy —dijo Elsi.

Marihuana-Joe permaneció inmóvil.

—Por fin has vuelto —añadió Elsi.

Marihuana-Joe se quedó mirándola en silencio. Sus ojos eran fríos y escrutadores. Ella también lo miró. Sólo podía ser Jimmy, aunque algo le decía que no era Jimmy. Que la cogiera en sus brazos, le dijo en tono insinuante. Él la cogió en sus brazos. Que la besara, añadió Elsi. Él la besó. Y ella lo apartó bruscamente y lo abofeteó en plena cara: no era Jimmy. Marihuana-Joe se rió, claro que era Jimmy. Ella empezó a dudar. ¿De veras?, preguntó. De veras, confirmó Marihuana-Joe. No estaba muy segura, dijo Elsi, él la había besado de otro modo en el charco de leche y en su cama. Si volviera a estar con ella en un charco de leche o en su cama, la besaría como antes, dijo Marihuana-Joe. Elsi se sentó sobre el muro y lo miró pensativa. Quizá fuera Jimmy, pero cuando estuvo con ella en el cuarto no habló mucho, sólo dijo su nombre, qué otra cosa podía uno decir en esos casos, pero ahora se preguntaba quién era él. Un gángster, replicó él sonriendo, pero sus ojos seguían siendo fríos y escrutadores, y ella tuvo entonces la seguridad de que era Jimmy. ¿Y el otro, preguntó, ése con cuyo trasero se había ensañado Mani? Ése era Marihuana-Joe, dijo Marihuana-Joe. ¿Gángster también?, preguntó ella. También, repuso él, y de los grandes. Estupendo, dijo Elsi y preguntó si había muchos *gangsters* en la casa de reposo. Muchos, replicó él, y Elsi inquirió curiosa si todos eran *gangsters* norteamericanos. Él asintió. ¡De fábula!, dijo Elsi. Luego guardaron silencio. Una grajilla se acercó volando y volvió a alejarse. Ella le preguntó si había matado a mucha gente, y viendo que él asentía de nuevo, dijo: Francamente cachondo. El sol se puso. Seco, dijo ella, todo estaba seco en el Valle del Caos. No se podía encender ni un simple fuego, comentó. Quizá sí, replicó él. La grajilla volvió a acercarse y alejarse describiendo círculos. Él le preguntó si podría hablar con su padre. Pienso que sí, respondió Elsi. Bebió un trago del manantial y luego subieron ambos por la quebrada hacia la aldea. El árbol de Navidad estaba iluminado cuando entraron en el salón. Quién era su acompañante, preguntó el alcalde en tono desconfiado. Era Jimmy, dijo Elsi, quería disculparse por lo de la leche derramada. El alcalde no entendió. Jimmy era el hombre que la había violado, explicó Elsi. Venía de Estados Unidos. El alcalde tragó saliva, cerró los puños, maldijo: ¡Putañero, cerdo asqueroso! Padre, le reconvino Elsi. Y Marihuana-Joe replicó: ¡Perro sarnoso, oveja cagona! ¡Jimmy!, silbó Elsi, y empezó a patalear diciendo que no deberían decirse esas cosas. ¡Muchachit'el cuerno!, dijo el alcalde, resignado. Elsi ma di de, u mi ma si de o, replicó Marihuana-Joe riéndose. El alcalde lo miró asombrado: cómo era que hablaba

su idioma. Él era uno de los suyos, respondió Marihuana-Joe, hijo del párroco Pretánder; habían descuidado muchísimo la parroquia, él se había pasado noches enteras tiritando allí dentro el invierno pasado. No este invierno, dijo el alcalde, él había subido una vez a la habitación de Elsi. Les prepararía un café instantáneo, dijo Elsi y se dirigió a la cocina. Que había cambiado muchísimo si era Sepp, el hijo del párroco Pretánder, dijo el alcalde. Aún recordaba cómo Sepp había abandonado la aldea quince años antes. Él también lo recordaba, dijo Marihuana-Joe, el alcalde era ya un Juan Lanás por entonces. Pretánder se rascó la cabeza. Por más esfuerzos que hiciera, no podía reconocerlo. Nadie podía, respondió Marihuana-Joe. Gajes de la profesión. ¿Algún trabajo honrado?, preguntó el alcalde. Ni más ni menos que asesino, repuso Marihuana-Joe en tono seco, su profesión era liquidar sinvergüenzas. El alcalde frunció el ceño, eso no era una profesión. En Estados Unidos sí, dijo Marihuana-Joe. ¿Y era rentable?, preguntó el alcalde. ¡Y cómo!, aseguró Marihuana-Joe. Pero aún había otro asuntillo: su trasero. Y se calló, turbado. A qué se estaba refiriendo, preguntó Pretánder. Míralo tú mismo, dijo Marihuana-Joe bajándose los pantalones. ¡Que Dios me asista!, exclamó atónito el alcalde, vaya mordisco, y añadió radiante que ése sólo podía ser Mani. En efecto, había sido Mani, repuso Marihuana-Joe alzándose los pantalones. Pero si Mani había mordido a Wanzensried, dijo Pretánder confundido. La doberman de Von Kücksen, aclaró Marihuana-Joe y le contó toda la historia. Aquel cerdo vagabundo y miserable, aquel pretendido *marchand*, maldijo el alcalde, lo había engatusado y había desacreditado a Mani, pero luego preguntó, azorado, quién había estado con Elsi en el charco de leche. Jimmy, dijo Marihuana-Joe. Pero si él era Jimmy, repuso Pretánder. Qué va, si acababan de operarlo, explicó Marihuana-Joe, y suerte que cuando pasaron por ahí los consejeros gubernamentales no llegaron a inspeccionar el lavadero, él aún estaba con la anestesia total, pero luego, cuando pudo contemplar su nueva cara, se imaginó ser otro; él no era el que Elsi creía que era, no era Big-Jimmy, con el que ella había estado en el charco de leche, sino el hombre mordido por Mani, le llamaban Marihuana-Joe, pero ya que Elsi lo había tomado por Jimmy, seguiría siendo Jimmy para ella, todo eso lo confesaba sólo para que el alcalde viera que hablaba en serio. Un momento, dijo Pretánder aturdido, un momento, si ambos se veían iguales, ¿quién había subido al dormitorio de Elsi, él, Marihuana-Joe, o Big-Jimmy? Eso no importaba, repuso Marihuana-Joe, lo importante es que él podía casarse con Elsi. Lo importante es que era un Pretánder, dijo el alcalde. ¿Si Elsi lo quería? Se lo preguntaría cuando todo hubiera pasado, dijo Marihuana-Joe, ahora tenía una propuesta que hacerle. ¿Qué propuesta?, quiso saber Pretánder. Sobre los de la casa de reposo, respondió Marihuana-Joe. Se hallaban en un apuro y él también. Antes de volver allí había tenido que matar a un hombre en un sobreático sobre el río Hudson, un hombre al que él había tomado por su jefe, aunque tal vez no fuera su jefe, sino alguien al que le operaron la cara para que él creyera que había matado a su jefe; y lo había incrustado en la chimenea. Que no entendía nada, dijo el alcalde. Y él tampoco, ratificó

Marihuana-Joe. Era famoso, podía afirmarlo tranquilamente, pero Big-Jimmy era casi tan famoso como él. Y ahora le habían prestado el rostro de Big-Jimmy, ahora había dos Big-Jimmys. En realidad él, Marihuana-Joe, Sepp Pretánder, ya no existía. Así era, admitió Pretánder. Y el alcalde debía entender también por qué él se rompía la cabeza, explicó Marihuana-Joe, por qué le habían operado la cara de forma que pareciera la de Big-Jimmy. No podía haber dos Big-Jimmys, sino uno solo. Lógico, dijo Pretánder. Si mataban a un Big-Jimmy, dijo Marihuana-Joe, siempre quedaría el otro. Muy complicado, replicó el alcalde. Estaba convencido, dijo Marihuana-Joe, de que lo habían convertido en Big-Jimmy para eliminarlo a él y no a Big-Jimmy, de hecho, ya el cambio de cara lo había eliminado como Marihuana-Joe. Por eso había ido a verlo, un Pretánder a otro Pretánder, para que el alcalde lo ayudara, y así de paso ayudara a la aldea. Elsi les sirvió el café instantáneo.

El aspecto de la iglesia era desolador. A través del techo desvencijado brillaban algunas estrellas que unos nubarrones no tardaron mucho en apagar. El espacio estaba escasamente iluminado por una bombilla que colgaba del techo. La pared que daba a la sacristía se había derrumbado. Detrás de ella se bamboleaba una cuerda desde la torre. El alcalde se trepó sobre los restos de la pared y empezó a tirar de la cuerda, haciendo repicar suavemente una campana en la torre, la campana de incendios. De las casas comenzó a salir la gente. Marihuana-Joe se subió al púlpito, se le hundió una de las piernas al apoyarla en la escalera, un peldaño más arriba se le hundió la otra, y las dos en el último, hasta que al final se izó en vilo. Lentamente se fue llenando la iglesia. La oscuridad apenas dejaba entrever las caras. La voz de Marihuana-Joe empezó a sonar como desde un cielo encapotado, tanto más siniestra cuanto que una tormenta de viento cálido, cada vez más intensa, le iluminaba el rostro a la luz de la bamboleante bombilla. La cara de Marihuana-Joe se iluminaba y se apagaba, volvía a iluminarse y apagarse una y otra vez. Su padre, le oyeron decir los congregados que se habían pegado unos contra otros en la iglesia techada sólo a medias, como comprimidos por la violenta tempestad, su padre, el párroco Emanuel Pretánder, solía pronunciar cada año por esas fechas su sermón navideño en el mismo púlpito donde estaba ahora él, su hijo Sepp; y donde ahora había un montón de piedras y argamasa, se había erguido antes un árbol de Navidad cargado de manzanas, bolitas multicolores y muchas velas. Y su padre les predicaba el Evangelio de la Navidad: Venid, que os anuncio una gran alegría, pues hoy os ha nacido un Salvador; por espacio de cuarenta años les había predicado aquel mensaje, el párroco peor remunerado en la aldea más recóndita del cantón, ¿y de qué había servido? Más fácil era despertar a los muertos que arrancarlos a ellos de su indolente pereza. La iglesia estaba casi derruida, la parroquia donde él nació se hallaba casi derruida, la aldea entera estaba desmoronándose y ya ni siquiera tenían un abeto. Al verlos ahí abajo con esa luz lamentable, tenía la impresión de estar hablando ante un campo de coles.

Allí estaban todos bien pegados uno al otro, cuerpo contra cuerpo, hombres y mujeres, sudando con el calor seco de esas masas de aire. Y lo escuchaban a través de los ruidos del temporal como nunca habían escuchado a nadie hasta entonces. Quien les hablaba era uno de ellos. Sepp, el hijo del expárroco Pretánder. Y lo que Sepp decía era la verdad. Y la verdad dolía, los abrasaba a todos como en el infierno. Cómo hubieran querido arrancar a Sepp del púlpito, molerlo a palos y rasguños, estrangularlo, pero él tenía razón, eran torpes, perezosos, una sarta de gaznápiros. Desde lo alto del caduco y apolillado púlpito oyeron elogiar su arrojo de otros tiempos. Habían vapuleado y hecho picadillo a los austríacos, a los alemanes y a Carlos el Temerario, clavando sus cabezas en lanzas y lanzando alaridos de júbilo. No solían hacer prisioneros, sino que, ¡pum!, enviaban a sus enemigos al más allá, tal como él, ¡pum!, había enviado el más allá a Little-Bourbon, Small-James, Minnesota-Bill y al clan de los Olschowski, aunque dudaba mucho que éstos llevaran allá arriba una vida de ángeles. Habían sido delincuentes, sin duda, pero le inspiraban más respeto que los congregados ahí abajo; aquellos demonios se habían pasado la vida estafando, jugando y puteando, en peligro permanente de acabar tostados en la silla eléctrica, mientras que ellos se abrían paso penosamente por la vida. Lo importante no era el perro de Pretánder, daba igual que el chucho estuviera o no vivo, ni tampoco la virginidad de Elsi; que la hubiera perdido en un charco de leche o no, era indiferente, de todas formas la habría perdido pronto; tampoco importaba el alcalde, que había sido un idiota por no haber presentado su denuncia al principio, sino después de un tiempo; lo que estaba en juego era el honor —demostrar que tenían algo más que serrín en la cabeza— y su orgullo; se trataba de hacer ver que eran alguien, gente rebelde y levantisca con la que no era bueno partir peras y que estaba de vuelta de todas. ¡A ver si pensaban un poco, Dios del cielo! ¿Por qué los de la casa de reposo hacían creer que estaba vacía? Porque nadie debía saber que estaba habitada. ¿Por quién? Y al final tenía que venir alguien como él, que se había cargado a la familia Peperozzi con una pistola ametralladora, para darles cuerda a sus lóbulos cerebrales como si de un viejo motor de gasolina se tratara. Al lado de asesinos, ladrones, rufianes y narcotraficantes comunes y corrientes, o sea la gente de a pie de cualquier banda decente de *gangsters*, invernanaban en la casa de reposo Big-Ji-Marihuana-Joe, Lincoln-Fat, Baby Hackmann, Potomac-Charlie, y aún podría enumerarles dieciséis nombres más, todos ellos famosos, música celestial en los oídos de la policía, de la que estaban a salvo al poder invernar en esa casa de reposo, dejando que sus diabólicas carotas se transformasen en rostros angelicales en el lavadero. Pero si los congregados ahí abajo tuvieran cabezas en vez de calabazas, esa Nochebuena en que los pobres diablos como ellos no tenían árboles de Navidad, utilizarían la casa de reposo como un abeto, el más grandioso que jamás se hubiera encendido en ese inmundo valle. La iglesia entera era una gran estufa. Desde el púlpito predicaba Sepp Pretánder, el viento cálido tocaba el órgano, y aquellos cerebros empezaron poco a poco a comprender, exudando su pereza. La casa de

reposito los había corrompido a ellos, a sus bisabuelos, abuelos, padres, hijos y nietos. Y, sin embargo, habían expulsado del país a los invasores foráneos, sepultándolos con troncos de árboles y rocas en Morgarten, hacía muchos, muchos años, y ahora vivían de los extranjeros, el país entero, o recaían en la miseria cuando los extranjeros se iban, como era el caso de ellos, en la aldea, desde que un grupo de gente riquísima escuchaba sermones sobre la bendición de la pobreza en la casa de reposo. Y ahora que estaban en la miseria, ¿qué trato recibían? El peor de los peores. El de traidores a la patria que escondían rusos. Les habían enviado al ejército, sí, al ejército, y el gobernador civil, que también era coronel, se había paseado como un corregidor por la aldea y había mandado registrar las casas; y ellos ni siquiera podían ver la televisión como el resto del país. Se lo merecían, sin embargo, por no haberse rebelado ni haberle dado una paliza al gobernador civil. Y entonces sintieron vergüenza, y con la vergüenza les entró la rabia, y con la rabia, el orgullo. Se sintieron una unidad, un pueblo, algo más que un pueblo, un pueblo primigenio, el Valle del Caos les pertenecía y en él tenían que mandar, seguían siendo los mismos que hacía siglos y milenios, como desde el principio del mundo, y no se habían afeminado como en la capital cantonal. Si la casa de reposo se incendiara, profetizó Sepp, nadie se preocuparía, ni siquiera la policía averiguaría las causas del siniestro, ninguna aseguradora pediría una investigación, pues ¿que encontrarían si hurgaran entre las ruinas incendiadas? Los restos carbonizados de Lincoln-Fat, de Potomac-Charlie, de Holy-Brandy, de Big-Ji-Marihuana-Joe y los demás corifeos del crimen. Era mucho riesgo para una serie de políticos y abogados que estaban demasiado comprometidos con la casa de reposo y lo sabían todo hacía tiempo; además, la policía tampoco quería pasar por tonta. La tempestad de viento cálido cesó de un momento a otro. La bombilla colgaba ahora tranquilamente. Y todos pudieron mirarse las caras bañadas en sudor. Un irreprimible deseo de acabar con la casa de reposo se apoderó de ellos, un deseo de destruirla, de incendiarla, y cuando Sepp Pretánder concluyó su sermón con un «Amén, aleluya, hosanna» y, rompiendo el púlpito, cayó de bruces sobre ellos, lo llevaron cargado como un rey al local de los bomberos. Los posaderos de El Confederado, La Batalla de Morgarten, General Guisan, El Ciervo y Spitzen Bonder llevaron rodando sus barriles de vino y aguardiente vacíos hasta el garaje, donde el garajista los llenaba de gasolina mientras la campana incitaba al ataque.

La parte boscosa del valle, en la que se alzaba la casa de reposo, estaba dividida por una cañada pequeña, aunque profunda. A través de ella, un torrente vertía sus aguas en la gran quebrada que separaba la aldea de la casa de reposo. Frente a la cañada estaba Miguel espiando la casa bajo las ramas de un pino, por debajo de un camino de grava. Escuchó el repicar de una campana de incendios que luego enmudeció bruscamente. En la aldea se apagaron las luces. Transcurrió una hora. La

casona quedaba al otro lado de la quebrada, una oscura mole con frontón gótico y dos torres habitables de las que no salía luz ni ruido alguno, nada hacía suponer que dentro estaban celebrando las navidades. Eran casi las once. Miguel oyó ruidos desde el otro lado; una masa oscura subía por la quebrada en dirección a la casa. Cada vez se veían más estrellas. La inmensa cinta de la Vía Láctea. En la pendiente opuesta, muy por encima de la casa, el maestro de escuela recitaba torpemente: «Y otra vez se cumple lo que los astros querían: condición y ley; y toda voluntad no es sino un querer», en dirección a lo que se estaba fraguando bajo los vigilantes y tranquilos ojos de Miguel: visible ahora a la clara luz de las estrellas, el coche de bomberos ocupó su posición y las mangueras fueron conectadas a las bocas de incendio. Sin ruido, sólo sombras apenas discernibles.

A diferencia del desolado interior de la iglesia, en el salón de la casa de reposo había un árbol de Navidad tan cargado de adornos que casi desaparecía detrás de ellos. Sin embargo, no era la ornamentación normal de un árbol de Navidad; de éste colgaban revólveres y pistolas ametralladoras en cuyos cañones habían introducido velas encendidas. Además, Baby Hackmann, indignado por no haber podido apretar aquel gaznate, había añadido algunas granadas de mano ovoides como bolas navideñas. En torno al árbol estaban Von Kücksen, Oskar y Edgar, así como las notabilidades en pleno, desde Niagara-Vat hasta Potomac-Charlie, pasando por Red-Flowers, que aguardaban a Moses Melker arrellanados en los sofás y sillones de orejas. Moses llevaba varias horas retirado en la sala de lectura, donde normalmente se jugaba al póquer. La atmósfera era sombría y amenazadora. El salón estaba lleno de humo, todos fumaban como chimeneas y Wanzentried no se atrevía a ventilarlo; fuera, Fronten seguía recitando a Goethe, tanto de cerca como de lejos. Big-Jimmy aún no había conseguido dar con Marihuana-Joe; Doc también había desaparecido. Baby Hackmann estaba convencido de que Melker era un espía del sindicato al que el Gran Viejo los había vendido, ya iba siendo hora de fundar un sindicato propio, él se preguntaba hacía tiempo qué sentido tenían esa casa de reposo y las operaciones de aquel Doc, que tanto tiempo había trabajado con Marihuana-Joe y ahora tenía a Alaska-Pint en el lavadero. Sin embargo, no todos eran recelosos como Hackmann; pensaban que Melker había llegado con un mensaje secreto del Gran Viejo, y que Von Kücksen lo había obligado a divulgar los planes del Gran Viejo en forma de un sermón navideño. El reichgrave, en cambio, estaba convencido de haber actuado equivocadamente una vez más; en el ínterin había telefoneado a Zürich, pero en la Minervastrasse 33a no contestaba nadie, una voz dijo que ese número estaba fuera de servicio, él llamó entonces a un amigo suyo, dueño de una galería de arte en Zürich, que se personó en el lugar y le devolvió la llamada diciendo que no existía el número 33a en la Minervastrasse. Y finalmente apareció Moses Melker, se quedó en pie detrás de un sillón, apoyó las manos en el respaldo y contempló a los congregados,

parpadeando bajo sus cejas pobladas y sonriendo con sus gruesos labios. Si durante la temporada de verano solía concentrarse en él algo sombrío y amenazador, de suerte que las viudas ricas, los directores generales y los propietarios de grandes empresas aceptaban casi angustiados las dichas de la pobreza tras asistir a sus oficios matinales, esta vez parecía otra persona, irradiaba una serena alegría, era un feliz hombre de la selva virgen, ansioso de transmitir sus conocimientos.

—«Dejad de temer, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo», dice el mensaje navideño en el Evangelio de san Lucas, capítulo dos, versículo diez —empezó diciendo—. Para todo el pueblo, o sea también para vosotros, pillos, vagabundos y bribones —prosiguió, aunque semejante discurso tenía que chocarles forzosamente a los congregados, que sólo se consideraban comerciantes con métodos un tanto insólitos.

Únicamente Von Kücksen sonrió satisfecho. Melker se había atrevido a hacer algo que el reichgrave jamás había osado: llamar a esa gentuza por su nombre.

—¿Por qué alegría? Porque el Gran Viejo metió, como quien dice, su potente mano dentro de la nada, a doscientos setenta y tres grados bajo cero, y os formó a partir de ella.

Melker se sintió orgulloso de su símil; Potomac-Charlie se preguntó si el Gran Viejo no estaría planeando algo en Alaska.

—Si los pobres y hambrientos entran en el Reino de los Cielos porque el Gran Viejo se apiada de los pobres diablos —predicó Moses Melker—, y los ricos sólo porque a Él no le queda otra salida que concederles su gracia, vosotros sois los únicos en merecer el Reino de los Cielos, ya que sois su alegría, su orgullo, el canto de alabanza que Él se entona a sí mismo.

Primera vez que el Gran Viejo concede un aguinaldo navideño, pensó Lincoln-Fat, complacido.

—No en la elevación del espíritu humano —prosiguió Moses Melker—, ni en esa larga serie de ideas sublimes que por lo demás Él mismo puede pensar, se ve reflejado el Gran Viejo, sino en la escoria de la humanidad, en vosotros, los criminales. Él os ama tal cual sois, porque vosotros lo amáis a Él tal cual es. Para los pobres y los ricos, pero también para los eternos justos que a lo sumo llegan al fraude tributario, al blanqueo de dinero negro, a la sustracción de títulos de transporte y a la política, Él es el querido buen Viejo que pasa por alto muchas cosas; para vosotros, en cambio, es el jefe inexorable. Su ira arde y pesa muchísimo, sus labios están llenos de encono y su lengua es como un fuego que consume.

Yo lo he sabido siempre, pensó Minnesota-Bill, Baby Hackmann ha sido demasiado incauto, no sobrevivirá esta noche.

—El Gran Viejo no ha venido a traer la paz, sino la espada. Él, que devora lo que ha creado, plantas, animales y hombres, que desencadena tifones y huracanes y hace

temblar la Tierra —exclamó Moses Melker—, Él os ha elegido como instrumento suyo y os ordena aniquilar a los hititas, girgasitas, ameritas, cananeos, fereceos, jeveos y jebuseos.

Dios mío, pensó Baby Hackmann, cómo han proliferado los nuevos sindicatos, y Holy-Brandy se preguntó si el Gran Viejo no estaría por meterse en el tráfico de armas.

Moses Melker siguió hablando. Y así como los gases acumulados en el interior de un volcán provocan su erupción brusca, así explotó el teólogo de la riqueza y se pulverizó, aunque las cenizas que llovieron sobre los delincuentes profesionales congregados a su alrededor aún eran totalmente teológicas.

—Si los pobres son demasiado holgazanes para enriquecerse con delitos honestos —predicó Moses Melker—, y durante sus vacaciones los ricos cucharean la pobreza en escudillas de lata para poder escurrirse por el ojo de aguja de la gracia, la cristiandad será vuestra recompensa. Tratad con ella como yo he tratado con mi cristiandad personal y familiar. Yo soy uno de vosotros, no el teólogo de la riqueza, sino el teólogo de la delincuencia, pues el Gran Viejo sólo es concebible como delincuente. A mi primera mujer la arrojé desde un roble, a la segunda la tiré al Nilo, y el domingo atiborré de bombones a la tercera hasta matarla. En nombre del Gran Viejo. Las tres eran tan ricas que me casé con ellas, y tan piadosas que las asesiné.

Pero ya nadie lo escuchaba. Alaska-Pint había llegado del lavadero, tambaleante, a través del pasillo subterráneo. Con la cara vendada —sólo eran visibles los ojos—, avanzó hasta un canapé y se dejó caer en él. Sólo había oído las palabras hititas, ameritas y jebuseos. Y ahora empezará aquí también la guerra de pandillas, pensó desalentado. Big-Jimmy, receloso, le quitó la venda de la cabeza y Alaska-Pint lo miró un momento y se durmió.

—En efecto —dijo Baby Hackmann—, Marihuana-Joe es exacto a ti, Big-Jimmy.

—No es Marihuana-Joe —dijo Big-Jimmy, que se había inclinado hacia delante en su sillón—, es Alaska-Pint. Ahora hay tres Big-Jimmys.

Y se incorporó tan violentamente que tumbó el sillón.

—¿Doc? ¿Dónde está Doc? —exclamó—. Llevo ya mucho tiempo sin verlo. Quiere que todos se parezcan a mí, un sindicato de puros Big-Jimmys. ¿Para qué? ¿Para liquidar el sindicato! ¿Por orden de quién? ¿Estará el Gran Viejo detrás de todo esto? ¿Quién es él realmente? Nadie sabe qué aspecto tiene ni si existe, y quien menos lo sabe es aquel hombre de Neandertal de barba rizada. No es más que un aficionado, y al decir el Gran Viejo se refiere sólo a Dios.

Todos se incorporaron bruscamente, en parte para arrancar las armas del árbol de Navidad y en parte para apresar a Moses Melker; antes que nadie lo hizo Baby Hackmann, que esta vez sí apretaría. Pero desde la puerta entró rodando en ese instante un barril de vino del bar de la aldea, y cuando Big-Jimmy, presintiendo la

verdad, echó a correr hacia la salida y tuvo que esquivar el barril de aguardiente que entraba detrás del de vino, se volvió a encontrar en la salida consigo mismo, Marihuana-Joe, que lo miró fijamente cargado de odio y revólver en mano, y la explosión retumbó tan repentinamente a su espalda que él cayó sobre su imagen viva, que a su vez fue disparada al suelo, y casi al mismo tiempo sintió, estando ya sobre Marihuana-Joe, que unos colmillos le destrozaban el trasero con la furia de un ángel vengativo, y que las crepitantes llamas los devoraban a él y a Marihuana-Joe; aún oyó a lo lejos la voz del alcalde: «¡Mani, suéltalo! ¡Mani, suéltalo! ¡Diantre, si este perro vuelve a morder, se me quema vivo!». Una onda luminosa bañó en una luz muy viva un camión del que ahora rodaban barriles que, a su vez, era rodados hasta el portal por bomberos con viejos uniformes rojo oscuro y casco, que gritaban rítmicamente; una explosión sacudió la noche, luego siguieron varias más y una enorme llamarada se alzó hasta el cielo, las estrellas desaparecieron y la casa de reposo entera quedó de pronto envuelta en llamas, rodeada por la motobomba, tractores y campesinos armados con bieldos y hachas como las que se emplean para talar árboles; por el portal salió corriendo el perro con el pelaje en llamas y se revolcó en el suelo, entre hombres que se precipitaban a tierra, los bomberos apuntaban con sus mangueras a los que intentaban salvarse, obligándolos a entrar nuevamente, y en el interior se sucedían ahora las explosiones del depósito de armas, las mujeres atendían como locas la motobomba, entre los chillidos de la viuda Hungerbühler, que absurdamente descargaba su ira por las cartas nunca contestadas, mientras los bomberos seguían lanzando más y más agua; sus lanzas de agua empujaban figuras humanas que se superponían y eran devueltas al fuego como paquetes por la fuerza de los chorros, el bosque y el cielo adquirieron los colores del infierno, alguien consiguió liberarse y echó a correr convertido en una tea hacia los campesinos, uno de los cuales lo golpeó con su hacha; el hombre cayó al suelo, aún envuelto en llamas, y tres campesinos deslizaron sus bieldos por debajo de su cuerpo y lo llevaron de vuelta al portal de la casa, tirándolo al interior antes de precipitarse fuera; la casa de reposo empezó a derrumbarse, los campesinos y las mujeres se dispersaron corriendo, Lustenwyler, el policía, acudió a toda marcha en su jeep, aunque al parecer tan borracho que se durmió sobre el volante y atravesó el portal, que le cayó encima, mientras la dependencia, presa igualmente del fuego que había llegado hasta ella por el pasillo subterráneo, se convertía en una sola gran llama. Pronto empezó a arder también el bosque, pues la tempestad de viento cálido había secado todo: el fuego lo devoró. Los campesinos retrocedieron. De algún lugar llegaba la voz del maestro, detrás de las llamas o quizá ya en medio de ellas: «Alrededor vuelan chispas como granitos de arena dorada, pero mira: en toda su altura se enciende ya la pared de roca». La torre oriental se derrumbó con estrépito. En una de las terrazas de la casa, Von Kücksen, Oskar y Edgar gritaban pidiendo auxilio.

Desde abajo, las llamas empezaron a lamer bruscamente la fachada de la torre oriental. En un rincón de la habitación estaba Moses Melker sentado en el suelo, las

manos juntas en torno a las rodillas dobladas, teniendo a su lado el manuscrito de *El precio de la gracia* y el reloj de un sola manecilla detenido en la cifra de su edad. Frente a él, la mesa con las tres sillas; detrás, la ventana. Sobre la mesa, un paquete de café Oetiker, de 10,15 Fr. En el rincón situado en diagonal frente a él aún se balanceaba una mecedora. Alguien acababa de levantarse. La habitación ya sin techo recibía luz desde el entramado, donde aún ardía una viga. Melker había ido a someterse a la sentencia, pero nadie la pronunciaba. No contra sus crímenes. A las llamas les era indiferente la víctima, en algún momento lo devorarían todo. Lo que buscaba era un veredicto sobre sí mismo y el Gran Viejo. El duelo se había iniciado en la sede de la misión. Él se presentó en Sankt Chrischona con el Dios de su juventud, al que había formado con elementos en parte reales y en parte soñados, a partir de su desconocido padre católico que una noche de marzo se deslizara con los calcetines zurcidos hasta la casa de su desconocida madre protestante, así como a partir de sus padres adoptivos, que andaban siempre borrachos y pegándose, y de la sensación de estar feliz y milagrosamente a salvo de sus golpes. Abajo explotó el coche de bomberos. La torre oriental se estremeció. A ello se sumó luego la monstruosa y nunca satisfecha sensualidad que bullía ya en el joven Melker y que éste atribuía al Dios forjado por sus fantasías: su propia sensualidad no era sino el reflejo de la de aquel que sin ella jamás hubiera creado el mundo y que quizá lo había creado tan sólo para sentirla en el casi infinito proceso de surgimiento y destrucción de lo creado. La casa de reposo se desplomó, y con ella se precipitaron en la masa ígnea Von Kücksen, Oskar y Edgar. Melker oyó sus alaridos. Creación y aniquilación de lo creado como orgasmo. En la sede de la misión Moses Melker conoció a otro Dios, el Dios de la teología, tan cargado de atributos tales como la inmortalidad, la omnipotencia y la omnisciencia, más todos los de la perfección, que se volvió inconcebible. Ya sólo quedaba en pie la torre oriental. La viga encendida se desprendió, quedó envuelta en llamas y se quebró, carbonizada; en la sillería empezaron a arder dos vigas. Si Moses Melker había sido una parte de la sensualidad de Dios, ahora se había desprendido de ella. Dios pasó a ser una simple idea. La mecedora no paraba de moverse. Atrás quedó la conciencia que tenía Melker de su fealdad y su sensualidad, atrás quedó un infierno. Una enorme llamarada surgió entre Moses Melker y la mesa con las tres sillas, siguió subiendo y encendió el entramado del techo. Moses Melker buscaba a un hombre, el hijo de Dios. Pero la teología volvió a jugarle una mala pasada idealizando al hijo de Dios. Su imagen fue alejada de las prostitutas y aduaneros con los que había estado tan a gusto y cuyos chistes y procacidades había oído y celebrado; jamás fue tomado en serio como hombre, sino sólo como un Dios que se las daba de hombre, pues era un Dios al que le estaba vedado acostarse con mujeres. Del suelo empezó a salir un humo negro a través del cual Moses dejó de distinguir la mesa en llamas y las sillas. El hijo de Dios se convirtió en algo abstracto, más abstracto aún que el Padre, pero también en algo kitsch, un Salvador de mazapán clavado en la cruz. ¡Baja de ahí!, le gritó Melker, un

Dios que se deja crucificar está haciendo teatro, Oberammergau o Hollywood, los dos ladrones resultan más verosímiles que Tú, son hombres que han sido crucificados. En torno a Moses Melker se alzó entonces un furioso chisporroteo acompañado de crepitaciones y estallidos, un griterío de campesinos y asesinos que se quemaban. A través de todas las leyendas e historias prodigiosas Moses Melker intuía un hombre, un judío de Galilea, hijo de un carpintero, andrajoso, con los pies mugrientos, un hombre que era igual a él, gordo como él, de labios gruesos y barba rizada, pecador como él, que lo reconocería y vería su avidez de riquezas y su vergüenza ante la senda criminal que tuvo que seguir para ser rico, que le diría no te imagines ya ningún Dios y no tendrás que imaginarte infierno alguno. El hombre necesita al hombre y no un Dios, pues sólo el hombre es capaz de concebir al hombre. La pared de la ventana empezó a arder; una alfombra de fuego. No descendió de la cruz, se convirtió en un Dios con barba, en el Gran Viejo que resolvió el dilema de Melker: al Moses pobre le pertenecía el Reino de los Cielos, al Moses rico le era concedido en virtud de la gracia. Y Moses Melker recaló en su teología, que indujo a una serie de multimillonarios y viudas de multimillonarios a vaciar orinales, cocinarse una pitanza indigerible y refocilarse en la pobreza. La mesa y las sillas eran ya a esas alturas un montón de madera carbonizada sobre el cual se veía, íntegro, el paquete de café. Pero cuando esa mañana se dio cuenta del mal uso que hacían de la Casa de la Pobreza, y cuando el reichgrave lo invitó a celebrar la Navidad con los delincuentes, él, que también era un delincuente, tomó conciencia de lo absurdo de su teología, que era el absurdo de toda teología: caía en su propia trampa, avanzaba a tientas por entre sus conceptos, se imaginaba a Dios perfecto y al mundo imperfecto, en conjunto una creación meramente conceptual, sin relación alguna con la realidad, y cuando cayó en la cuenta de todo eso, volvió a imaginarse al Dios de su juventud como idea, como un Dios sensual, un Dios que amaba su creación y no la evaluaba, que la había creado con irrefrenable alegría y volvería a destruirla con irrefrenable alegría, tal y como su creación se creaba y destruía una y otra vez a sí misma. El suelo aún resistía, y la mecedora también seguía allí, saltando de rato en rato a impulsos del fuego. Moses Melker sintió el mismo deseo que sintiera junto a aquella joven a orillas del Grien, bajo los sauces, era idéntico al deseo de Dios; y todo estaba en regla, el pobre y el rico y el asesino, lo bueno y lo malo, todo había surgido de un único capricho creador. Por encima de él ardía ya la torre, un poderoso crepitar de llamaradas; el Gran Viejo era su pensamiento, su idea, su creación y nada más. En la obra de un físico había leído una vez que si la realidad pudiera hablar, no enumeraría fórmulas físicas, sino que entonaría una canción infantil, y él pensó entonces que si Dios pudiera mostrarse, sería algo totalmente inconcebible y abstruso como el paquete de café Oetiker de 10,15 Fr. o esa mecedora que bailaba allí de un lado a otro, y cuando las llamas empezaron a asomar por el suelo, Moses Melker supo que estaba enloqueciendo; si Dios era invento suyo, también el mundo debía ser invento suyo y junto a ese Dios inventado por él y a ese mundo inventado por él, tenían que existir

los dioses y los mundos inventados por los demás hombres, el mundo era un cerebro cósmico en perpetuo crecimiento, formado por mundos que encajaban unos dentro de otros y cuyas neuronas estaban compuestas, a su vez, por mundos que encajaban unos dentro de otros, cada uno de los cuales constaba de un Yo que imaginaba este universo junto con las galaxias, soles y planetas que necesitaba para poner en marcha la evolución que, pasando por las criaturas unicelulares y policelulares, los moluscos y los vertebrados, apuntaba hacia el hombre que, completando un fantástico círculo vicioso imaginaba a su vez el universo y a un Dios de cien cabezas o mil pies, de muchas narices de madera u oro, o a una diosa de varios pechos, tantos dioses como universos, entre ellos también al Gran Viejo de Moses Melker, que sin duda tendría un aspecto diferente del que su inventor le atribuía, un Dios que, al ser imaginado como algo eterno, también viviría junto con el mundo que Moses Melker se imaginaba y junto con todos los otros mundos y dioses que los demás se imaginaban. Y mientras pensaba todo esto, Moses Melker rompió a reír, y al final ardió él también, y a su lado se quemó el manuscrito *El precio de la gracia*, dedicado a Cäcilie Melker-Räuchlin, y el reloj se derritió, y la mecedora fue pasto de las llamas junto con el café, y todo se precipitó a las profundidades.

Ante la casa del alcalde yacía el perro, y a su lado estaba Elsi de pie. Se quedó mirando el bosque en llamas, aquella pared de fuego que ardía al otro lado de la quebrada y había devorado y seguía devorando a los habitantes de la aldea. Sonrió. Es Navidad, susurró. La criatura dio un saltito de alegría en su vientre.

Neuchâtel, 19 de abril de 1989

Notas

[1] *Bernerplatte*: plato combinado que lleva jamón caliente, tocino, salchichas, patatas y col fermentada. (N. del T.) <<